FRAY MOCHO



"Espuma de manzanilla"

Por LEO FONTAN

N.° 771

Boca de Dama

La exquisita delicadeza de estos bizcochitos ha inspirado su nombre.

Y es que, en verdad, son tan finos los componentes de su masa: harina flor, leche y manteca, y tan esmerada su elaboración que, realmente, constituyen unos bocados deliciosos, ya sean solos o con te, chocolate, vinos de postre, etc.

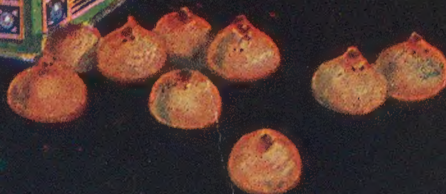
Se venden en toda la República.

Terrabusi Hnos. & Cia.
ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires









Boca de Dama



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redacción y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI — Buenos Aires, 1.º de febrero de 1927 — N.° 771

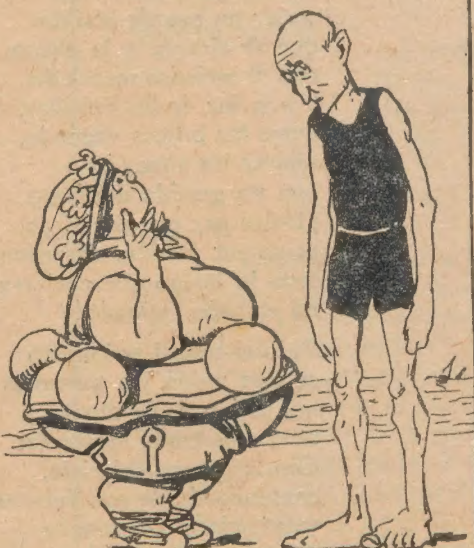
En las playas, por Rojas



—Pepito: ¿por qué no te bañas con nosotras?
—No, no, que me hacéis picardías.



—¿Con que tomando baños de ola?
—Sí, señor; de ola.
—¡Hola! ¡Hola ¡Hola!



—Se conoce que el sol me ha llenado toda la cara de manchas. ¿Qué hago, doctor?
—Bencina, señora, bencina.



—Yo voy hacia Laborante, ¿y tú?
—Yo voy a otro laburo.







—¡Una limosna para este pobre que tiene que tocar y no puede ver!
—Pues no se queje, amigo, que es peor ver y no poder tocar...



LAS ROSAS ROJAS

Por Jorge Sim

La pareja penetró en la gran florería, donde vibraban a la vez los tonos cálidos y los perfumes de las flores.

Cerca del mostrador, de laca blanca, se amontonaban las frágiles canastas amarillas, de paja trenzada, que los viajeros envían de las regiones del sol a los que viven el invierno gris y frío de las ciudades.

—Para mamá no pondremos más que edelweis — dijo la joven señora, palpando los pétalos, de un blanco tan comovedor, de las pequeñas flores de la montaña.

Ella recordaba haberlas recibido antes y haber soñado delirantemente con cimas nevadas y altas cumbres envueltas por un aire más puro, tan puro que el corazón, vuelto tan liviano, debía saltar en el pecho.

—¿Está usted segura de que llegarán frescas? — preguntó a la vendedora.

Su marido sonreía, encantado de hallarse junto a la mujer que le pertenecía, en una florería coquetona, llena de sol, encantado sobretodo de sentir que formaban una pareja que se miraba con curiosidad divertida, pero también con benevolencia.

—¿De parte de quién deben enviarse las flores? — preguntó la florista con el lápiz en la mano.

—De la señora Lemecier.

Y fué una nueva alegría decir aquello. Pronunciaba la palabra "señora", como todas aquellas que no tienen sino desde hace unos días ese derecho y a quienes el título hace sobresaltar de sorpresa y de alegría a la vez.

—No hay que olvidar a tu madre tampoco, Jorge. ¿Crees que los edelweis le gustarán?... Luego está todavía tía Laura y la vecina que fué tan amable el día de nuestro casamiento.

Una pequeña arruga atravesaba su frente mientras buscaba nombres nuevos. No quería olvidar a nadie. ¡Es tan dulce enviar testimonios de la propia felicidad!

Imaginaba a las destinatarias abriendo las pequeñas canastitas doradas donde surgía, como un reflejo del bello sol de su delicioso viaje y de su amor, el perfume de algunas flores.

—¡Me olvidaba de Hortencia!— exclamó de pronto, no sin un reflejo de travesura en la mirada.—¡Mi pobre prima!... Haga un paquete con rosas encarnadas, señora.

Un extremecimiento pasó por el semblante de su marido, sin que ella lo notara. Como una niña que encuentra sin cesar nuevos detalles para agregar a una buena jugada, añadió:

—No pondrá el nombre de la persona que las envía.

—Germana, ¿por qué quieres?...

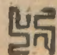
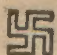
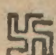
—¿No comprendes?

Reía con aquella risa, sin razón, de las personas felices.

—Hortensia no sabe que nosotros pasamos por Grenoble. Creerá que estas flores le son enviadas por un admirador desconocido. ¡Buena Hortensia! Estoy segura de que esto le permitirá soñar algunas semanas.

—Es cruel — aventuró Jorge. — No puedes saber si esto reavivará en ella alguna desilusión...

—¡Pero no!... ¡Pero no!... Te aseguro que será muy divertido.

Evocaba la silueta seca, sin gracia de su prima, que trataba en vano, por una torpe coquetería, de borrar en ella las huellas de los treinta años.

—Haz como gustes — dijo el marido, nervioso por primera vez.

Quizá, cuando estuvieron en la pequeña calle provinciana, mientras caminaban alegremente, Germana tuvo un remordimiento.

—¡Bah! — dijo, esforzándose por reir aún. — La broma no es mal intencionada.

* * *

Después de Saboya, donde la pareja pasó la primavera, el señor y la señora Lemercier recorrieron la Provenza, menos como curiosos que como amantes que buscan decoraciones radiosas para encuadrar su pasión.

Llegaron al fin a Niza, donde les creían desde hacía largo tiempo sus amigos de París. Como lo suponían, los esperaba allí una voluminosa correspondencia que había llegado ya al hotel donde debían parar.

La joven señora la abrió con glotonería, divirtiéndose con las cartas enternecidas e irónicas de las amigas casadas antes que ella, con las recomendaciones y múltiples preguntas de su madre, con las felicitaciones torpes de algunas compañeras, que dejaban transparentar la envidia.

—Y a ti, Jorge, ¿qué te dicen?

Estaban en el balcón de su cuarto del hotel, en sillones de mimbre claro. Después de las posadas del pueblo, de las pensiones de familia, gozaban allí el bienestar de una semi instalación. Aquella habitación sería su "home" por un mes largo. Ya Germana había decidido cambiar toda la disposición de los muebles.

—Tus camaradas te han de acribillar a bromas.

—Sí... no.

Ella notó el ademán que hizo para deslizar una carta debajo de las otras y sintió, por vez primera, una crispación de celos.

—¿Qué escondes? ¿Alguien te habla de tu vida de soltero?...

—Te aseguro, Germana, que no es nada, absolutamente nada...

Pero su turbación, en enrojecimiento de su frente le traicionaban.

—¡Quiero saber! Muéstrame esa carta...

Estaba febril. Tenía ganas de llorar.

—La quiero, Jorge. Yo no te oculto nada...

Concluyó por agarrar el pliego; mientras él bajaba la cabeza y volvía la espalda, ella leyó:

"Jorge:

"He recibido tus flores, la otra mañana. Porque son tuyas, ¿verdad? Y tengo a la vez mucha alegría y mucha pena.

"Yo creía que me habías olvidado. Una pasión como la nuestra, el arrebato ciego de una noche de invierno, ¿deja acaso huellas en la memoria de un hombre? Ni siquiera nos hemos atrevido a hablar después...

"¿Por qué enviarme, entonces, esas flores? No nos está permitido ni al uno ni al otro recordar.

"Hay que olvidarme completamente, Jorge; querer mucho a Germana, no engañarla nunca. Conmigo sería cien veces más odioso.

"Yo no quiero ser más que tu prima; nunca hubiera debido ser otra cosa, ni siquiera una hora, pero no tengo el valor de olvidarte...

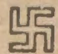
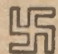
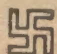
Hortensia".

Hubo un silencio largo y pesado en la atmósfera cargada de pepitas de sol. Jorge no se movía y la inclinación de sus espaldas hablaba de su resignación, de su abatimiento.

Al fin dos manitas le tocaron la frente, lo obligaron a levantar la cabeza. Vió el rostro de Germana que lloraba cerca de él, en sus brazos, balbuceando:

—Debiste decírmelo... Yo no hubiera hecho eso...

Casi tenían vergüenza de su felicidad, mientras evocaban a la seca prima, estrechando contra su pecho algunas rosas rojas...

Montaña amiga

¡Oh, quién le diera a mi espíritu
diluirse sereno, ingrávido,
de la dulce serranía
en el luminoso espacio
y estar en su paz beata
perennemente flotando!
Deslizarme quedamente
por el caminito blanco
y decir en el oído
de la pobre chica un cántico
que le recuerde las voces
del serranillo lejano.
Andar entre el vago aroma
de la quebrada y el llano,
en esa capilla humilde
poner un acorde blando
que se elevara a la altura
con el incienso mezclado,
y a la luz de las estrellas,
entre las cruces vagando,
añorar las almas idas
con un gemido de llanto.
¡Dulce paz que purificas
como un Jordán, despertando
todo lo bueno que encierra
mi corazón fatigado!

Bajo el sauzal soñoliento
se han unido los torrentes
que bajan de la montaña
tortuosos como serpientes.
Con la pureza del cielo,
cantando desde sus fuentes,
van hacia el río sonoro
serenamente a perderse...
¡Como tu vida y la mía
unidos hasta la muerte!

Rauda el agua brilla y corre
por el breñal perfumado,
choca en la pirca de piedra,
la bate el viento serrano,
su linfa rompen las toscas
encrespándola a ambos lados
y llega diáfana y pura
a la vera de mi rancho...
¡Agua fresquita, amorosa,
que te ofreces a mis labios,
como a mi vida la lucha
cristalina te ha dejado!

HORACIO H. SIVORI.

Capilla del Monte, verano de 1927.



SINTÉTICAS

LA CRONICA ROJA

Habíamos quedado en que la amplitud y lujo de informes espeluznantes con que la prensa diaria acostumbra a dar cuenta a los lectores de los hechos delictuosos ocurridos, constituye un lamentable error, que no puede menos de acarrear funestas consecuencias a la obra de progreso social de los pueblos.

La crónica del crimen que con la descripción emocionante de hecho provoca fuertes sacudidas sobre los instintos de la bestia dormida; que al enumerar los rasgos de audacia, habilidad o valor, exalta, sin quererlo, la figura del bandolero protagonista, despertando la emulación y la envidia en los temperamentos propensos a la delincuencia; que al hacer notar las fallas, los errores o la imprevisión que perdieron al criminal, tiende, sin proponérselo, al perfeccionamiento, selección y seguridad de los métodos a emplearse en los sucesivos atentados, constituye, a no dudarlo, una función periodística que, en rigor de verdad, no hace otra cosa que fomentar, involuntariamente, el delito, divulgando la escuela del crimen y avivando la llama de las bajas pasiones y de los bárbaros impulsos.

Pues bien; aunque esto ya se ha reconocido por la prensa infinidad de veces, bastó que se produjera la persecución y captura del asaltante Llacoy, para que numerosos órganos periodísticos dedicaran al suceso extensas crónicas atiborradas con las declaraciones de todos los detalles referentes a los robos y asesinatos que pesan sobre la conciencia del mencionado bandolero.

Por actitud tan curiosa
Es bien fácil observar,
Que una cosa es predicar
Y dar trigo es otra cosa.

GATOMAQUIA

Por regla general, el vulgo les asignaba a los gatos, en su vida de relación con el hombre, nada más que dos simples funciones: exterminar los ratones caseros y simbolizar a los políticos de reconocida insignificancia.

Pero hace pocos días, un felino residente en la metrópoli, velando, sin duda, por el buen nombre de la familia, decidió rehabilitar los prestigios de la clase y se las arregló de tal modo que es necesario ir desechando el despectivo concepto que, hasta ahora, nos merecían los individuos de su especie.

En efecto; el gato de referencia, ha conseguido provocar un escándalo de grandes proporciones, trenzando en un lío descomunal, a tres hombres, dos mujeres, dos vigilantes, un comisario, un subcomisario, un auxiliar y un oficial de policía; ha hecho sacar a relucir escobas, cuchillos y revólveres y ha dado origen a las heridas y contusiones que se causaron algunos de los que intervinieron en la refriega.

Después de oir el relato
Del suceso que precede,
Creemos que no se puede
Pedir más a un pobre gato.

COSAS DEL CABLE

En Grantz, (Austria), se batieron a sable dos jóvenes estudiantes. Los adversarios se atacaron con furia, y en uno de los asaltos, el arma que esgrimía uno de ellos, saltó de la mano que la empuñaba y fué a clavarse en el pecho de uno de los testigos, el ingeniero Kurt Terpovitz, a quien produjo la muerte horas después.

En el duelo es cosa vista
Que haya casos peregrinos;
Mueren hasta los padrinos,
Pero jamás un duelista.

PRIMAVERA

Por Mariano Tomás

I

El balcón tiene abiertos maderas y cristales, y del campo llega un vientecillo húmedo y fresco, que arrastra las hojas muertas sobre la arena de las avenidas y las empuja hasta el río.

Yo veo, desde aquí, las pobres hojas pajizas flotar un instante en la superficie del agua, y perderse luego, a lo lejos, confundidas con la corriente turbia y cenagosa. Una golondrina se ha posado en los hierros del balcón, y después, alzando el vuelo, ha desaparecido bajo el cielo gris, sobre los campos amarillentos.

Ya han empezado a emigrar las hojas y las golondrinas.

Al lado de la alberca crece un álamo que se mira continuamente en el agua tranquila. Debe sufrir el árbol al verse en el espejo y observar cómo sus hojas van desapareciendo una a una.... O acaso le sirve de consuelo pensar que su hermano gemelo, al que ve reflejado en el agua, las va cogiendo y las guarda en el fondo del estanque, para devolvérselas en la primavera próxima.

Yo también quisiera tener un rincón del parque donde ir dejando las alegrías y las esperanzas marchitas, para volver a recogerlas en otra primavera.

Me estoy notando ridiculamente sentimental, y hay que alejar el pensamiento y del corazón las sensiblerías insustanciales e inútiles... ¿Por qué ha de influir tanto en el día de hoy el día de ayer?... Parece que es inevitable, y en mi ánimo de hombre fuerte, que ha decidido poner un recio muro entre su vida ociosa de antes, llena de esas futilezas graciosamente innecesarias que llaman sentimientos, y mi vida de hoy, llena de razonables preocupaciones y trabajos fructíferos, influyen aún este cielo plomizo, estos campos desolados, estos árboles desnudos que parecen temblar de frío bajo la caricia helada del viento, y esta llovizna menuda, triste y monótona...

¿Qué recuerdos lejanos me trae el paisaje de otoño? ¿De qué cosas muertas me hablan la voz del río y el apagado silbo del viento, y el golpear manso de la lluvia en los cristales?... ¡No sé!... ¡No quiero saberlo!...

Tía Ernestina ha tocado suavemente con los nudillos en la puerta. ¡Qué bien conozco su toquecito discreto, y su tos queda, y el blando arrastrar de sus sandalias sobre el pavimento, y el roce de sus viejas sayas descoloridas!...

—¡Adelante, tía Ernestina!

—¿Te molesto, Pedro Antonio?

—No, no. ¡Ya ves, no estaba ocupado en nada!...

—Hace un día triste...

—¿Por qué? Los días no son alegres ni tristes; todos son iguales. Sus tristezas o sus alegrías son las que llevamos dentro de nosotros; pero alguna vez nos conviene culpar al tiempo.

—¡No digas!... Hay días en que nos sentimos agobiados por un pesar extraño y no sabemos la causa... Y es el tiempo, sobrino, es el tiempo... Otras veces, se piensa: "¡No tengo deseos de hacer nada!... ¡Con un día así!..." Tú mismo, tan afanado siempre, nada hacías ahora; me lo has dicho.

—Pensaba... Alguna vez, por excepción, es bueno pensar.

—Pues yo también vengo pensando, pensando, desde hace unos días.

—¿No me escuchas, Pedro Antonio? Vera vendrá a vivir conmigo... Ya sabes que murieron sus padres y no tiene más familia que nosotros.

—¿Era eso todo lo que pensabas y pensabas? — le digo, volviéndome bruscamente hacia la buena viejecita, que me mira con una dulce reconvención en los ojos.

—No, lo que pensaba era de qué modo decírtelo, sin que te enojaras mucho... ¡Como eres así!

—¡Un ogro! ¿No, tía Ernestina?

—Pues, que tú lo has dicho... —me dice blandamente.

—Sólo que ahora te has equivocado. No me molesta en nada, en nada, que venga a vivir con nosotros esa señorita.

—¿Hablas de veras, sobrino? — exclama tía Ernestina juntando las manos con un ademán de gozo.

—Hablo muy de veras. La casa es anchurosa y haré por no enterarme de que en ella hay un huésped más.

—Tía Ernestina. ¿Por quién debo temblar?

—Me tienes muy poco respeto, Pedro Antonio.

—Habla, tía Ernestina, que yo te oiré con todo el respeto que merezcan tus juicios razonables, y con todo el cariño que, desde luego, te mereces.

—Vera sale del colegio pasado mañana. Debió salir en junio, pero quiso pasar sus últimas vacaciones con las hermanitas... Mira, hijo, cierra ese balcón, que no entre el frío ni la lluvia.

Después de entornar los cristales, he quedado con el rostro pegado a ellos, contemplando la melancolía del paisaje, mientras mis dedos tamborilean, distraídamente, sobre la superficie plana de las vidrieras.

—¿Por qué eres así? Yo desearía que te hicieras querer de todos, tanto como te quiere esta pobre vieja.

—Tu cariño, sí me hace falta; el de los demás, no. Me basta con que no me estorben.

—¿Y crees que la pobre niña te va a estorbar?

—No, porque yo no lo consentiré, y ella haría mal en intentarlo. Por eso te digo que el mejor modo de llevarnos bien será no saber que vivimos bajo el mismo techo.

Se hace una larga pausa embarazosa, y con continúo mirando el horizonte, donde se confunde el gris del ciel con el azulado tono de los montes lejanos.

—¡Pedro Antonio! — dice tímidamente tía Ernestina. — Debes ir a esperar a Vera; no está bien que salga sólo una criado de la casa; y yo, bien lo sabes, no puedo.

—¡Ni yo tampoco! Todos estos días los tengo muy ocupados.

—Harás un rato de lugar.

—Además, no conozco a Vera.

—No creo que vayas a confundirte... Conociste a su madre, y es el mismo retrato suyo. Ya estaba hecha una mujercita Vera, cuando hace dos años la vi en el colegio... ¿Irás?

—No sé, tía Ernestina; desde luego, si voy, será muy a disgusto.

Ahora llueve con más fuerza. Mi aliento ha empañado el vidrio, e inconsciente, mis dedos han escrito sobre el vaho un nombre que trato de olvidar: Rosa... A través de las cuatro letras transparentes grabadas en la superficie traslúcida, se ve el azul cristal de la alberca y el viejo álamo blanco que tiembla de frío... Es dulce el nombre: ¡Rosa!; y es dulce y melancólico el trocito de parque visto a través del nombre.

Pero de pronto, con un brusco movimiento del brazo, he borrado las cuatro letras.

II

Vera es rubia y tiene los ojos azules, grandes y luminosos. Ríe frecuentemente, y cuando ríe muestra dos graciosas filas de dientes, tal vez no muy pequeños, pero simétricos y blancos, entre los labios rojos y finos.

—Vera — dice tía Ernestina, — yo creía que no ibas a acostumbrarte a nuestra vida. El campo en invierno es muy triste, y aquí no tienes amiguitas con quienes loquear y reir.

—Tía Ernestina, sois muy buenos conmigo... Pero alguna vez me acuerdo de las hermanas, y de Lolín y de Lucía, y de tantas otras... Y tengo que reir para olvidarme de que estoy triste.

—No; si ríes siempre, es porque eres una coquetuela — le digo bruscamente. — Ríes para mostrar los dientes, porque sabes que los tienes bonitos.

Ella ha quedado seria ,muy seria, como una grave mujercita, y me ha mirado entre ofendida y suplicante... Después ha echado hacia atrás la cabeza rubia, con un gracioso movimiento brusco, y ha vuelto a reir:

—No lo creas, Pedro Antonio; río porque sí. Sin importarme si enseño los dientes y si éstos son feos o bonitos... Además, no tendría objeto; aquí no los ve nadie.

—Los veo yo.

—Pero aún no se me ha ocurrido enamorar a los osos.

Tía Ernestina suspira:

—¿Por qué estáis siempre así?— nos dice.—¡El Señor no ha querido concederme lo que yo le he pedido!

Y ha tendido sus manos, secas y ateridas, hacia los gruesos leños que chisporrotean en el humero amplio.

—Tu primo Pedro Antonio ha sufrido mucho — dice tía Ernestina, con una gran congoja en la voz; — por eso parece hosco y huraño; pero él es bueno, ya le conocerás.

—Yo quisiera saber por qué has sufrido, Pedro Antonio.

—Son cosas lejanas que ni a mí mismo ya me interesan.

—¡Una mala mujer! — dice tía Ernestina. Después torna a suspirar acongojada.

—¿Fué muy mala, muy mala, Pedro Antonio?

—No..., como todas.

Otra larga pausa.

Vera tiene las manos blancas y finas descansando en el halda y la mirada inmóvil, fija en los pies diminutos.

—¿Sufriste mucho, Pedro Antonio?

—No recuerdo.

—¿Te vengaste?

—Con ensañamiento. Escribí una carta llena de palabras duras y de conceptos mortificantes... ¡Era una carta muy cruel!

—¿Qué te contestó ella?

—Nada; no pudo contestarme.

—¡Pobre! ¿Había muerto?

—No, es que no le envié la carta... En fin, aquello pasó para no volver — murmuro mientras martirizo entre mis dedos nerviosos el alfiletero de marfil labrado, donde guarda sus agujas tía Ernestina.— Aquello ya pasó y puedo recordarlo ya sin amargura y sin ira.

¡Al fín, solos! . . .

La vida gira en torno del abismo. Del amor a la muerte hay un paso. Las dos son ansias de liberación o de infinito. En las dos se entornan los ojos para mirar más allá. El amor es también una manera de morir. En el amor sentimos el halago de la corriente secreta de la vida, olvidando la existencia individual de todos los días y de todos los afanes.

Las almas triunfan siempre, porque a la postre se descorren los velos y lloran al reconocerse.

¡Al fin, solos!... no pueden decirlo los enamorados cuando, extinguidos los ruidos de la fiesta, se ven juntos en la cámara nupcial, porque nunca estuvieron más distantes ni sus espíritus más lejos...

La pasión les impide entenderse... Pero las almas de los que se han amado mucho, cuando llega la noche fría de la vida y los labios se mustian cansados de besar, son las únicas que pueden exclamar: ¡Al fin, solos!... Sí, solos al fin, porque el gran anhelo ha sido cumplido. ¡Liberarse!...

V. GARCIA MARTI.

—Seguramente — dice Vera recogiendo el alfiletero roto en varios pedazos, — el alfiletero no será de tu misma opinión... Pero no se debe hacer mucho caso de los alfileteros.

III

—¡Qué raro! — dice tía Ernestina al vernos a Vera y a mí leyendo, cada uno sentado en su banco, frente a la alberca y bajo la grata caricia de este sol de principios de invierno. — ¡Qué raro! ¡Estáis los dos a la vez en la casa!

—Sí, tía Ernestina, — contesta Vera; — es que hace un tiempo indeciso.

—¿Y por eso...?

—Por eso. ¿No has notado que somos como las dos figurillas del barómetro que indican buen tiempo y mal tiempo? Cuando se ve la una no se ve la otra.

—¿Y yo qué indico, señorita Vera? — pregunto malhumorado. — ¿Sin duda el mal tiempo?

—¿El mal tiempo?... No el viento, si acaso... Se le oye murmurar, pero no se le ve nunca.

—Señorita Vera, para hacer de *chevalier servante* me sobra edad y me falta afición.

—Señor don Pedro Antonio, cuando yo desee un caballero que me haga la corte, elegiré uno a quien se le pueda dejar suelto, sin temor a que muerda.

—¡Hijos míos, por Dios! — murmura compungida y suplicante tía Ernestina.

La cancela de hierro labrado se ha abierto y por la avenida que conduce a la alberca avanza el guarda jurado de nuestra finca; le acompaña un pobre viejo que viene agobiado bajo el peso de un pequeño saco repleto de no sé qué.

—Señorito — me dice el guarda, — al tío Fermín le he cogío llenando un saco de rebuscas.

—¿Qué son rebuscas? — pregunta Vera.

—Es la poca oliva que ha quedao tirá en los bancales después de la recolección—le contesta el guarda.

—¿Y se aprovechan aquí, en la casa? — vuelve a preguntar.

—No, no se aprovecha.

—Entonces, ¿por qué traen a este pobre viejo?

—¿Cómo que por qué lo traen?... ¡Ralea de pícaros desaprensivos, que toman lo que no es suyo y aún después se hacen pasar por víctimas! — vociferó. — ¡Mal andaríamos si no se castigaran sus demasías!

—¿Pero qué mal hizo? — insiste Vera.

—Mal... mal... acaso haya estropeado las cebadas al atravesar furtivamente y sin cuidado alguno las siembras.

—¿Qué se hace, señorito? — pregunta el guarda.

—Quitarle ahora mismo ese saco y echar las olivas a la alberca... ¡Pues no faltaba más! ¡Con lo que yo me estoy mirando este año en las siembras!...

Pero al alejarse, llamo al guarda para decirle:

—El saco se lo llenas de trigo, y que yo no le vea más por aquí; a ver si me dejan en paz de una vez y no me pisotean las cebadas... ¡Pícaros desvergonzados!

Cuando se marchan, Vera me mira fijamente con sus grandes ojos azules:

—¿Por qué quieres parecer peor de lo que eres, Pedro Antonio?

—Sí, hija — dice tía Ernestina; — como en esto es en todo. Parece que va a maltratar a estas pobres gentes, y si alguna vez se arruina será por sus caridades.

—No; os engañáis — contesto, malhumorado por la escena anterior; — yo no quiero a los pobres, no los quiero; por eso desearía que no hubiera ninguno, y les doy de lo que tengo.

IV

—Vera ha recibido una invitación—me dice tía Ernestina; — las buenas monjitas se acuerdan de ella y quieren que pase en el convento las fiestas de la Candelaria... Vendrán dos hermanas a buscarla... ¿Qué dices?

—Nada ,tía Ernestina; ya lo ves, yo no digo nada.

—Estará fuera diez o doce días.

—Es lástima.

—Sí; a mí también me apena..., pero no quiero desairar a las monjitas. ¿Qué te parece?

—Hágase tu voluntad, tía Ernestina...; pero ya te digo, es lástima.

—Entonces... ¿Quieres que sólo le permita estarse tres o cuatro días en el convento?...

—Todavía más lástima... Ya que hace el viaje, ¡y con lo que cuestan ahora los viajes, Señor! Debe aprovecharlo y estarse por allí una temporadita.

Tía Ernestina suspira y calla. Luego dice:

—¿Qué te ha hecho la pobre niña, Pedro Antonio, para que tanto te estorbe?

—Tiene un gran defecto... Un enorme defecto... Un defecto imperdonable.

—¡Ay, hijo, me asustas! ¿Qué defecto es ese, que yo no se lo he advertido?

—Es mujer... y no se llama tía Ernestina — le digo a la viejecita abrazándola.

Mas, ¿por qué cuando se ha marchado en compañía de las buenas hermanas, no he sentido en mi corazón y en mi espíritu el descanso que yo esperaba?

Hace mal tiempo; la nieve ha cubierto los campos y el viento aúlla tristemente entre los pinares. Pero yo, mejor que estarme al amor de la lumbre, prefiero cruzar a caballo la solana y la umbría, trepar a pie por las vertientes pinísimas de la sierra y subir hasta los altos picachos donde las hondonadas se cierran con el hielo que luego formará las bulliciosas torrenteras que, atravesando el valle, van a morir al río.

Como vengo tan lleno de luz cuando vuelvo, la casa me parece más oscura y más triste que nunca. Estos inviernos últimos, en los días crudos y sin sol, gozaba con el estudio o con la lectura de mero esparcimiento, bien abrigadito en mi despacho, mientras a través de los cristales cerrados veía caer la nieve mansamente. Entonces yo no deseaba nada, y bendecía a Dios, que me había procurado este grato rincón donde sanar del espíritu... ¿Por qué ahora la tristeza del tiempo influye con más fuerza en mi ánimo y estoy triste, triste y sin saber la causa de esta tristeza?...

—Tía Ernestina, será preciso hacer obras en la casa. Las habitaciones son frías y oscuras.

—Es el tiempo, Pedro Antonio, el mal tiempo. Tampoco debías salir en estos días; cogerás algún mal grave.

—Es que se me cae la casa encima.

—Nunca te ocurrió eso.

—Ahora, sí; parece que me falta algo.

Y con una sonrisa me dice tía Ernestina:

—Mañana regresa Vera.

Yo contemplo la nieve que cae y los árboles vestidos de blanco y la lejanía uniforme. Y de pronto, de un modo inconsciente, como la otra vez, mis dedos han escrito las cuatro letras de un nombre sobre el vaho que empaña los cristales...

Pero ahora el nombre es Vera; y, como por milagro, ha abierto un claro azul en el cielo plomizo, y las letras parecen pintadas con pedazos de cielo.

V

Es el primer día de primavera éste en que la prima ha regresado del convento. En la solana, la nieve se ha derretido, y entre la hierbecilla húmeda asoman, como ojos curiosos, las primeras violetas. El cielo, sin una nube, tiene un bello color turquí, y los regatos, engrosados con el deshielo, cantan alegremente entre los cañaverales.

Vera anda afanada por la casa, con aires de mujercita seria.

—Tía Ernestina — ha dicho a la buena señora, — tú debes descansar: yo haré todo el trabajo que tienes retrasado.

Tía Ernestina se sonríe y no le contesta, pero me mira a mí, que estoy como azorado y sin saber adónde ir. Luego me dice:

—¿No sales hoy, Pedro Antonio?

—Tía Ernestina — le contesto, mirando desde una ventana el cielo impecablemente azul, — ¿no crees que va a llover?

VI

—¿Quieres que arreglemos tu despacho? — me dice Vera, asomando su cabecita rubia entre las hojas de la puerta, como un lindo y gracioso fantoche.

—¿Ahora?

—Pensábamos que fuera ahora—dice entrando en la habitación,— porque estamos limpiando toda la casa; pero si estudias y te interrumpimos, lo dejaremos para luego.

El lobo y el cabrito

Hallábase un cabrito tomando el sol en la cuspide de una escarpada roca, a tiempo que cierto lobo atravesaba, penosamente, por el atajo de la ladera. El cabrito comenzó a desafiarlo con burlonas voces, dirigiéndole todo linaje de denuestos; pero el lobo, con calma, levantó la cabeza, y dijo:

—No eres tú quien me insulta, pobre cabritejo, sino la piedra en que está colocado. Dale las gracias.

—Sí; estaba estudiando.

—Entonces... — y se dispone a salir. Pero antes se vuelve hacia donde yo estoy, y con una vocecita tímida, me dice:

—Yo quisiera pedirte un favor, Pedro Antonio.

—¿Es cosa grave?

—No sé...; pero ya lo es pedirte algo.

—¿Qué deseas?

—Tía Ernestina dice que tú eres un sabio, y que has llegado a ser célebre.

—Esto último es cierto; sino que no se ha enterado nadie.

—Yo lo he creído porque era ella quien me lo decía, y porque tienes muchos librotes en tu biblioteca.

—¿Nada más que por eso?

—Nada más... Me había formado una idea muy distinta de lo que es un sabio.

—Y ¿cómo te lo figurabas?

—Pues verás — dice, sentándose con ligero y gracioso movimiento, en una butaquita baja, frente a mí y cruzando las manos sobre las rodillas: — primero, muy viejecito, y luego, muy simpático y muy amable...

—Y claro, yo no reuno todas esas condiciones...

—No; al principio, no reunías ninguna, primo; ahora, con el tiempo...

—Sí; por lo menos, en lo de viejo me voy aproximando cada vez más...

—Creía también que los sabios, como los artistas, habían de llevar melena; pero sobre esto ya tenía mis dudas, porque en el colegio dió un concierto de violín un músico célebre, y llevaba el pelo muy corto.

—Cuestión de escuela...

—¡Ah! Yo creía que era cuestión de peinado...

—¿Tiene algo que ver mi supuesta sabiduría con tu petición?

—Sí tiene que ver.

—Pues veamos.

—Yo quisiera no ser una pobre ignorante, y aprender algo de lo que tú sabes.

—¿Qué quieres aprender?

—Historia...

—Si te dieran a leer una novela en la que sus personajes fueran gentes de mala condición, llenos de todos los vicios y capaces de todos los crímenes..., ¿qué harías con ella?

—Si sabía, antes de leerla, de lo que en ella se hablaba, no la leería...

—Pues no leas la Historia.

—Geografía, entonces...

—¿Para qué? Si no has de viajar, no te sirve de nada. Si viajas, te roba el encanto de lo imprevisto y te materializa la poesía de los lugares y paisajes.

—¿Gramática?

—Acabarías por no atinar a decir dos palabras seguidas.

—Entonces, ¿qué debe saber una señorita bien educada?

—Todas las señoritas, las bien educadas y las mal educadas, deben saber una sola cosa, una sola; pero saberla bien.

—¿Y es...?

—Deben saber, ante todo y sobre todo, agradar... Con este consejo que te doy es como si me pasara al enemigo, y también es muy probable que algún infeliz lo pague caro... Pero como no he de ser yo...

—¡Claro, como no has de ser tú!... ¿Y dices que lo que debe aprender una señorita es agradar?

—Sí.

—Entonces, me buscaré otro profesor.

VII

—¡Primero de abril! ¡Cómo pasa el tiempo! — murmura tía Ernestina, mientras tomamos el desayuno. — Ya hace medio año que llegó Vera, y parece que fué ayer mismo.

—¡Qué hermosa mañana para dar un paseo por el campo! — exclama Vera, que hoy tiene los ojos más azules y más luminosos, como dos grandes turquesas, y los labios más rojos y encendidos.

—¿Vas a salir? — le pregunto.

—No tengo con quién; Gertrudis está indispuesta, y las otras criadas son demasiado jóvenes.

—Yo he de ir al otro lado del río para ver cómo andan las siembras de allá; hace más de un mes que no las he visto — digo con un afectado aire de indiferencia.

—Claro, tú no tienes necesidad de que te acompañe Gertrudis...

—Y las otras criadas son demasiado jóvenes — la interrupo.

—¿Por qué no sales con tu primo? — le dice a Vera tía Ernestina.

—¿Con Pedro Antonio?... Dignamente no puedo aceptar su invitación.

—¿No puedes aceptarla? ¿Por qué? — la interrogo, un si no es mohino.

—Porque no me la has hecho.

—Es cierto: señorita Vera, ¿quiere usted pasear conmigo esta mañana?

—Caballero Pedro Antonio, de ninguna manera, — me contesta, con una graciosa mueca en los labios.

—¿Ves, tía Ernestina? Todo lo que se proponía era humillarme delante de ti — digo, ya ciertamente malhumorado.

—¡Vamos, Vera! ¿Qué escrúpulo tienes en que Pedro Antonio te acompañe?

—Que su invitación no ha sido espontánea... Pero como yo no deseo quedarme esta mañana en casa, saldré sin que me acompañe nadie. ¿Qué puedo temer? ¡Nada!... Sólo, que yo también tengo un interés grandísimo por ver cómo andan las siembras del otro lado del río, y es posible que me dé una vueltecita por allí.

VIII

No recuerdo otra mañana de primavera más luminosa. Los sembrados parecen grandes lagos verdes, en los que el vientecillo perfumado y blando finge olas breves y mansas. Los manzanos y cerezos se han adornado de florecillas pálidas, y en las hondonadas de los vallejos, entre espesos cañaverales y entre suaves ribazos cubiertos de musgo, ríen las voces fresca de la torrenteras.

Hacía mucho tiempo que yo no sentía el corazón tan lleno de gozo y el espíritu tan lleno de optimismo. Si estuviera a mi lado tía Ernestina, me diría con su vocecita cascada: "Es que está muy hermoso el día". O bien: "Es el tiempo, sobrino Pedro Antonio; es el tiempo".

Tras unos ruinosos tapiales asoma una pomposa rama de rosaleda, y en la rama, empujada por el viento, se mece blandamente una rosa bermeja.

—¡Qué hermosa! — exclama Vera al mirarla. — Es la primera rosa de este año. ¡Y qué encendida está!

—Es que se ha despertado ruborizada porque estaba soñando, en su lecho de hojas verdes, con la mariposa que ayer, vino a posarse sobre ella.

—Es una frase digna de la rosa. ¿Por qué no hablas siempre así?

—Porque no siempre hay ocasión, y al final resultaría empalagoso, como todo lo dulce.

—¿Quieres alcanzarme la rosa?

Y yo se la he alcanzado, y Vera, al tomarla por el tallo, ha lanzado un pequeño grito y me ha mostrado un diminuto rubí al extremo de su dedín sonrosado.

—Vera, es la primera vez que he visto a una rosa herirse con sus mismas espinas.

Olvidando su dolor, Vera ha reído ruidosamente, enseñando sus dientes blanquísimos entre los labios rojos como pétalos de la rosa.

—Primo Pedro Antonio, y yo también es la primera vez que he visto a un ciprés dar flores.

Luego, repentinamente seria y mientras se lía el diminuto pañuelo de batista al dedo herido, añade:

—He pagado un madrigal con una sátira. ¿No se dice así? Pero es que se me ha contagiado tu prurito de hacer frases esta mañana.

—Has hecho bien; debo parecerte perfectamente ridículo e insoportable.

—No lo creas; ridículo no me lo has parecido nunca; insoportable, muchas veces; pero ahora, no... Además, yo sé muy bien que esto pasará y por eso no te lo tomo en cuenta; debe ser cosa de la primavera.

—"De la primavera..." ¡De la prima Vera! — murmuro, descomponiendo la palabra y sintiendo una alegría, que yo juzgo sin causa, en el pecho. Y de pronto exclamo: — ¡Prima Vera!

—Primo Pedro Antonio, ¿qué se te ofrece?

—Nada...; es que no me había dado cuenta hasta ahora de lo bien que suena tu nombre... ¡Prima Vera!

—Es verdad — contesta ella, gozosa; — tampoco yo lo había oído así nunca. ¡Como no tengo más parientes que vosotros, nadie me lo pudo decir!

—Entonces es un nombre nuevo para ti, que ha caído del cielo esta mañana sólo para que yo te lo diga.

IX

El álamo que se mira en el estanque, se ha cubierto de hojas nuevas y mueve gravemente su en-

CURIOSIDAD SATISFECHA



—¿Y ustedes no salen este verano?
—Por la noche, sí, señor, casi todos salimos a dar un paseito. ¿Pero por el día? ¡Cualquiera sale de casa con el calor que hace!

SUPREMA

No efluvia ya en la paz de tu sagrario,
Su aromática mirra el incensario
De mi antiguo cariño reverente.
Y en mis fúnebres noches desgarradas,
Ya no surgen como albas esperadas
Tus blancuras de terso transparente.

Pues ha tiempo, en un bosque impresentido,
Donde el bando corsario del Olvido
Imponía el puñal de sus acuerdos,
Quedaron torvamente asesinados,
Los pajes que llevaban, desarmados,
El oro de tus últimos recuerdos.

L. Gonzalez Calderon.

marañada cabeza, sin duda satisfecho de contemplar su juventud, después de la vejez del invierno.

Bordeando la alberca hay una larga y luminosa fila de lirios blancos.

—Este árbol es más dichoso que yo.

—¿Por qué, Pedro Antonio?

—El ha florecido en muchas primaveras y volverá a florecer en otras.

—¿Y tú?...

—Mi primavera pasó hace muchos años y la vida del hombre sólo florece en una.

—Ahora no diría tía Ernestina que influye el tiempo en tu ánimo. El tiempo está muy hermoso.

—Los árboles — digo, como si pensara en voz alta, — cuando les llega la vejez del invierno están rodeados de vejez y desolación por todas partes; ¡al fin, es un consuelo!... Nuestra vejez es más triste, porque suele estar rodeada de primaveras.

—¿Ya te sientes viejo, Pedro Antonio?

—Sentirme, no; pero temo que me sientan los demás.

—Las demás, querrás decir, ¿no es cierto?

—Tampoco es esa la palabra justa.

—Entonces, ¿cuál es?

—Adivínala, prima, tú que eres tan inteligente.

—No debes burlarte de una pobre muchacha ignorante.

—No me burlo. Eres inteligente porque tienes la inteligencia más femenina, la del gesto, la de la mirada y la de la réplica y, sobre todo, la inteligencia de ser bonita.

—¿Bonita? Es la primera vez que me lo dices.

—Y espero que no será la última.

—Pero por ser la primera no debo creermelo todavía, ¿no?

—Si no te fías de mí, pregúntaselo a tía Ernestina. Cuando llegaste, me dijo: "¿Has visto qué bonita está Vera?..." Pregúntaselo a Gertrudis: "¡Ay, señorito, qué bonita es la señorita Vera!", me dijo apenas te hubo conocido... Ya ves: eres bonita por unanimidad.

—Pues, a pesar de todo, no adivino aún a quién temes parecer viejo.

—¿O eres tú la que temes adivinarlo?... Tendré que decírtelo más claramente, si es que tienes interés en saberlo.

—Todas las mujeres somos curiosas.

—No preguntaba por tu curiosidad, sino por tu interés.

—Sí quiero... Pues verás...

—¡Vera! ¡Pedro Antonio!... — nos llama tía Ernestina, que viene hacia nosotros desde la casa, andando apresuradamente con sus pasos menuditos. — ¿No pensábais almorzar hoy? Os estoy esperando desde hace media hora.

Y como ve que nos hemos quedado suspensos con su llegada y hemos interrumpido el diálogo, añade: — ¡Qué calladitos os habéis quedado! ¿Es que hablabais mal de mí?

—¡Ay, tía Ernestina! — dice Vera con un suspiro. — No; no hablábamos mal de tí; pero me parece que vamos a tener que hacerlo.

X

La campana de la ermita salta jubilosa alrededor de su eje de hierro, anunciando la misa dominguera. Todo el campo es como un inmenso pebetero verde, salpicado de motitas rojas y amarillas. Sobre la superficie del estanque, más azul que nunca, se persiguen, silenciosos y solemnes, los cisnes de cuello blanco y enarcado y las primeras golondrinas cortan, con vuelos raudos, la mancha luminosa del cielo.

—¡Domingo y mayo! — dice Vera. — ¿Concibes tú algo más bonito y alegre?

—Antes de conocerte, no.

—Trabajo te ha costado conocerme.

—Tienes razón; te vi por primera vez hace unos meses; pero el conocerte fué más poco a poco.

—¿Es que yo venía disfrazada?

—No; es que te miraba con gafas negras, y el color de mis gafas era tu disfraz.

—Yo debía haberme vengado, ahora que era la ocasión.

—¿Cómo?

—Haciéndote sufrir, y mostrándome yo para ti tan desdeñosa como tú lo fuiste, al principio, conmigo.

—Y, ¿por qué no lo has hecho?

—¿Me desafías?

—¡Líbreme Dios! Simplemente, te pregunto: ¿por qué no lo has hecho?

—Porque soy tan tonta, que parezco una mujer casada. Yo no he tenido nunca la experiencia y la malicia de una muchacha soltera —dice con desaliento.

. . . .

Hemos llegado al margen de un arroyo, que a pocos pasos va a dar en el río. Como allí la corriente es suave, el arroyo, antes de morir, descansa en un remanso, que es cristal clarísimo, donde se miran los viejos olmos frondosos, los tallos débiles de los lirios de agua y los juncos esbeltos que crecen en su márgenes.

Vera, apoyándose en el tronco de un árbol, inclina el busto hacia el regato limpio, y dice:

—Da gozo ver las nubes a nuestros pies y las golondrinas que pasan volando bajo nosotros.

—Sí, da gozo; pero yo creo que lo que tú miras en ese espejo natural es a ti misma.

—No; ya me miré bastante en los de casa.

—¿Confiesas tu coquetería?

—¿Coquetería? ¿Para qué? A ti no tengo necesidad de agradarte desde que nos dijimos que éramos novios. Las veces que me miré esta mañana fué para ver cómo me sentaba este vestido blanco que hoy estreno, y del que nada me has dicho.

—Prima Vera, te sienta como la primavera a las rosas.

Vera sonríe complacida.

—¿Por qué no me dices siempre cosas tan lindas como esas? ¿Por qué mezclas las impertinencias con las flores?

—Las flores te las digo a tí misma para que tú las guardes; las

impertinencias, que son hijas de un resquemor lejano, te las digo para que se las trasmitas a las demás mujeres.

—Luego, será al revés.

—¿Al revés?

—Sí; las impertinencias me las dirás a mí para que yo me las guarde, y las flores se las dirás a las demás para que yo me entere.

. . . .

Un corderito ha venido triscando hasta nosotros; tiene la piel blanca y el hociquín sonrosado, y Vera lo ha acariciado largamente.

Como yo también he unido mis caricias a las suyas— tal vez para encontrar sus manos blancas entre las blancas vedijas, — Vera me ha dicho:

—Es muy lindo, ¿verdad? ¿Te gusta?

—Vera, a mí me agrada todo lo que te agrade a tí.

—¿Ves? ¡Eso está muy bien! Así no tendremos que hacer cocinas distintas para cada uno, como los pobres papás.

. . . .

—¿Qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

—Te miré con odio porque eras mujer. Yo sufría aún por una mujer, y no podía pensar que vinieras tú a curarme de mis humores sombríos.

—¡Qué poco galante!... Ahora debías decirme que me presentías, que soñabas conmigo... En fin, mentir un poquito.

—¿Quieres creer que, a pesar de todo, si te dijera eso no mentiría ni poco ni mucho? No sabía por qué, pero te esperaba; cuando llegaste, tampoco sabía que eras tú la esperada; pero lo cierto es que ya te esperaba...

—*¿Con quién?*

. . . .

—¡Yo te querré siempre, prima Vera! ¿Y tú a mí?

—¡Hijo, haces unas preguntas de repente!

—Pero, ¿me querrás?

—No sé; ahora mismo me parece que sí.

—¿Toda tu vida?

—¿Es que quisieras que me muriera muy pronto?

XI

Ha anochecido.

Las estrellas se han ido encendiendo una a una, y las golondrinas y los vencejos parecen enloquecidos por la proximidad de la noche. Sus gritos agudos se mezclan al canto lejano de los boyeros, y al rumor manso del río, y a los primeros graznidos de las cornejas, sos. Vera se ha quedado mirando que se ocultan en los troncos añofijamente al cielo.

—¿Qué miras, prima Vera?

—Miro a las estrellas, que parecen esta noche más bonitas que nunca.

—Sin duda, porque son como espejos claros y te estás mirando en ellos.

—No, no; es cierto lo que digo. ¿No crees que están más hermosas esta noche?

—Voy a tener celos de ellas; mirándolas te olvidas de mí.

—¿Celos? Harías mal; las estrellas están muy lejos...

. . . .

—Tú, que eres un sabio...

—Ahora sí que creo que lo soy.

—¿Por qué lo crees ahora?

—Porque entre la sabiduría y tú, te he elegido a ti.

—Bien; tú, que eres ahora un sabio, dime: ¿es verdad que en las estrellas hay hombres y mujeres como nosotros?

—No sé, prima Vera; pero la razón nos obliga a creerlo.

solos...

—¿Los dos?

—Bueno; pero cada uno en su estrella...

. . . .

Motivos marplatenses

EL BAÑO

A las once y media, la playa Bristol hormiguea de gente. Bajo los toldos de los balnearios, en la arena, humedecida constantemente por el mar, y en el agua, una muchedumbre heterogénea se baña, conversa o reposa, estimulado el espíritu por la brisa salada de las olas. ¡Las olas! Ellas son el encanto del mar y el martirio de los timoratos que, agarrados de las cuerdas, se sienten zarandear por su golpeteo estrepitoso. Unas se vienen rizando desde lejos, ante la gritería ensordecedora de los chicos y de las mujeres; otras se alzan como crestas albas, y rompen de improviso junto a la playa, arrastrando hacia la blanda arena a algún bañista descuidado. A lo lejos, la barquilla blanca de salvamento se balancea suavemente sobre el mar.

UNA ONDINA

Acostada de espaldas en la arena, el rostro protegido por una sombrilla chinesca clavada en el suelo, una mujer descansa del baño, apenas cubierto el traje de malla por la salida sin ceñir. Y bajo la caricia lenta del sol, la carne blanca y soberbia se sonroja un poco, mientras los ojos distraídos recorren, con fruición oriental, las dos leves colinas de sus senos.

CASTILLOS DE ARENA

Un ejército de zapadores se ha dado en construir, en un santiamén, frágiles castillos de arena. Son rubios albañilitos bulliciosos, armados de palas y cubos, que cortan y separan el dócil elemento para vaciar las naves y las cúpulas de fantástica elegancia. Pero cuando ya casi todo está concluído, una ola enorme, rugidora, pone a los albañilitos en fuga y deshace, de un solo manotón, la obra de arte realizada. Desde lejos, todos ellos se ríen. Todos menos uno, que se ha quedado mirando el montón informe de arena, profundamente triste.

GLAUCUS.

—Pues no me gusta. Sería más bonito que no hubiese nada en ellas, y más bonito aún que todos tuviéramos nuestra estrellita para estar cuando quisiéramos, y todo el tiempo que quisiéramos, solos,

Ante la puerta de la cancela nos espera la tía Ernestina.

—¡Qué buena eres, tía Ernestina! — le digo, abrazándola. — ¡Y qué contento estoy!

—¿Estás contento, Pedro Antonio?

—Sí, tía — murmuro.

—¡Dios sea bendito! — dice la viejecita, juntando sus manos en acción de gracias. — Ya hace tiempo que no te oía decir eso.

Vera, con el amplio sombrero de paja entre las manos, y apoyada en uno de los pilarones que sostiene la cancela, nos mira y sonríe.

XII

En la terraza, bajo la inmensa bóveda estrellada y entre los bosquecillos de naranjos, cuyas flores blancas son como reflejos perfumados de las estrellas del cielo, hablamos acariciados por la fresca brisa nocturna, mientras un ruiseñor va poniendo su ritornelo a la música del diálogo amoroso.

Acodados en el barandal de hierro, hundimos nuestra vista en el valle silencioso y oscuro.

—¿En qué piensas, Pedro Antonio?

—Escucho el sueño del campo... ¿No pusiste nunca atención en ello, Vera?... Mira: en verano, parece que duerme fatigado después de una jornada dura, y es un sueño cálido y grave el suyo, grave como si durmiera bajo una inmensa sábana de plomo. En otoño, su dormir es agitado: silba el viento con un largo gemido y el campo parece preso de pesadillas tristes. Su sueño, en invierno, es el sueño fatigoso y silbante, frecuentemente interrumpido, de un anciano... Ahora, en primavera, parece que es un niño el que duerme; su respiración es una brisa imperceptible, y su desperezo es un balbuceo gracioso.

—Yo no sé por qué entiendo tan bien todo lo que dices. Si eso lo hubiera escuchado antes de ahora, me hubiera parecido incomprensible y pretencioso... Ahora es..., ¿cómo te lo diría yo?..., algo así como si lo fuera yo diciendo con palabras tuyas.

—Si es cierto lo que dices y es cierto lo que yo siento, que esto sí lo es, no debe ser ni tan tonto ni tan imposible aquello de que hablan los enamorados en sus cartas: la fusión de las almas... Las nuestras, por lo visto, se fundieron, y después tomamos cada uno la mitad de la mezcla. Tú te llevaste parte de la mía, y por eso comprendes mis extravagancias: yo tomé de la tuya la serenidad de espíritu y alegría sana y optimista... Prima Vera, ¡creo que has perdido en el cambio!

De pronto, Vera, que escuchaba mis palabras con una gravedad extraña, haciendo juego con el gorjeo del ruiseñor que canta entre las ramas del viejo álamo, sobre las aguas del estanque, ha lanzado al viento el gorjeo sonoro de sus risas.

—¿Te ríes de mí, prima Vera?

—Sí, hijo; de tí y de mí.

—Pues eres cruel contigo y conmigo.

—Perdóname tú, que yo me perdoné de antemano...; pero de pronto me he acordado de nuestra primera entrevista... y ¡hacía un contraste tan cómico con lo que hablamos ahora!... ¿No lo recuerdas?... "¿Es usted la señorita Vera?", me dijiste al apearme del tren, todo solemne y estirado...

—"Estoy segurísima de serlo", me contestaste, con una ligera reverencia y una imperceptible sonrisa. "¿A quién tengo el gusto de hablar?".

ENSUEÑOS

Nuestra góndola temblaba
sobre el cristal de las ondas,
la espuma tramaba en perlas
tu regio traje de novia;
bajo el fulgor de los astros
se irguió tu cabeza blanda,
y al ceñirte en los diamantes
de tan excelsa corona,
se prolongó sobre el lago
la bruma azul de tu sombra,
como la escala de un sueño
tendida en rumbo a la gloria.

PEDRO J. NAÓN.

—"Me llamo Pedro Antonio, y soy sobrino lo mismo que usted, de tía Ernestina..." Esa fué tu presentación, y no hablaste más en la primera mitad del camino. Yo iba pensando en que si todos los habitantes de la casa eran tan locuaces como tú, sería cosa de aprender el lenguaje de los pájaros para poder hablar y reir con alguien. Cerca de la casa, me dijiste: "Señorita Vera, antes de llegar desearía que me escuchara usted con atención dos palabras..." Bueno — pensé, — el primo Pedro Antonio no quiere perder el tiempo, ni se anda por dos caminos. Creo que una señorita recién salida del colegio no debe dar oídos a palabras de amor; pero como no puedo pasar por otro punto, me resignaré a escuchar las inconveniencias que quiera decirme el primo Pedro Antonio.

—Y por eso me dijiste, frunciendo de un modo gracioso el hociquito: "Caballero, me parecen prematuras las dos palabras esas; pero las escucharé si no son más de dos y no son excesivamente inconvenientes".

—A lo que tú me contestaste, mirando hacia otro lado, como no dándole importancia a la interlocutora, aunque a mí me pareciera que era obra de tu timidez: "Señorita, con dos palabras sólo no podré expresar una idea; de todas maneras, le prometo a usted ser breve. En cuanto a la inconveniencia de mis palabras, la juzgo dolorosamente imprescindible; pero haré todo lo que pueda porque no lo sean de un modo excesivo, y espero que, por una vez, usted me las perdone". Indudablemente — pensé yo entonces, — el caballero Pedro Antonio es un hombre de corazón volcánico, y mucho me temo que no estando preparado para ver a una joven como yo, se le haya trastornado el juicio. Procuraré no hacerle sufrir de un modo cruel y le dejaré entrever un rayito de esperanza, conforme a las lecciones recibidas de mi amiga Lolín, que ya tiene cierta experiencia en estas cosas.

—Y entonces fué, sin duda, cuando mirándome de soslayo, pero haciendo como si bajaras los ojos, me dijiste: "Confío en su caballerosidad, y estoy pronta a escucharle".

—Y tú, con una brusquedad desconcertante desgranaste este madrigal: "Señorita Vera, me fastidian horriblemente las mujeres".

—Y tú: "Caballero Pedro Antonio, ¿es eso todo lo que usted había de decirme?"

—"Podría decirle algo más, señorita; pero no lo consideraba absolutamente necesario", me contestaste. "Mas como parece que usted me da permiso para continuar, añadiré esto: en él mundo hay una sola mujer: tía Ernestina; las demás no existen para mí, por mucho que hagan ellas para que yo me entere de que existen".

—Y entonces, ¿qué pensaste?

—Como en aquel momento llegábamos a la casa, no pensé nada; pero no salí de mis habitaciones. hasta que tía Ernestina me juró por todos los santos del cielo que eras inofensivo y razonable hasta cierto punto... Ya ves si había motivo para reir al recordar aquellos tiempos y al considerar éstos.

... ...

—¡Prima Vera!

—¿Qué se te ofrece, Pedro Antonio?

—¿Recuerdas también lo que te dije hace unos días?... "Tengo envidia de los árboles, porque para ellos florece una primavera cada año; mi primavera floreció hace tiempo y en la vida del hombre sólo florece una..." Me equivoqué: ha florecido otra para mí, y me parece ésta más alegre y más engalanada que la primera, y yo siento el corazón más lleno de luz, y de alegría mansa, y de sereno optimismo..., y el milagro de mi segunda primavera lo has hecho tú, prima Vera. Ahora creo que el corazón del hombre, como los árboles, puede florecer en muchas primaveras...

—¿En muchas? ¡Ay, Pedro Antonio, que eres un ambicioso!... ¡Júrame que te vas a contentar con esta segunda primavera!



—¡Oye, Cepriana! ¿Quién es ese melitar que te ronda?
—¡Calle, señá Taburcia! Es el Soldado Desconocido.

Un acuario notable

El uso de encerrar los peces dorados en vasos o peceras de adorno, era propio de la antigua China, de donde se propagó a Europa. Los acuarios de agua dulce no se generalizaron hasta que Johnston resolvió el problema de conservar los seres vivos sin necesidad de renovar a menudo el agua del acuario, basándose en la ley de compensación que existe entre las respiraciones animal y vegetal.

Los acuarios de agua de mar se creía antes que sólo era factible instalarlos en la proximidad de la costa, donde se pudieran renovar frecuentemente el agua, los animales y las plantas. En combinación con los jardines zoológicos se establecieron también en el interior. Entre estos acuarios el más notable era el de Berlín.

El problema principal a resolver en un acuario es el de la respiración de la población animal que en él se encuentre. Cuando ésta es numerosa, el oxígeno proporcionado por las plantas no basta y hay que proporcionarlo por medio de surtidores que pongan el agua finamente dividida en contacto con el aire, facilitando así la absorción de su oxígeno, o por medio de aparatos de aireamiento.

Los acuarios de agua de mar se construyen de un modo idéntico a los de agua dulce, pero hay que tener cuidado de que el agua no esté en contacto con el metal del acuario. No debe recibir la luz directamente del sol, y como no hay plantas, necesitan estar aireados continuamente.

En la actualidad, el acuario que ofrece más interés es el del Zoológico de Londres, que contiene veinticinco tanques para los peces de agua fresca, veinticinco para los de mar y cuarenta para las especies de los trópicos. Unos ejemplares están iluminados con luz solar y eléctrica, y otros con esta última, pero distribuídos los rayos de modo que produzcan un efecto de luz solar. El suelo de las enormes galerías donde los tanques se encuentran es de goma y las paredes y techo están revestidos de un color negro.

El frente de cada tanque es de una composición de mármol verde oscuro y en la parte inferior del marco existen rótulos describiendo la especie que en el tanque se exhibe.

Debajo del piso existe un departamento donde están los depósitos de agua y de donde es tomada y elevada por medio de bombas operadas eléctricamente, a tanques de alto nivel situados en la parte superior de las terrazas. Desde aquí caen, por la fuerza de gravedad, a los tanques de exhibición, y de aquí a unos filtradores antes de volver a los depósitos de reserva. El agua se oxigena directamente por introducción de aire fresco a los tanques.

NAUFRAGIO

Por Alfonso Hernández - Catá

Mientras el trasatlántico se iba separando lentamente del muelle y el alarido de la sirena echaba sobre la multitud pulverizada lluvia, comentábase el repentino amor de la pareja que iban a despedir.

—¡Así sí vale la pena de quererse! — suspiraba una muchacha ojerosa.

—El verdadero amor sólo surge de raro en raro; lo demás son imitaciones, — añadió un profesor calvo de cansada sonrisa.

Y, bajo la toldilla, en grupo formado por el busto hercúleo, contra el cual se apretaba la cabeza femenina envuelta en un velo que fingía flotante cabellera azul, respondía en silencio, afirmativamente, a los comentarios.

Ella era alta, de hermosura violenta, boca de gula y ojos donde los ensueños sugerían formas corporales; él era bello, de fuerza multiplicada en los deportes y de voluntad irritada ante los obstáculos. Había en los dos una exuberancia fisiológica que los hizo tiranos de sus familias desde niños. Faltóles siempre el espacio y el tiempo; y un ansia indómita de ser protagonistas y de usurpar a los otros su parte de botín en la vida, envolviólos, a partir de los bancos de la escuela, en una atmósfera de admiración veteada de miedo. Al conocerse en el predestinado azar de un baile, fueron el uno hacia el otro, rasgando la multitud, con la fuerza fatal de dos corrientes ávidas de unirse. La fiesta quedó un momento interrumpida. Una hora después se hablaban ya en el tono alternativamente sumiso e imperioso de la pasión. Y cuando las miradas empezaron a murmurar con parpadeos malignos, ellos las desafiaron con mirar de reto, diciéndoles que esta actitud sería la de los dos frente a todos los futuros obstáculos.

La batalla fué dura; mas la oposición de las familias, al ver rotos de súbito sus lentos cálculos, estrellóse contra estas dos palabras inexorablemente sencillas: "Nos queremos". Y el dolor de un muchacho enteco, embriagado durante muchos meses por el efluvio de la beldad un poco gigantesca, y la pena de una pobre anémica fascinada años y años por la apolínea belleza de él, hubieron de borrarse casi ruborosos de su insignificancia ante la fuerza de su amor. Cuanto se puso entre ambos fué roto.

La boda hubo de ser decidida en pocos meses. El excepcional amor exigía abreviaciones excepcionales. Todos comprendieron que de aprisionarlos en la malla de las dilaciones, despedazarían sus hilos. Las dos familias doblegáronse por temor al escándalo; y empero, la boda tuvo algo de escandaloso. La iglesia se llenó de gente, de cuchicheos, de curiosidad. La marcha de esponsales de Mendelssohn parecía débil para celebrar tal unión. Ante el altar, a pesar de las luces y de la figura del sacerdote, la pareja pujante de juventud sugería una visión pagana.

Ahora, apoyados lánguidamente contra la barandilla, la visión, libre de místicas trabas, adquiría fuerza plena. Puesto que el bosque de los faunos y de las ninfas no lo pudo acoger, el mar de las sirenas y de los tritones arrullaría su epitalamio... Poco a poco el buque se alejaba y los pasajeros retirábanse de la borda para ir a ordenar sus vidas provisionales. Cual si las miradas fijas en tierra fueran cadenas invisibles, al disminuir creció la velocidad del navío: Cuando ya no se veía el destellar del faro y el buque sólo era entre el cielo y el mar leve mancha salpicada de luces, en la ciudad hablábase de ella todavía.

—¡Feliz la que logra ser querida así! — suspiraba la muchacha ojerosa.

Y el profesor, alzando de sus papelotes la vista para fijarla en su compañera, que, al sentir el mirar, levantó la cabeza de la humilde labor de aguja y sonrió dulcemente, pensó otra vez:

—El verdadero amor sólo surge de tarde en tarde... lo demás son imitaciones despreciables, argucias del instinto en favor de la especie...

Durante ocho días la pareja constituyó para marinos y pasajeros un espectáculo donde el instinto ponía envidia y la inteligencia cólera. Medio tendidos en las sillas extensibles, pasaban el día cara al mar, envueltos por la misma manta, con las cabezas muy juntas, las manos y los ojos entrelazados y una dejadez melosa y ardorosa en todos sus movimientos. Desaparecían a la hora de la siesta, se retiraban muy temprano, y no volvían a surgir hasta el día siguiente, ojerosos. Las muchachas los miraban desde lejos; los jóvenes sonreían y cuchicheaban señalándoles; los oficiales, desde el puente, los atisbaban como otro peligro. Y un matrimonio inglés viejo, que daba después de cada comida veinte vueltas en torno a la cubierta, no dejaba de pronunciar al unísono ni una sola vez la palabra *schoking*, cuando se cruzaba con ellos.

La noche anterior a la llegada al primer puerto, mientras en el salón hervían las risas de la fiesta, se jugaba y bebía en el bar, y subía del sollado el rumor de los emigrantes, hecho de palabrotas ingenuas, de voces de niño y de cantos de acordeón y guitarra, la pareja feliz quedóse sola en el sitio de siempre. Fosforecía el mar y era dulce besarse en aquel oasis de silencio. De pronto, las cabezas se juntaron demasiado, hubo un crujido terrible, apagáronse todas las luces y, tras un lapso de estupor, ayes, blasfemias y desorden empezaron a brotar de las entrañas del buque.

En menos de dos minutos desnudáronse las almas y el egoísmo humano mostró su faz abominable. Los gritos imperativos de los oficiales naufragaban ya en el oleaje del pánico. Bajo la claridad estelar viéronse las corteses manos trocarse en garras y las sonrisas en rictus. Hachas frenéticas cortaron los sostenes de los botes prematuramente. En torno a cada salvavidas, a cada madero, riñóse una refriega; y antes de que el mar causase la primera víctima, ya había sangre a bordo.

—¡Orden! ¡Calma!... ¡Cada uno a su bote, que hay tiempo de salvarse!

La reacción tardó en sobrevenir. El salvamento inicióse, y los niños y las mujeres empezaron a obtener sus derechos. Ante una escotilla la vieja inglesa se negaba a separarse del compañero de toda su vida, y acabó por renunciar a dejar el buque y abrazarse al anciano con suave y heroica firmeza. Una mujer alta, de boca de gula y ojos llenos de terror, tomó presurosa su turno.

—¡Quiero vivir! — gritaba enloquecida por el hacinamiento del bote.

El pavor de la muerte habíale oscurecido la inteligencia por completo. Sólo mucho después, cuando los remos, al castigar el agua, impusieron a las almas un sosiego atónico, recordó que la catástrofe la había separado de alguien que, echándola a un lado fué a disputar a golpes terribles la posesión de un salvavidas. Miró hacia atrás, y vió el buque encabritarse en un imponente esfuerzo para escapar, y hundirse en seguida entre un torbellino de espumas. En derredor quedaron despojos, gemidos dominados por el fragor del oleaje, puntitos ya móviles, ya inertes, que eran esfuerzo angustioso y resignación a sucumbir. "¡Allí estaría él!" Y, al pensarlo, la mano recogía la greca del vestido para que no se mojara en el fondo del bote, y el ser íntimo se esponjaba en la cruel dulzura de ir proa a la vida, dejando el horror de la nada atrás.

Dos días después, los periódicos fueron revelando y uniendo los episodios de la tragedia. Fuera de las mujeres y los niños, sólo un hombre que se arrojó al agua en el primer instante consiguió salvarse. Gracias a su complexión hercúlea y a un cinturón de corchos, logró sostenerse hasta recibir auxilio.

Cuando se encontraron cara a cara en las oficinas de la casa consignataria, ambos bajaron la cabeza y palidecieron. Ahora que se conocían bien, se saludaron casi como dos desconocidos. ¡Qué diferencia de aquel primer encuentro en el baile! Poco después, por divergencias fútiles, se separaron para siempre.

PLENITUD

El aceite divino de la tarde
infíltrase en mi lámpara de goce
y exacerba la verde
llamarada del bosque.

Un sutil crepitío de raíces,
de ramajes y hojas y gorriones,
una celeste música de sombra,
una ráfaga épica de olores
sube de mis entrañas,
late en el corazón del bosque.

Este es el paraíso terrenal;
Yo soy el primer hombre: ¿dónde
se oculta Eva? ¿Dónde está la poma?
y la serpiente tentadora, ¿dónde?

Oh, plenitud divina.—¡Eva, ven!—
dame la poma del supremo goce:
Eva, — ¡vida! — la sierpe de la muerte
te la ofrece: ¿la oyes?

Date prisa, se acerca
el ángel de la noche
con su espada de estrellas:
¡que no me alcance!
En plenitud de goce
quiero morir!
Aprisa, que la tarde
se apresta a huir del bosque
con mi libro de versos y mi lámpara
de goce!

MAYORINO FERRARIA.

Una mina de hace tres mil años

Los indios de Méjico explotaban la sal gema en el interior de una montaña

Hace muchos siglos, los indios de América explotaban la sal gema de sus minas, como lo han probado los interesantes descubrimientos llevados a cabo por los arqueólogos en las minas de Pueblo Grande, en Nevada, lugar conocido vulgarmente con el nombre de Ciudad Perdida. Las señales, los objetos allí encontrados, prueban que la explotación de la sal en aquel pueblo data de antes de la Era Cristiana.

Varias minas de sal acaban de ser exploradas por una expedición nortemericana, la principal de las cuales está situada en un pico de sólida sal gema perteneciente a la Compañía Salinera de Virgin River, unos seis kilómetros al Sur de Santo Tomás, en el Estado de Nevada, E. U., y a diez kilómetros próximamente de la Ciudad Perdida.

La entrada a la caverna principal era una galería subterránea baja y tortuosa, un canal natural de arenamiento que cruza el interior de la montaña de parte a parte.

Desde ella parten verticalmente unas especies de chimeneas por las que se llega a una serie de cámaras silenciosas, oscuras, en donde reina alta temperatura y donde un nauseabundo olor a murciélago impregna la atmósfera.

Al observar las paredes, los arqueólogos vieron asombrados unas marcas hechas por la mano del hombre, círculos y óvalos de unos treinta centímetros de diámetro cuyas circunferencias estaban profundamente grabadas en la sal. Estas extrañas marcas aparecían las unas sueltas, las otras en grupos más o menos numerosos y un buen número de ellas siguiendo líneas como eslabones de una cadena, tocándose unos a otros.

¿Qué era aquéllo? ¿Qué clase de símbolo eran aquellas marcas tan regularmente grabadas? Si manos humanas habían grabado aquellos círculos y óvalos, tenían que haber empleado muchísimo tiempo en hacerlos.

Al poco tiempo de recorrer aquellas cavernas, los exploradores se convencieron de que no eran otra cosa sino antiguas minas de sal gema, y que los depósitos que había eran residuos de sal mezclados con tierra y excrementos de murciélago.

Los arqueólogos encontraron en estos malolientes depósitos, multitud de picos y martillos hechos con sílex afilado, los unos, y con cantos rodados, los otros. Casi todos los martillos o mazos tenían ranuras y surcos para sujetarlos a un mango de madera, y algunos de estos instrumentos conservaban aún sus mangos en perfecto estado.

"Por fin — dice uno de los arqueólogos, — logramos adivinar lo que significaban aquellos círculos que tanto nos habían intrigado

En el fondo de la cueva, después de haber quitado escombros del suelo y limpiado la superficie, apareció a nuestra vista una multitud de óvalos y círculos como los que habíamos visto en las paredes, pero mejor conservados y con todo detalle.

Al examinarlos detenidamente nos convencimos, por las marcas allí visibles, de que habían sido hechas por la mano del hombre, con la ayuda de los picos, y que eran los moldes que quedaban de quesos de sal que los indios de hace veinte siglos extraían para poderselos llevar. Es decir, aquellos círculos eran las bases de unos cilindros de sal. Esto lo comprobamos después por haber encontrado trozos de aquellos quesos en diversos depósitos de residuos en los que se veían las huellas dejadas por los picos de sílex.

Además de los instrumentos ya indicados para sacar la sal, había gran cantidad de cuerdas hechas de yuca y de cáñamo índigo, que habían servido para atar las piedras a los mangos, para hacer escobas y para construir antorchas con que alumbrarse en aquellas tinieblas.

Aparte de esto, encontramos bastantes sandalias, de suela gruesa y punta levantada, tejidas con fibra de yuca. Las había en diferente estado de conservación y uso. No faltaban mantas de varias clases, de piel, de cuero curtido, de fibras vegetales y unos cordones de algodón de un vivo color escarlata.

También encontramos restos de tejidos hechos con pelo de algún animal y buen número de cintas y cordoncillos trenzados con cabellos humanos, y varios utensilios para preparar y llevar la comida, como bolsos tejidos con fina fibra de cáñamo".

¿Cómo podremos averiguar la edad de aquellos trabajos?

La alfarería nos da la contestación a estas preguntas.

Las vasijas de tierra gris con adornos negros encontradas en la caverna, son idénticas a las encontradas en Pueblo Grande de Nevada la Ciudad Perdida, a pocos kilómetros de la mina e indudablemente fabricados en el mismo pueblo.

Sabemos, pues, que la antigua mina de sal fué explotada por los habitantes de la Ciudad Perdida o por gentes de sus alrededores de la misma época.

La Ciudad Perdida estuvo en su mayor período de florecimiento en la época "Pre-pueblo" y al principio del período "Pueblo", es decir, hace más de dos mil años, y la explotación de las minas, por ciertos objetos encontrados en ellas, debió empezar mil años antes, es decir, hace treinta siglos.



PARA "FRAY MOCHO")

No pocos años de labor, con la carga de sus días innumerables, habían costado a aquel hombre, que ahorrando sobre privaciones, lograba al cabo adquirir un pequeño fundo en las afueras del pueblo, porción de esa tierra síntesis de sus anhelos; que dueño ahora de ella, no remataban allí; proponíase levantar su hogar en la porción adquirida trás el rudo batallar, pues veía sin esto trunca aún la obra inspirada. Idénticas dificultades que antaño, se le presentarían de nuevo; y pensando así, recordaba los esfuerzos pasados, pero que al fin dieron el fruto apetecido, imponiendo la hermosa realidad.

—¡Piedra sobre piedra ha de amontonar mi mano, hasta que un día la construcción se alce majestuosa! — se repetía para sí, en propia convicción.

Transcurrieron amaneceres trás amaneceres hasta que, cabados los cimientos, fué rellenando el espacio con hormigón y gruesas piedras, y cuando ya, como canto de feliz anunciación, asomaba la comenzada obra a flor de tierra, llovió en proporción nunca vista. El fondo se inundó, y los cimientos, coronamiento de la fiera tarea de las horas libres que le dejaba su humilde ocupación de jornalero, fueron carcomidos por el agua. En un instante pareció desesperar ante el derrumbe, pero luego con sin igual afán principio otra vez la reconstrucción.

Los gruesos muros habían alcanzado una apreciable altura, ante lo que halagábase el hombre y sentía al par que renovados bríos nacían en él. En el mediodía canicular, después de haber admirado la obra, fuése a reposar bajo el frescor de los frutales, que a pocos metros de distancia extendían sus ramas protecoras. Se había quedado dormido, cuando de pronto fué despertado por violentos sacudimientos del suelo; en su sobresalto no apercibiase de nada, hasta que, después de pasado el extraño y fugaz fenómeno, tuvo idea cabal de lo acontecido; restregóse con fuerza los ojos y, atónito, volvió a mirar por octava o décima vez lo mismo: "su obra", como él la llamaba con tierno cariño, no era más que un hacinamiento de piedras desprendidas... Otras casas habían sufrido también las terribles consecuencias del infausto momento, pero él no veía más que aquel montón de piedras en ruinas... Con paso vacilante se acercó a ellas, y con devoción religiosa lloró sobre las mismas, como padre que hubiera perdido al hijo idolatrado.

El doloroso percance no le dió sino oportunidad para que otra vez — imperturbable y sereno — arrojaran sus manos callosas por tercera ocasión las piedras para formar la base que sostendría la construcción. Sobre su testa empezaban a diseñarse algunos cabellos blancos y en su espalda solía sentir agudas punzadas; mas su recio ánimo y su visión optimista, no le hacían reparar en lo que pudiera significarle un quebrantamiento de sus propósitos.

En tanto había pasado el invierno y retornado de nuevo el jubiloso estío. Muy pronto ya, la casa iba a quedar definitivamente terminada; sobre su frente, alta puerta servía de entrada; a los otros costados, amplias ventanas dejaban paso a la luz, al aire... ¡Cómo se sentía de orgulloso el hombre!

En la noche estival, a escasos días del que había dispuesto para ir a habitar bajo el flamante techo, se había recogido — como todas las de la víspera — con el pensamiento de la casa nueva. Pronto el sueño le hizo presa, y con él, las fascinantes divagaciones de que ya reposaba tras la protección de los muros que levantaron, sin cansancio, sus brazos; en tales circunstancias, no sintió que un sudor frío le humedecía la frente y que su pecho palpitaba en impulsos violentos. Y cuando aumentada la intensidad de ese estado, empezó a despertarse, pretendió abrir sus pupilas en la semi-obscuridad reinante, pero una fuerte e instántanea sacudida le dejó casi inmovilizado, efímero intervalo aquel en que, sin pensar que la Muerte le abría sus impalpables alas para arrastrarle consigo en el trayecto indefinido, proseguía en el radioso ensueño y en la certidumbre de que si el aquilón de la adversidad volvía a derruir su trabajo, sobre los propios escombros, volvería, incansable, a alzar piedra sobre piedra!

... ...

Pronto llegó el alba, y con ella el ruidoso trajinar que decía de un nuevo día de labor en el mundo, mientras que sobre un lecho humilde, se tendía un cuerpo inanimado...

* * *

Los años se acumularon a los años de larga sucesión; nuevas generaciones se mezclaron con sus pasiones en la lid de todos los días. La ciudad — ahora plena de suntuosos palacios — había extendido enormemento su perímetro, y allá, en el silencioso suburbio que en lejano pretérito un obscuro-hombre irguiera piedra sobre piedra, la casa apetecida, ya no restaba ni el más escaso signo de la pasada obra; el tiempo — juez implacable — habíase encargado de no dejar el mínimo rastro... Pero allí — triunfante sobre la materialidad deleznable — las gentes seguían conociendo inconfundiblemente el sitio por la loable denominación de "El Solar del Ejemplo".

Ilustración de José Andrede.

LA GRAN NOTICIA

A un viejo que pasaba por la calle
Una niña bonita
Y de arrogante talle
Detuvo del faldón de la levita
Diciéndole:—Señor, por vida suya
Quiero que usted me instruya
De las nuevas que aquí me participa
Una tía que tengo en Arequipa.
Y sin más requilorio
Alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó el buen señor sobre los ojos
Un grave par de anteojos:
El sobre contempló, rompió la oblea,
La arenilla quitó de los borrones,
Examinó la firma, linda o fea,
Y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada
—¿Qué me dice, señor?—dijo la bella:
Y el viejo echó a llorar diciendo:—¡ Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella.
Asustada la joven del exceso
De llanto del anciano,
Le preguntó:—¿Quizás murió mi hermano?
Y el viejo respondióla: — ¡Ay! es peor que eso...
—¿Está enferma mi madre?—Todavía
Es peor cosa, hija mía,
¡No puedes resistir a esta desgracia...!
¡Yo, viejo y todo, me volviera loco...!
—¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?
—¡Que tú no sabes leer... ni yo tampoco!

RICARDO PALMA.

DEFINICIONES

La liberalidad del alma es la disposición a enriquecerse con mesura; consiste en adquirir y aumentar las riquezas con moderación.

La dulzura es el hábito de moderar los movimientos de la cólera; la igualdad de temperamento de un alma que se domina.

La felicidad es el bien que resulta del conjunto de todos los demás bienes; lo que nos proporciona una vida dichosa; la perfección en la virtud; el bien de un ser que se basta a sí mismo.

PLATÓN.

El hijo reintegrado

Por José Bruno

Kada... No le sonaba mal. Raro nombre eslavo, que concordaba con su tipo de *virtuoso* peludo. Como el famoso músico llevaba aquella melena de león negro, de león, por su grande mirada parda y por sus agitaciones epilépticas ante el piano, así podía llevar también este *Kada* extraño, este mote artístico, cuyas cuatro letras llenaban aparatosamente los carteles y el gran pentagrama de los anuncios luminosos. *Kada*... La celebridad suele tener una memoria efímera, y, además, como ha de gritar mucho, prefiere una voz fácil. *Kada*, él se llamaba, decididamente, acaso eternamente, *Kada*.

Etre la muchedumbre de admiradores, aparte de la muchedumbre y como rival de la fama misma, *Kada* tenía *un admirador*: Fabián, su antiguo amigo. Fabián le animaba en sus vacilaciones, engreíale más en sus ufanías, le mimaba, le acompañaba como un perro, le envolvía como un padre. Celoso de la fama, tenía el orgullo abnegado de los verdaderos admiradores, tenía puesta su vanidad en los méritos del amigo.

Kada, abstraído en su arte, se dejaba admirara del fascinado adicto; mostraba, más que una debida gratitud, una benevolente resignasión... *Kada*, que se admiraba a sí mismo más que nadie le pudiera admirar, sólo estaba atento a su arte y a su egolatría.

Era una figura interesantemente bella: su perfil extraño, que tenía la elegancia que pudiera tener un loco pulcro, contribuía, por cierto, a su prestigio de hombre de arte. Muchas mujeres dejáronse aturdir por este hombre excepcional y notorio, con cabellera y manos de mujer, y bigotillo partido en dos lunetas de doncel romántico. La esposa de Fabián admiraba asimismo a *Kada*, pero no con el rendimiento a su arte, sino con la inclinación zoopsíquica al varón extraño. El loco desmelenado, que vibraba ante los marfiles de su caja encantada, puso también sus manos en la mujer del amigo humilde. La deslealtad tuvo un nuevo hijo. Fabián mereció, por su adhesión ciega, el deshonor más traicionero.

Pero Fabián era demasiado leal para que sospechara. Hubiera la sospecha matado en él, no su devota inclinación al genio amigo: hubiérale matado el alma.

Y creció a su lado el hijo... el hijo ilegitimo y monstruoso de su admiración. Burlado, engañado por la naturaleza, recibiendo de ella contrahechos sentimientos, los más delicados y primorosos, amaba al hijo. Y Fabián advertía en él, en su hijo... al gran músico... El pequeño se asemejaba al traidor, revelábase exacto. Pero aquello..., indudablemente, irresistiblemente quizá, era reflejo de su admiración misma...

Se parecía; era completa y milagrosamente un *Kada*, con todas sus líneas, con toda su expresión, con todo su fuego interior también.

A veces, la razón fría, como un Yago, deslizó en el corazón vacilante de Fabián la desconfianza huída, la hiriente suspicacia afilada.

Pero Fabián era todo admiración fanática y era todo inocencia. La admiración aplacaba a la víbora. Fabián dejábase inducir, final y definitivamente, por el arraigado amor propio — el más abnegado amor — de rendirse al genio más que nadie.

Y en el hijo, en el hijo de su deshonor, fué reflejando también este orgullo: el pequeño se reveló músico. Hijo de *El*..., hijo de su natal ambiente, el pequeño vino a ser músico, y músico genial.

Fabián era ya menor que su orgullo, tanto esta ufanía se hubo apoderado de él. ¡Su hijo era un nuevo *Kada!* ¡El cielo había escogido la mayor felicidad con que le pudiera coronar sus días! ¡Era un nuevo Kada, era... como el hijo legítimo de su admiración!... Puso Fabián todas las delicadezas y todas las fuerzas de su vida en mirar al hijo, en hacerle músico; y el niño fuése destacando en su corazón hasta ir destituyendo, destronando la esclava afección al genio del amigo. El niño se erigía, avasalladoramente, en el alma humilde de Fabián; y entonces fué cuando se comenzó a imponer la duda... Y se engendró un desprecio, tardío pero firme, hacia *Kada;* y toda la inclinación de Fabián se concentró en el hijo músico, en el genio nuevo, en el hijo.

Fabián le había hecho y acabado artista, le había guiado por el camino glorioso, se había sacrificado hasta... lograrlo. Educándolo, terminaba por hacerlo hijo suyo, hijo verdadero, hijo indudable.

Ya no había adulterio. El lo hubo, real y verdaderamente, engendrado.

Un día triunfó con inusitado esplendor el hijo, en el gran concierto.

—¡Es mejor que *Kada*, ha borrado a *Kada!* — decía el concurso, fascinado. — *¡Kada* no era el genio innovador que creíamos, que creía él! ¡Su arte era falso! Veámoslo ahora... ¡Este ha borrado totalmente, triunfalmente, a *Kada!*...

Y Fabián, lleno y como rebocado de sí mismo, inundado de su propia alma; y ávido, con toda la avidez de toda una vida, y grotesco, con el grotesco sublime, no hacía más que repetir:

—¡Es mi hijo!... ¿Verdad, verdad que es mi hijo?...

El Bohío del Manglar

Por la Baronesa de Wilson

I

En 1881 viajaba yo por el Estado de Panamá.

Habíamos pernoctado en una hacienda llamada de la "Estrella", y desde allí, muy de madrugada y al galope de buenos caballos, hicimos el trayecto hasta el puertecito de Agua Dulce, encontrando a corta distancia a varios jinetes que a nuestro encuentro salían, ent re ellos el profesor don Juan José Díaz.

Espléndido y animado almuerzo restauró nuestras fuerzas, y satisfechos y contentos, salimos para Natá.

La luna clara y bellísima iluminaba el Río Chico, cuando pasamos a la opuesta margen y recordamos que sus cristalinas aguas habían sido teatro de luchas civiles y que un desgraciado presidente del Estado, don Santiago de la Guardia, encontró la muerte en sus orillas.

Una bala disparada por certera mano, dió el triunfo a sus contrarios, mandados por el coronel Neira, quien después, ya general, ocupó la presidencia.

Esto pasaba en 1862, y una medio arruinada iglesia, la Soledad, conserva en Natá señales de aquella campaña.

La población es pequeña y apenas puede creerse que en los siglos pasados fuera capital de importancia.

Hoy sólo conserva de su antiguo esplendor una hermosa iglesia, la ya mencionada de la Soledad, y un convento en ruinas.

Visitaba yo el Estado de Panamá con el presidente general Cervera, con su joven esposa y otras personas que nos acompañaban en ese inolvidable paseo.

El calor que habíamos sentido durante la noche, nos hacía desear el baño, y Anais de Cervera y yo indagamos cuál sería el sitio más a propósito para cumplir nuestro deseo.

—El Bohío del Manglar, — nos contestó una muchacha que en la puerta de la casa estaba.

Ella misma nos condujo, atravesando algunas huertas, hasta la orilla del río en donde estaba situada la mencionada cabaña.

La india que allí habitaba era joven y agraciada, y vestía con mayor esmero que las que habíamos encontrado por aquellos campos.

Inmediatamente y con esa sencillez y cordialidad americana, nos proporcionó una grande y blanca "totuma", especie de calabaza útil y muy usada en América, sobre todo en el baño, pues con ella se recoge agua para bañarse la cabeza, añadiendo a este indispensable accesorio, su interés para escoger sitio a propósito en el río, en donde tuviéramos agradable sombra.

Un frondoso mago nos formaba como un dosel, y el agua mansa y cristalina se extendía sobre un y serpenteaba sobre un lecho de finísima arena.

En ambas orillas levantaban los mangos sus elevadas copas hasta el cielo. Preciso es confesar que en las campiñas de América vive el pobre sin los afanes y privaciones que en la culta Europa.

Un bohío más o menos extenso le presta albergue: un terreno cultivado con escaso trabajo, gracias a la escasa feracidad de la tierra y a lo benigno del clima, le procura sabroso alimento de frutas y variadas legumbres; vacas y gallinas acompañan a la familia y completan su diario sustento.

En Europa, sufre el pobre los rigores del frío: el invierno es el azote del hambriento, el que, vestido de harapos, carece de fuego para calentar los entumecidos miembros, de ropa con que abrigarse, de luz tal vez, y de alimento que vigorice su decaído espíritu.

En Sur América, jamás el hielo y el rigor del clima seca las hojas de los árboles: no se ven ateridas plantas, que inspiran tristeza y desaliento: eterna primavera cubre los campos con sus dones, y el pobre posee las riquezas de la naturaleza y el calor de un sol siempre esplendoroso.



—No acabo de ent nderte. Jaime. Unas veces eres tan varonil; otras, en cambio, tan afeminado...
—Es verdad; pero eso es hereditario.
—No comprendo.
—Muy sencillo. ¿No ves que la mitad de mis antepasados fueron hombres, y la otra mitad mujeres?

Cuando el cielo sonríe, todo se presenta más bello ante nuestros ojos.

El baño duró una hora, y cuando subimos hasta el bohío, encontramos a la puerta y sobre una mesa, frutas y miel para nuestro regalo.

A la sombra, y acariciadas por ligera brisa, nos sentamos a descansar.

Un hombre, jóven y de simpática presencia, se ocupaba en preparar un carro, que, según nos dijo, debía conducirle a la cercana Penonomé.

Sus maneras demostraban que había recibido educación, y su tipo no pertenecía a la raza indígena.

Concluídos sus preparativos abrazó a su mujer, nos saludó cortesmente y partió seguido por la mirada de la india, llena de inmensa ternura.

—Se ve que son ustedes muy felices, — dijo Anais: — se quieren y esto basta.

—Mucho... sí señora: es tan bueno, y, además, todo lo ha dejado por mí; la ciudad, sus parientes y otras comodidades que ahora no tiene.

—¿No es de aquí? — la pregunté.

—No, señora: es de Santiago de los Caballeros...

Comprendí que aquel matrimonio encerraba algo interesante: adiviné una historia de amor y quise conocerla.

Bastante trabajo costó vencer la timidez de la india, pero, al fin, accedió a contarnos aquel episodio de su vida.

II

—Mi marido, — nos dijo, — es hijo de un rico hacendado de Santiago de los Caballeros.

Viuda su madre, cuando él era pequeño, y siendo el mayor de los tres hermanos, lo dedicaron a las faenas del campo: era trabajador y sólo el domingo dejaba la ruana y el calzón de paño, para vestirse como los jóvenes desocupados y ricos, y había muchas señoritas que pensaban en agradar a la viuda para que el hijo las quisiera, sí señora; pero él no había puesto cariño en nadie.

Un día me envió mi padre con una cesta de mangos y dos hermosos racimos de plátanos; porque había sido de la casa, es decir, que trabajaba en unas salinas pertenecientes al señor Lúcas y, de vez en cuando, mandaba sus recuerdos a la viuda. Monté en mi caballo, y cuando llegué vi mucha gente en el zaguán y en él un altar y un crucifijo: las mujeres arrodilladas y el señor cura adentro, en la sala, al lado de la cama que estaba frente al altar y tenía sábanas muy limpias y colcha blanca.

Reclinado sobre almohadas y muy pálido y muy cambiado estaba Elías, que, según me dijeron, tenía un "dolor alto" que no le dejaba respirar.

Me arrodillé también y recé, pidiendo a Dios la salud para aquel joven a quien todos querían.

En aquel instante llegó el médico, quien había pasado toda la noche al lado del enfermo y volvía cuidadoso por las últimas medicinas.

—¿Qué sucede? — preguntó entrando.

—Sigue mal, pero no peor,—contestó el señor cura.

—¿Le pusieron los sinapismos?

—Sí, señor — contestó sollozando la señora Paula.

Elías abrió los ojos y los fijó en el doctor.

—¡Bravo! Ya pasó el peligro y pronto estarás de pie.

—Dios lo quiera, doctor, — contestó con voz débil.

—Esas luces le lastiman los ojos; puede cerrarse la puerta, — dijo el médico.

Entonces quedamos en el zaguán sólo las mujeres, y me contaron que desde las doce de la noche se había empeorado y que el altar se había puesto para el Viático; felizmente, el peligro no arreciaba y el doctor creía que estaba salvado.

Triste y acongojada volví al bohío; y apenas se enteró mi padre de lo ocurrido, montó en el caballo y salió para Santiago.

Durante tres días no tuve ninguna noticia, y al cabo de ellos ví llegar a mi padre alegre y tranquilo.

—Elías está ya levantado y dentro de pocos días le tendremos aquí.

—¿Aquí?

—Sí; el doctor dice que debe cambiar de aire y descansar; vendrá a visitar las salinas y a pasear a caballo para tomar fuerzas.

Sin saber por qué, me quedé pensativa; me parecía que mi vida iba a cambiar y esperé con impaciencia. Los días fueron muy largos hasta que llegó Elías.

Era muy pobre nuestro bohío para él, porque entonces no estaba como hoy, — repuso; — ahora es más grande: mi padre y yo no teníamos más que dos piezas y nuestras hamacas para dormir.

El señor cura lo llevó a su casa, pero todo el día estaba aquí.

Salía con mi padre y, a veces, conmigo; bajábamos a la orilla del río, corríamos por las huertas y pasábamos las horas del sol en el manglar.

¡Qué días tan dichosos! Las noches también salíamos por el campo y Elías sorprendía en la hierba a

los "cucuyos" y, riéndose, me los ponía en la cabeza. Un mes bastó para que recobrara las fuerzas y el buen color de otras veces.

Una noche nos encontrábamos solos en el sitio donde ustedes se han bañado; mi padre había ido ese día a llevar cartas de su hijo a la señora Paula.

—Y estoy bien, — me dijo; — pronto tendré que marchar, porque hago falta en mi casa.

Se me oprimió el corazón; creía que jamás me separaría de él: le amaba sin darme cuenta de ello.

—¿Te acordarás de mí? — preguntó.

—A todas horas, — respondí, sintiendo que mi rostro ardía.

Los ojos azules de Elías estaban fijos en mí.

—¿Por qué no vienes a casa de mi madre? Habría ocupación para ti.

—Mi padre no quiere quedarse solo; dice que vale más la pobreza que dejarme ir lejos.

Elías estaba triste; yo lo conocí y ambos guardamos silencio como si temiéramos decir lo que pensábamos.

III

En la segunda mañana partió.

Aquel día el sol no tenía brillo: el aire pesado; todo vestía, como mi alma, color sombrío.

Las horas corrían largas y tristes, y a veces yo misma me sorprendía de mi silencio y abatimiento.

Pasó la semana y llegó el domingo. Elías había ofrecido venir y el corazón me latía como si fuese a saltar del pecho.

Lo vi llegar a las diez y me dijo alegremente:

—Vengo a pasar el día contigo.

Mi padre se alegró mucho y yo, tal era mi júbilo, que no pude pronunciar palabra.

Y continuó visitándonos los domingos, hasta un día en que me dijo:

—Paulina, mi madre quiere casarme; ¿qué te parece?

Mi corazón sufrió un choque tan fuerte, que las lágrimas acudieron a mis ojos.

—¿Lloras? — me preguntó. — ¿Por qué?

—No lo sé, — contesté sollozando. — Pienso que no nos volveremos a ver.

—Si tú quisieras nos veríamos todos los días.

Le miré sorprendida.

—Sí; ¿no me entiendes? Cuando pasa el domingo y vuelvo a mi casa, todo me parece triste y sin luz, y es que tú sola alegras mi vida; es que te quiero y has de ser mi mujer; estoy tan acostumbrado a tí que no puedo querer a otra: vamos, ¿qué dices?

—Jamás su madre de usted consentirá, ni tal vez mi padre, por no enfadarla.

—Pero tú, ¿me amas?

Comprendí que la tristeza por la ausencia y la alegría al verle era amor y no me pude contener.

—Sí, — le dije, — sí; yo sería muy dichosa con usted.

Me abrazó y esa misma noche habló a mi padre.

Pero en vez de alegrarse, se entristeció, manifestando verdadero enojo.

—Su madre de usted no querrá nunca, ni yo tampoco, porque es una locura. Paulina es pobre para usted; no vuelva usted más y se olvidarán.

—¡Nunca! — exclamó Elías.

—Jamás, — dije yo.

—Pero, ¿y si mi madre consiente?...

—Entonces veremos, — contestó mi padre.

La señora Paula no consintió, y yo, vigilada por mi padre, fuí enviada a Penonomé, y estuvimos tres meses sin vernos.

Pero Elías cayó gravemente enfermo y entonces sí fué preciso el Viático, porque se moría.

La fiebre era terrible y el doctor le dijo a doña Paula que el alma estaba enferma, que tenía un pesar secreto y que no le quitara lo último que pedía.

—¿Qué es, señor?, dígame pronto: mi hijo antes que todo.

—Quiere ver a Paulina, la hija de Natá.

—Pero, señor, ¿qué le ha dado esa muchacha?

IV

—Mi amo, mi amo, — decía mi padre al doctor que se apeaba en la puerta del bohío; — ¿su merced a estas horas en mi casa?

—¿En dónde está Paulina?

—Ayer llegó de Penonomé y está lavando.

—Pronto, pronto; llámela porque se muere.

—¿Quién? — preguntó mi padre espantado.

—Elías.

—¡Ven, Paulina, ven! — gritó mi padre, asomándose a ese altillo del manglar.

—¿Qué ocurre? — exclamé yo.

—Que Elías está muy malo y te llama.

¡Ay, señora! Creo que en un instante me encontré tan pálida y temblorosa que el doctor me tomó por la mano y me dijo:

—No he perdido toda esperanza: tú puedes salvarlo, ven.

Cuando llegamos, Elías estaba peor. El temor de volverme a ver le acababa la vida y había caído como en una especie de desmayo.

Todos rodeamos la cama y yo, sin poderme contener, le tomé las manos y empecé a llorar, llamándole.

Creo que me oyó, porque su mano apretó la mía y abrió los ojos.

El doctor y mi padre callaban y la señora Paula sollozaba. Al fin me reconoció y pudo hablar.

—Paulina, ¡no he querido morirme sin verte!

—¿Qué es eso de morir? ¿Acaso le permito que se vaya así sin más ni más? — dijo el doctor. — Vamos Paulina, queda a su lado para cuidarlo; no hable y haga lo que le manden.

Nunca se puede sufrir como sufrí esa noche, creyendo que Elías no llegaría al día siguiente.

En la mañana la calentura había cedido y, dos días después, me abrazaba diciendo:

—Te debo la vida.

Así lo comprendió el doctor, porque, severamente, dijo a la señora Paula:

—Si quiere conservar a su hijo, cáselo con Paulina; dejar de verla, por obedecer a usted, ha podido causarle la muerte; es su primer amor y será el último.

—¡Mi hijo! ¡Hijo de mi alma! Su vida antes que todo. ¿Qué le parece, doctor? ¿Esperaremos a que esté completamente bien?

—No, señora: se casan, para asegurar el restablecimiento.

Mi padre puso la condición de que habíamos de vivir algún tiempo en Natá y otro en Santiago, para que no se quedara tan solo.

Quince días después, Elías era mi marido, y a la muerte de su madre, un año más tarde, nos trasladamos aquí dejando a sus hermanos el cuidado de la hacienda. Soy tan dichosa que bendigo a Dios a todas horas por haberme dado el amor de mi Elías.

Eran cerca de las doce cuando Paulina acabó su relato.

Aquella noche salimos para Penonomé y en la hacienda del general Neira, nos detuvimos para cenar.

A las dos de la madrugada llegamos a la pintoresca villa, y volvimos a Natá dos días después.

De nuevo en el Bohío del Manglar, nos acogieron con cariño.

De nuevo las cristalinas aguas nos dieron grato solaz.

Paulina y su sencilla y tierna historia, quedaron para siempre en el templo de mis recuerdos.

El saludo mejor

I

Su diadema es una flor
y su collar diez y ocho años.
Las otras ostentan perlas
sobre los escotes blancos,
pedrerías en el pecho
y corona en los tocados.
A través de sútil blonda,
Ella insinúa los trazos
breves, divergentes, firmes,
de sus dos senos de mármol.

II

—"Duquesa, ¡qué bello traje!"
—"Es, marquesa, vuestro encaje,
de rara magnificencia"..

...Ella no más una flor
y el abrileño esplendor
de su azul adolescencia.

III

Preside la Embajadora,
la Duquesa va después,
en seguida la Marquesa,
la Condesa al fin se ve.
(Se dirigen a la mesa
ornada de rosas-té).
...Y Ella al último; mas tienen
sus diez y ocho años sencillos,
aspecto de pajecillos
que la cauda le sostienen.

IV

El joven Rey casadero
llega y la advierte primero:
—¡Hola, Condesa!—¡Señor!
—¡Adiós, Blanca!—Sol, ¿qué tal?
—Pues, ¿y vuestro Embajador,
Madama?—¿Cede ese mal,
Duquesa?
Luego, el mejor
saludo a ella: un temblor
leve en la diestra real...

Amado Nervo.

ANÉCDOTA

El cáustico escritor G. Bernard Shaw fué invitado a una fiesta social, donde se presentaba un joven violinista, descubierto por la señora que daba la fiesta. Pero el "genio" no respondió. Sus penosos esfuerzos con el instrumento, causaron más compasión que placer.

Sin embargo, la dueña de la casa no perdió el entusiasmo. Volviéndose a Shaw, le preguntó:

—¿Qué opina usted de este joven? ¿No es una maravilla?

—Tiene mucho parecido con Paderewsky...—replicó Shaw.

—Pero Paderewsky no es violinista...

—Exactamente, señora; por eso mismo...

CURIOSIDADES

John Muir, el célebre naturalista, recibió su primera lección de Botánica debajo de un algarrobo negro que existe todavía en el patio de la Universidad de Winsconsin (Estados Unidos).

* * *

Napoleón III regaló en la Pascua de 1862 a la emperatriz un huevo de oro falso, relleno de perlas y otras joyas valoradas en 700.000 francos.

* * *

El Jardín Zoológico de Wáshington está tan solicitado por los niños que desean ver jirafas, que ha enviado una expedición a Africa para buscar ejemplares.

* * *

Los europeos tenían 6.000.000.000 de dólares de valores americanos, principalmente en ferrocarriles, al comenzar la guerra. Los americanos no solamente han amortizado esto, sino que han prestado privadamente tres mil millones a sus antiguos acreedores.

* * *

Los nidos de pájaros ,tan gustados por los gastrónomos orientales, son hechos por golondrinas marinas que recogen las algas comestibles para hacer sus hogares.

* * *

Hay en la India una tribu de encantadores de serpientes, inmunes a las mordeduras de éstas.

* * *

Los primeros automóviles fueron legalmente clasificados como máquinas de vapor.

* * *

Voluntariamente más de 200 labradores de Peosta (Estados Unidos), entregaron recientemente un cerdo para pagar una deauda de la iglesia del pueblo.

* * *

Los caballos de un carro, al pasar por un charco de agua de una calle de Boston saltaban de un modo muy ágil. Se averiguó que un cortocircuito había dado al charco una corriente de 200 voltios.

* * *

Durante los cinco meses de invernada, los cocodrilos no necesitan casi alimentarse.

* * *

El primer hombre que notó la fuerza del vapor de agua fué Hero, que vivió en Alejandría hace dos mil años.

* * *

La venta de periódicos y revistas extranjeras, así como los libros, ha sido prohibida en las estaciones de los ferrocarriles servios.

* * *

Se ha calculado que toda el agua del océano, contiene una solución de más de dos millones de toneladas de plata.

* * *

De los tres mil doscientos cuarenta y dos dialectos conocidos en el mundo, más de la cuarta parte son asiáticos.

* * *

El día más largo en Spitzberg, ciudad europea situada en el círculo polar, dura tres meses y medio.

* * *

Las ranas, tienen, como los camellos, la facultad de almacenar humedad en su cuerpo, por lo cual pueden pasarse sin beber durante espacios de tiempo que ocasionarían la muerte a otros animales.

* * *

Hasta hace sesenta años era costumbre en los hombres de ciertos lugares de la Gran Bretaña, al entrar en una iglesia, detenerse en el umbral y rezar una oración preliminar "a través de su sombrero" en lugar de decirla de rodillas según la manera ortodoxa.

* * *

Un hombre de ciencia dice que por medio de un micrófono especial, ha oído el sonido de los gusanos dentro de las manzanas.

* * *

Con el agua salada se apaga más fácilmente un incendio que con agua dulce.

* * *

La viuda de un hombre que murió hace años puso la siguiente inscripción en la tumba del difunto: "Aquí yace X. X., esposo de X. X. y X., que sigue al frente del establecimiento, sirviendo géneros de primera calidad; pagos al contado".

* * *

Por cada mil habitantes de los Estados Unidos, hay más de dos personas recluídas en los manicomios e instituciones, para el tratamiento de las enfermedades mentales. El número total de locos se calcula en doscientos cincuenta mil.

El pino marítimo ofrece la particularidad de vegetar en las arenas y de transformarlas en tierra vegetal con la caída de las hojas y la descomposición de sus raíces.

* * *

El águila puede vivir veinticinco días sin alimento, y el cóndor puede resistir sin probar bocado durante mes y medio.

* * *

Si echando vinagre en una tierra hace como que hierve, es prueba de que es tierra caliza y margosa; si no se desprenden burbujas, es porque le falta el carbonato de cal.

El primer hombre que notó la fuerza del va-

Ls masajistas japoneses son todos ciegos. Esto e debe a que los ciegos tienen el tacto desarrollado al extremo, y por eso pueden usar de una delicadeza supina, en sus procedimientos.

EL NUEVO ENROLAMIENTO GENERAL DE CIUDADANOS



El presidente de la República ,doctor Marcelo T. de Alvear, cumpliendo la nueva ley de enrolamiento.



El ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, enrolándose en la oficina respectiva.



Una de las mesas enroladoras en plena labor.



Tomando la talla y las impresiones dactiloscópicas.

INAUGURACIÓN DE LA CASA DEL PUEBLO





El partido Socialista llevó a cabo el acto inaugural de la Casa del Pueblo, situada en la calle Rivadavia 2150, edificio que será la sede oficial de las autoridades del partido.—A la izquierda: la mesa presidencial ocupada por los doctores Justo, Bravo, Dickmann y Repetto y los delegados uruguayos, señores Troitiño y García. A la derecha: vista parcial de la concurrencia al acto.

Banquete en honor del señor José Pereira



La cabecera de la mesa en el banquete que el Centro de Almaceneros organizó en honor del ex concejal, señor José Pereira.

Bautismo adventista en el Rio ae la Plata





En las aguas del Río de la Plata, frente a Vicente López, realizóse el bautismo de 27 neófitos, ejecutándose la ceremonia a la manera adventista.—A la izquierda: los neófitos vestidos, internándose en aguas más profundas para recibir el bautismo.—A la derecha: el acto culminante de la pintoresca ceremonia.

Círculo Argentino de Publicidad



El Círculo Argentino de Publicidad procedió a designar los miembros de su comisión directiva, la cual quedó integrada por los siguientes señores: Presidente, Federico Vitali; Vicepresidente, Thomas Campbell; Secretario, Carlos Gómez Ferreira; Prosecretario, Santiago Sánchez Corbal; Tesorero, Rafael Almiroty; Protesorero, Eduardo R. Moschini; Vocales: Faustino Campastro, Heriberto Jhon Diesch, A. B. Dougall, Alejandro Hosch, Eustaquio Pellicer (hijo), Edgardo Ramella; Suplentes: Camilio Depietri, Marcos Grinfeld, Emilio Hansen; Comisión revisora de cuentas: Clemente Pirillo, Daniel Vaamonde Martínez; Suplente: F. García Ramos.—Los electos, durante el banquete servido con tal motivo en el restaurant Gath y Chaves.

Fiestas al aire libre



Empleados de la librería "La Facultad", que asistieron al almuerzo campestre realizado en Vicente López y ofrecido por la dirección del establecimiento, con motivo del balance de fin de año.

Círculo Buenos Aires



D... ando el aniversario de la fundación del Círculo Buenos Aires, sirvióse un ... seguido de baile, en el salón La Argentina.—Algunos de los concurrentes.

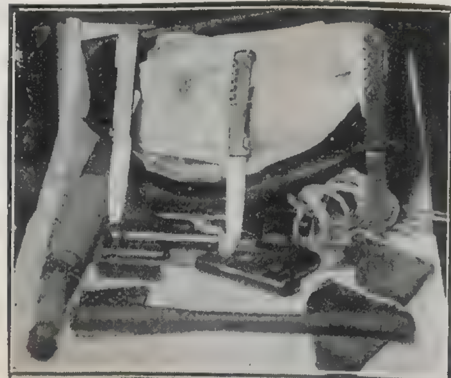
El asalto a la agencia de cambio de la calle B. Mitre 469



Los autores del asalto: Domingo Dallari, Benedicto Sforzini y Rómulo Cavazza, detenidos en la comisaría 1.ª



El señor José M. Porta Torroja que, con su valiente actitud, evitó la consumación del hecho.



Arsenal ofensivo de que iban provistos los delincuentes.



MARPLATENSES



Señoritas Sara y Emma Cortina Aravena.



Familias de Quijano y Calcagno.



Ingeniero Benjamín Edelberg y señora.



Doctor Ermindo A. Devoto y señora.



Señor Fermín Estrella Gutiérrez.



Niño de Calcagno.



Señor José Martínez Jerez y su esposa.



Mayores Horacio A. Cabrera y Jorge J. Manni y señor Fernando Herrera.

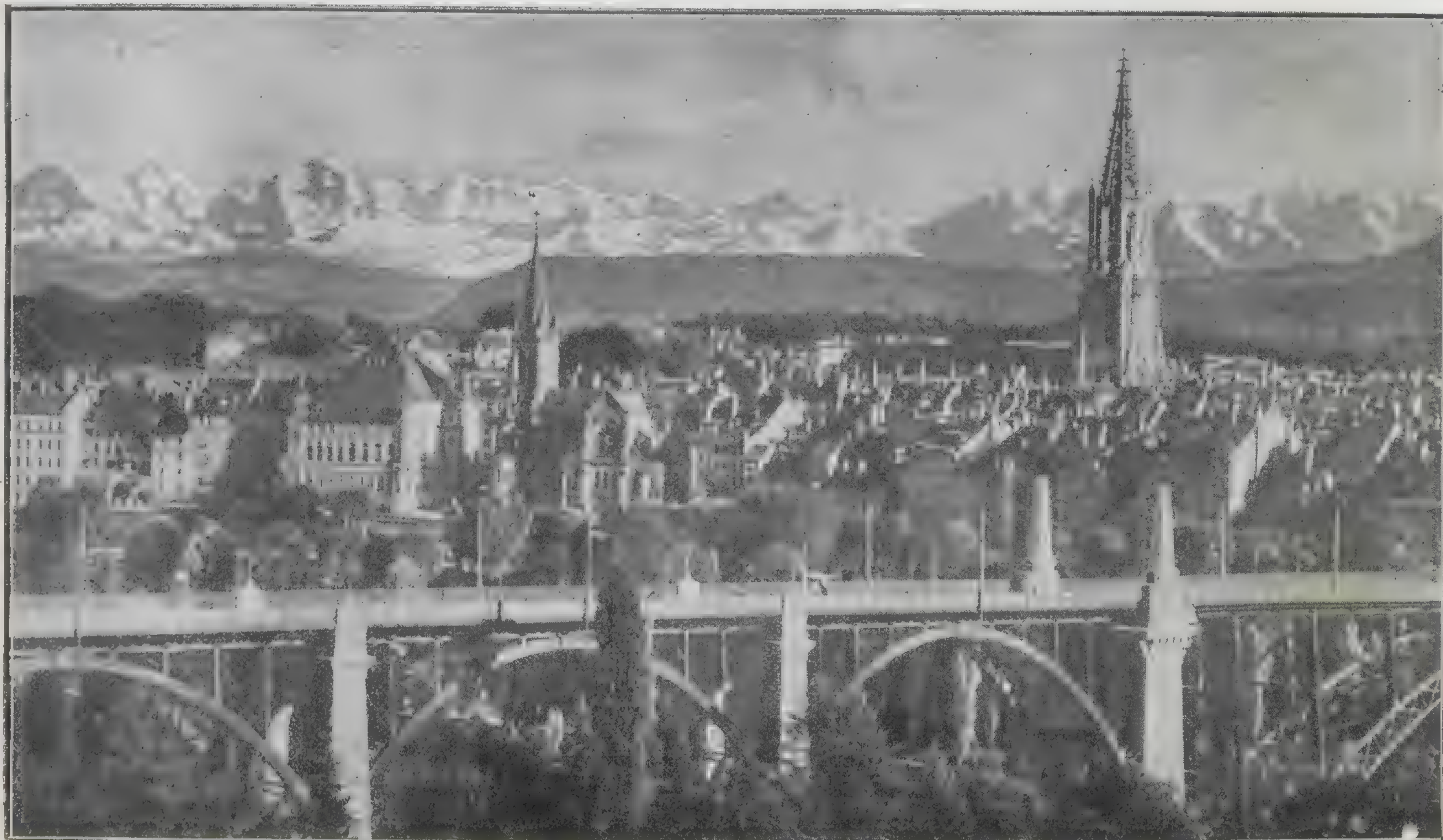


Doctor Alfredo D. Calcagno y su hijito Eric. (Fots. Bonnin).

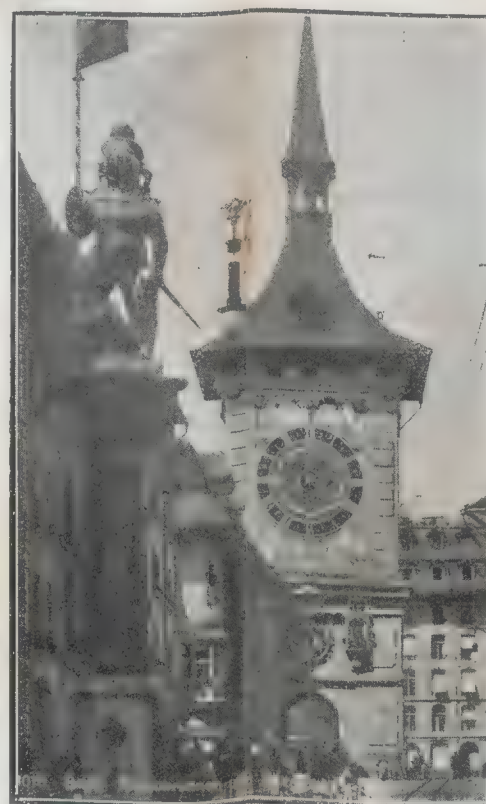


Los más bellos lugares del turismo europeo.

SUIZA



Vista parcial de la ciudad de Berna.—Al fondo: las nevadas crestas de la cordillera de los Alpes



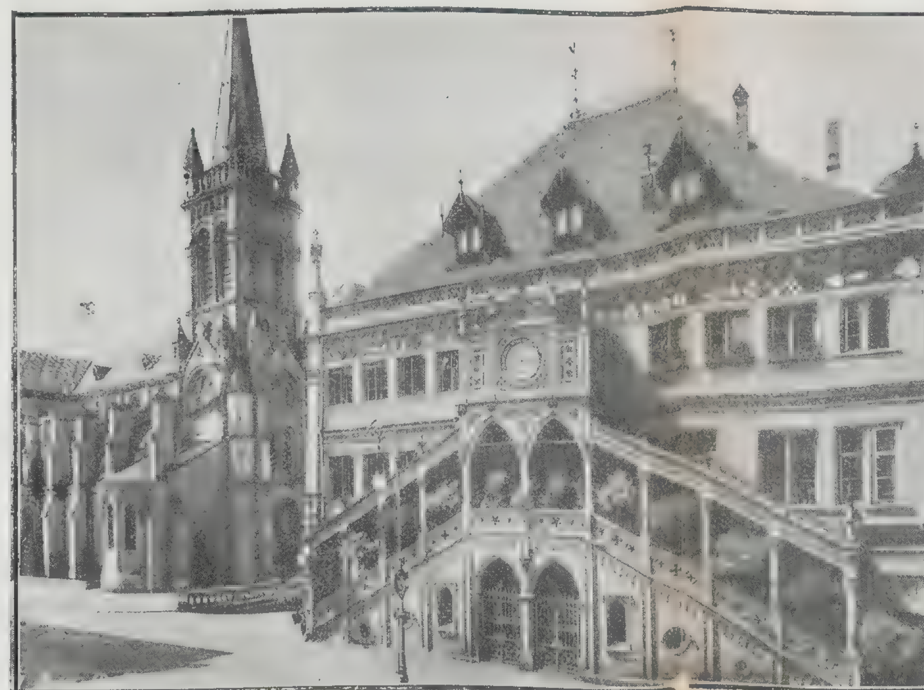
La "Fuente de los Osos" y la famosa "Torre del Reloj", que constituyen dos interesantes detalles de la capital de Suiza.



El Palacio del Gobierno Federal de Suiza, en Berna.



Una típica y antigua calle de Berna.



La Intendencia Municipal de Berna, edificio cuya construcción data de largo tiempo.

De la antigua y rica capital de la República Helvética ha quedado felizmente la original y pintoresca ciudad tal cual estaba hace siglos. En la ciudad vieja todo es interesante; doquier uno mira ve una obra de arte: su soberbia catedral de puro estilo gótico, tal vez la más bella de Suiza; sus muchas otras iglesias que contienen tesoros en cuadros y objetos de arte antiguo; sus monumentos tallados en piedra a la memoria de héroes nacionales; su casa municipal, una verdadera joya arquitectónica; sus antiguos puentes de piedra maciza sobre el río Aare; sus opulentas casas patricias, que conservan sus fachadas esculpidas y blasonadas; sus fuentes de piedra de una escultura tan elegante como curiosa; sus bóvedas a lo largo de las calles; y hasta el tradicional foso de los Osos, símbolo de la fundación de Berna, constituyen las principales características de la ciudad vieja.

Todo eso forma un conjunto magnífico a la vez que curioso, que es muy difícil encontrar en otra parte y que hace revivir la historia heroica de la antigua Suiza, cuya capital, Berna, es la más bella y sobre todo la más original de las ciudades de la Confederación Helvética.

Ls. de BOCCARD
Explorador.

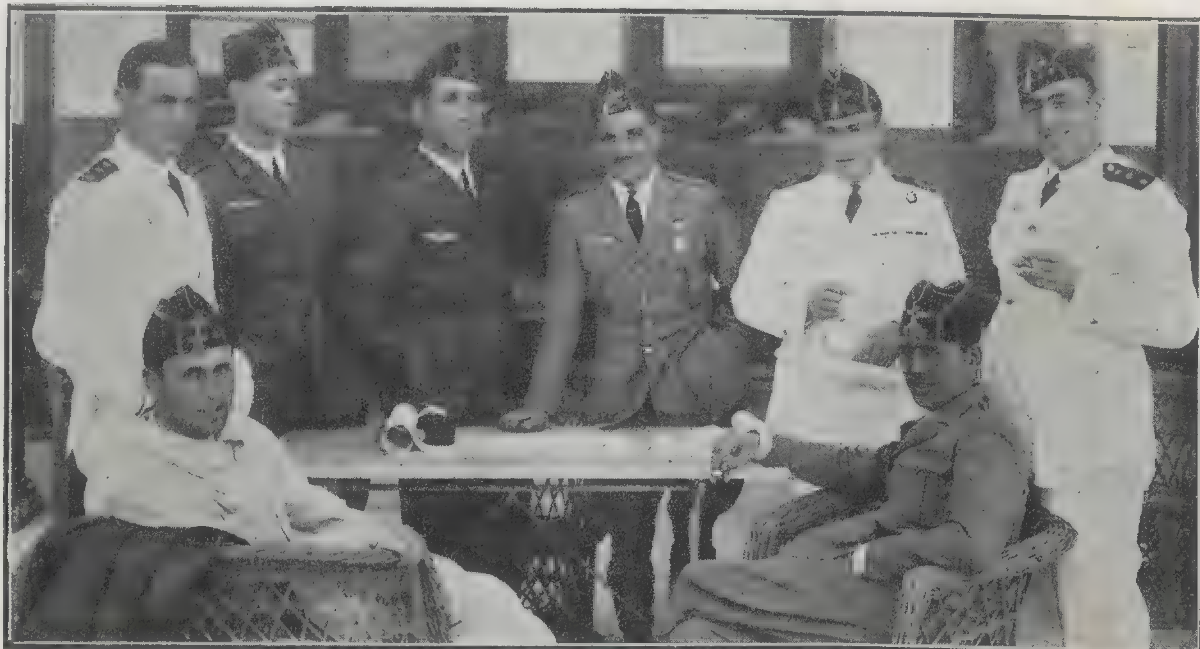


Otra hermosa vista de la capital de la Confederación Helvética. En primer término: el río Are que atraviesa la ciudad. Al fondo: el palacio de gobierno y la catedral.

(Fots. galantemente cedidas por el señor L. V. Boccard).

Ecos del raid aéreo a la Guinea Española





El comandante de la escuadrilla aérea "Atlántida", señor Llorent y sus compañeros de viaje que tripularon los tres hidroplanos en los cuales efectuaron la travesía desde Melilla a la Guinea Española, posando para FRAY MOCHO en la terraza del Real Club Náutico, de Las Palmas, poco después de su llegada a la Gran Canaria.



Los hidroplanos "Valencia", "Andalucía" y "Cataluña", volando sobre el puerto de la Luz (Las Palmas).



El cañonero español "Bonifaz", que escoltó a la escuadrilla desde Melilla a Dakar.



Los aparatos fondeados en la bahía de Gando, donde se surtieron de gasolina.



El comandante de la escuadrilla es recibido por las autoridades de Las Palmas y el corresponsal de FRAY MOCHO, en el Real Club Náutico.



El hidroavión "Cataluña", proveyéndose de combustible en la bahía de Gando.



El pontón "Porto Pí", con capacidad de más de un millón de litros de gasolina, que surtió a la escuadrilla.

(Fots. T. Maisch.)



SOCIALES



ENLACES.—Señorita Ana S. Marshall con el señor José F. Gilligan.



Señorita Primitiva Torrecilla con el doctor Francisco Sánchez Ortega.



Señorita Manuela Vidal con el doctor Antonio Graña.



Señorita Argentina del Carmen Olivera Soria con el ingeniero señor Miguel de Zárate.



Señorita María Adela Marconi, cuyos desposorios con el señor Eustaquio Pravaz, se realizarán el 3 del cte.



Señorita Clementina A. Casccia con el señor Ludovico Annovelli.



Señorita Lucía La Rocca con el señor Eduardo Morteo Gasave.







BODAS DE PLATA.—Los esposos Emilia Campos y Alfredo J. Bocolo, que acaban de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.

Demostración al doctor Saubidet



Comensales que tomaron parte en el banquete ofrecido al doctor Enrique J. Saubidet, por sus amigos del Archivo General de la Nación, con motivo de la terminación de sus estudios universitarios. — El acto se llevó a cabo en el Restaurant Ferrari.

DE CACHEUTA

Concurrentes al banquete con que fueron obsequiados los jóvenes Esteban Imaz y Rafael Demaría, a su llegada a Cacheuta, procedentes de Chile, trayecto que recorrieron a caballo.





DE VILLAVICENCIO



Señora Ana A. de Levinscki.



Los doctores Garassino y Raúl Rodríguez, y sus familias.



El intendente municipal, señor Manuel Molina, fortalece su autoridad con las virtudes medicinales de las aguas.



El señor Echeverri, abstraído ante el agreste panorama.



La señora Ubeda de Olabe y sus hijos.



El señor Alejandro Romayrone, su esposa y la señorita Josefina Muratore.



Señoras Sara Mendilaharzu de Rivera y Javiera V. de Mendilaharzu y sus retoños.



Señores Higinio Martínez, Fernando Albornoz, Nicolás Mantello y Luis Marelli.



Señor Stalhebeg y familia.
(Fots. Bejarano y Capra).

La aventura de Tse-i-la

Por Villiers de l'Isle Adam

Al norte de Tonkín existe internándose tres leguas, la provincia de Konang-Sí, de ríos auríferos, y cuya grandeza se extiende hasta las fronteras de los principados centrales del Imperio de en Medio, desparramando sus ciudades en la vasta extensión de la selva.

En esta región la serena doctrina de Lao-Tsen no ha extinguido aún la violenta credulidad hacia los Pusahs, especie de genio populares de la China. Gracias al fanatismo de los bonzos de la comarca, la superstición china, aun en las clases elevadas, fermenta con más vigor que en los estados más próximos de Pei-Tsin (Pekín), y difiere de las creencias manchús, en cuanto admite las intervenciones *directas* de los dioses en los asuntos del país. El penúltimo virrey de esta inmensa dependencia imperial fué el gobernador Tché-Tang, que dejó la memoria de un déspota sagaz, avaro y feroz. Véase a que ingenioso secreto aquel príncipe,—escapando a mil venganzas, — debió el vivir y morir en paz en medio del odio de su pueblo, al que desafió hasta el fin, sin pena ni peligro, ahogando en sangre el más ligero descontento.

* * *

Una vez quizás ocurriese esto unos diez años antes de su muerte, un mediodía estival, cuyo ardor hacía arder los estanques y rajaba las hojas de los áboles, arrojando destellos de fuego sobre los altos tejados de los kioscos, Tché-Tang, sentado en una de las salas más frescas de su palacio, sobre un trono negro incrustado de flores de nácar y embutidos de oro puro, y reclinado con languidez, se acariciaba la barba con su mano derecha, mientras que la izquierda se posaba sobre el centro tendido en sus rodillas.

Detrás de la estatua colosal de Fo, el dios inescrutable, dominaba su trono sobre las gradas de la escalinata; vigilaba sus guardias cubiertos con armaduras de cuero negro, con la lanza, el arco o la larga hacha empuñados. A su derecha, de pié, su verdugo favorito le abanicaba.

Las miradas de Tché-Tang erraban sobre la multitud de mandarines, de príncipes de su familia y sobre los grandes oficiales de su corte. Todas aquellas frentes eran impenetrables. El rey se sentía odiado, rodeado de asesinos, y consideraba, lleno de mil sospechas indecisas, cada uno de los grupos donde se hablaba en voz baja. No sabiendo a quién exterminar, se extrañaba, a cada momento, de vivir aún, y reflexionaba taciturno y amenazador.

Abrióse una puerta, dando paso a un oficial que conducía, de la mano, a un joven desconocido, de grandes ojos azules y de bella fisonomía. El adoslecente vestía túnica de seda escarlata, recogida con un cinturón de oro.

Prosternóse delante de Tché-Tang, bajo la mirada del birrey.

—Hijo del Cielo — dijo el oficial, — este joven ha declarado no ser más que un obscuro ciudadano de esta población y llamarse Tse-i-la. Sin embargo despreciando los tormentos y la muerte, él ofrece probar que trae para tí una misión de los Psuahs inmortales.

—Habla — dijo Tché-Tang.

Tsé-i-la se levantó.

* * *

—Señor — dijo con reposada voz, —sé lo que me espera si no estoy acertado en mis palabras. Anoche, durante un terrible sueño, los Pusahs favoreciéndome con su visita, haciéndome dueño de un secreto que espantaría a los mortales en el espacio que media entre la pupila y los párpados, *los nombres, en caracteres de sangre, de todos aquellos que pueden conspirar contra tu trono o tu vida, en el momento preciso en que sus espíritus*

conciban tal designio. Estarás pues, al abrigo, para siempre, de toda funesta sorpresa y envejecerás apaciblemente en el uso de tu autoridad. Yo, Tsé-i-la, juro aquí por Fo que el mágico poder de este secreto es tal como te digo.

Ante un discurso tan extraño, hubo en la asamblea un estremecimiento seguido de un silencio sepulcral. Una vaga angustia conmovió la impasibilidad de los rostros.

Todos examinaron al desconocido, que, sin temblar, testimoniaba así que era el depositario del mensaje divino de que se decía portador. Muchos se esforzaron en vano por sonreir pero no osaban mirarse palideciendo de la seguridad dada por Tse-i-la. Tché-Tang observó aquel malestar denunciador.

En fin, uno de los prícipes, sin duda para disimular su inquietud, exclamó:

—¿A qué escuchar los disparates de un insensato borracho de opio?

Los mandarines añadieron algo animados:

—¡Los Pusahs sólo inspiran a los viejos bonzos del desierto!

Y uno de los ministros:

—Debe someterse previamente a nuestro examen el secreto de que ese joven se cree depositario, antes de ser sometido a la alta sabiduría del rey.

Replicando irritadísimo uno de los oficiales:

—Además de que es posible que no sea más que uno de esos cuyo puñal espera el momento en que el rey esté distraído para clavarse en su corazón.

—¡Que se le encierre! — gritaron todos.

Tché-Tang extendió sobre Tsé-i-la su cetro de oro, donde brillaban caracteres sagrados.

—Continúa — dijo impasible.

Tsé-i-la repuso entonces, agitando un pequeño abanico de varillaje de ébano y refrescando con él sus mejillas:

—Si algún tormento fuese suficiente a persuadir a Tsé-i-la de traicionar su secreto, revelándolo a otro que no fuese el rey, los Pusahs, que escuchan invisibles, no me hubiesen escogido por intérprete. ¡Oh, príncipes, no! Yo no he fumado opio, yo no tengo nada de loco, ni yo llevo armas. Unicamente, oid lo que añado. Si yo afronto la muerte lenta, es, porque como el mío vale, si es cierto, una recompensa digna de él. Tú solo, ¡oh, rey!, juzgarás pues, en tu equidad. si merece el premio que te pido. Si, repentinamente, al oir las palabras que lo anuncien, sientes dentro de ti, bajo tus ojos cerrados, el don de esa virtud viviente, y su prodigio, habiéndome hecho noble de los dioses y habiéndome inspirado con su suplo de luz, me concederás la mano de Litien-Se, tu radiante hija, la insignia principal de los mandarines y cincuenta mil llanos de oro.

Al principiar aquellas frases "llanos de oro", un imperceptible tinte de rosa subió a las mejillas de Tsé-i-la, que procuró ocultar aproximándose el abanico al rostro.

La exorbitante recompensa reclamada provocó la sonrisa de los cortesanos y apretó el corazón sombrío del rey, donde se agitaban el orgullo y la avaricia. Una cruel sonrisa pasó por sus labios mirando al joven, que añadió con intrepidez:

—Espero, de tí, señor, el real juramento, por Fo, el dios impacable que se venga de los perjuros, que tú aceptas, según que mi secreto te parezca positivo o quimérico, acordándome la recompensa pedida o la muerte que te plazca.

Tché-Tang se levantó y dijo:

—¡Lo juro! ¡Sígueme!

La paloma y al corneja

Encerrada en estrecho palomar, sin aire y con escasa luz, enorgulleciase, sin embargo, cierta paloma, de la fecundidad con que la naturaleza la había dotado.

Una corneja que la oyó le dijo:

—No te envanezcas, desgraciada, de tener mucha prole; porque los esclavos que engendran hijos, cuanto más hijos engendran, más esclavos hacen.

Algunos momentos después, bajo bóvedas, que una lámpara suspendida sobre su hermosa cabeza alumbraba, Tsé-i-la, amarrado con finos cordeles a un poste, miraba, en silencio, al rey Tché-Tang, cuya alta estatura aparecía, en la sombra, a tres pasos de él. El rey estaba de pie, arrimado a la puerta de hierro de la caverna: su mano derecha se apoyaba sobre la frente de un dragón de metal cuyo ojo único parecía observar a Tsé-i-la. El traje verde de Tché-Tang resplandecía; su collar de piedras preciosas relampageaba; sólo su cabeza, rebasando el disco de la lámpara, permanecía en la sombras.

—Te escucho — dijo Tche-Tang.

—Señor — dijo Tse-i-la, — yo soy un discípulo del maravilloso poeta Litai-pé. Los dioses me han concedido en inteligencia tanto como a ti te han concedido en poder, y me han regalado la pobreza para que ella engrandezca mis pensamientos. Yo les agradecía diariamente tantos favores y vivía apaciblemente, sin ambiciones, sin deseos, cuando una tarde, sobre la terraza elevada de tu palacio, en la parte alta de los jardines, el ambiente plateado por los rayos de la luna, vi a tu hija Li-Tien-Se, cuyos pies besaban las flores de los árboles copudos, perdiéndose con las brisas de la noche. Después de aquella noche, mi pincel no a vuelto a trazar una sola línea, siento que ella también en este rayo de amor en que abraso por ella... Harto de languidecer, prefiriendo la muerte más espantosa al suplicio de vivir sin ella, he querido por un rasgo heroico, de una sutilidad casi divina, elevarme, ¡oh, rey!, hasta tu hija.

Tche-Tang, por un movimiento de impaciencia, sin duda, apoyó su pulgar sobre el ojo del dragón. Las dos ojas de una puerta se abrieron sin ruido, dejando ver el interior de una caverna próxima.

Tres hombres con traje de cuero estaban al lado de un brasero, donde enrojecían hierros de tortura. De la bóveda pendía una fuerte cuerda de seda, bajo la cual brillaba una caja de acero redondo, con una abertura circular en medio.

Aquello era el aparato de la muerte terrible. Después de atroces quemaduras, la víctima era suspendida en el aire, atado un brazo a aquel cordel de seda, en tanto que el pulgar de la otra mano era amarrado por detrás al pulgar del pie opuesto. Se ajustaba entonces la caja de acero en la cabeza de la víctima, y cuando descansaba sobre los hombros, se metían dentro dos ratas hambrientas, el verdugo imprimía un movimiento de balance a todo aquel horrible conjunto y luego se retiraba dejando al reo entre las tinieblas para volver al siguiente día.

Ante tal espectáculo, cuyo horror de ordinario impresionaba aun a los más resueltos. Tse-i-la dijo fríamente:

—¡Olvidas que nadie, excepto tú, debe escucharme!

Las puertas se cerraron.

—¿Tu secreto? — gruñó Tche-Tang.

—¡Mi secreto, tirano! Es que mi muerte precederá a la tuya esta noche — dijo Tse-i-la con el rayo del genio en los ojos.

—¿Mi muerte? ¿Pero no comprendes que es lo único que esperan allá arriba los que aguardan temblando tu regreso? ¿No significará ella que mis promesas han sido falsas?... ¡Qué alegría no sentirán, riendo silenciosamente en el fondo de sus corazones de tu credulidad burlada!... ¡Y esa será la señal de tu perdición!... Seguros de la impunidad, furiosos por la angustia pasada, ¿cómo delante de ti que te habrás empequeñecido por ordenas a tu tesorero que me cuente, de una manera oficial, los cincuenta mil lianos de oro, ¡ah!, entonces, yo te juro que, a semejante vista, todos esos cortesanos cuyos puñales en la sombra han salido a medias de la vaina contra ti caeran desfallecidos y prosternados, y que en el porvenir nadie osará admitir en su espíritu un mal pensamiento contra ti. ¡Así, pues, medita! Todo el mundo sabe que eres razonables y clarividente en los consejos de Estado; no será, pués, creíble, que una vana quimera haya sido suficiente para transfigurar, en algunos instantes, la desagradable expresión de tu cara, que debe aparecer victoriosa y tranquila.... ¡Cómo! ¡Tú, tan cruel, me dejas vivir! ¡Se conoce tu soberbia, y me dejas vivir! ¡Se conoce tu avaricia, me prodigas tu oro! ¡Se conoce tu orgullo paternal, y me das tu hija por una palabra, a mí, desconocido traseunte! ¿Qué duda podría subsistir ante todo esto? ¿Y en qué quieres tú que consista el valor de mi secreto, inspirado, por nuestros seculares genios, "si no en la absoluta creencia de que lo posees"?... Unicamente se trataba de crear ese secreto, y eso lo he hecho yo. El resto depende de ti. Yo he cumplido mi palabra. Además haberte exigido la dignidad principal y el oro, que yo desprecio, no ha sido más que para aumentar el precio y, por consiguiente, dejar imaginar por esa munificencia arrancada a tu famosa sordidez la espantosa importancia de mi imaginario secreto. Rey Tche-Tang: yo, Tse-i-la, atado por tu ordena este poste, exalto, ante la muerte terrible, la gloria del augusto Li-tai-Pe, mi dueño de pensamientos de luz, y declaro que la sabiduría habla por mí. ¡Volvamos, te repito, con la frente alta y radiante! ¡Prodiga hoy los indultos en acción de gracias al cielo! ¡Luego promete ser inexorable en lo porvenir! Ordena que se celebren fiestas luminosas en honor del divino Fo, que me ha inspirado esta sublime astucia. Yo, mañana habré desaparecido. Iré a vivir con la elegida de mi corazón en cualquier provincia lejana y feliz, gracias a los lianos de oro. El botón diamantino de los mandarines, que habré recibido de tu munificencia, con tantos transportes de rogullo, no será jamás usados por mí, porque tengo otras ambiciones; yo creo solamente en los pensamientos armoniosos y profundos que sobreviven a los príncipes y a los reinos: siendo rey en el imperio inmortal, no ambiciono ser príncipe en los vuestros. ¿Has comprendido que los dioses me han dado la firmeza de corazón y una inteligencia tan grande, por lo menos, como la de cualquiera de tus cortesanos? Puedo, pues, mejor que uno de ellos, llevar la alegría a los ojos de una joven. Pregunta a Litie-Se, ¡mi sueño! Estoy seguro que, al mirarse en mis ojos, ella te lo dirá. En cuanto a tí, cubierto por una protectora superstición, reinarás, y si abres tu corazón a la justicia, conseguirás que el temor se convierta en aprecio hacia tu trono afirmado. ¡Ese es el secreto de los reyes digno de serlo! No tengo otro que facilitarte. Pesa, escoge y falla! He dicho.

la esperanza abortada, vacilará aún su odio? Llama a tus verdugos: seré vengado. Pero conozco que tu estas ya casi convencido de que al hacerme morir tu vida será solo cuestión de horas; y que tus hijos, degollados, según la costumbre, te seguirán, y que Li-tien Se, tu hija será también víctima de tus asesinos. ¡Ah! ¡Si fueses un príncipe profundo! Supongamos que de pronto, al contrario, regresas, con la frente como agravada por la misteriosa clarividencia predicha, rodeado de tus guardias, la mano sobre mi espalda, en la sala de tu trono, y que allí, habiéndome tú mismo revestido la túnica de los principes, y enviado a llamar Li-tien-Se, tu hija y mi alma, luego de habernos prometido

Tse-i-la callóse.

Tche-Tang, inmóvil pareció meditar algunos momentos. Su enorme sombra se prolongaba, truncándose sobre la puerta de hierro. De repente, fué hacia el joven, y poniéndole ambas manos sobre los hombros, miróle fijamente, en el fondo de los ojos, como presa de mil sentimientos indefinibles.

Después, tirando del sable cortó las cuerdas que sujetaban a Tse-i-la, y echándole el regio collar sobre las espaldas, le dijo:

—¡Sígueme!

Subió los escalones de la cueva y apoyó su mano sobre la puerta de la luz y la libertad.

Tse-i-la, a quien el triunfo de su amor y de su repentina fortuna habían desvanecido bastante, contempló el regio presente.

—¡Cómo! ¡Este collar, además! — murmuró. — ¿Porqué, pues, te calumnian?... ¡Esto es mucho más de lo prometido! ¿Qué quieres pade lo prometido! ¿Qué quiere pagar el rey con este collar?

—¡Tus injurias! — contestó desdeñosamente Tche-Tang, abriendo la puerta frente a los rayos del sol,.



EL.—¿Soy el primer hombre que te ha besado, Lina?
ELLA.—¡Pero, Ricardo!... ¿Acaso has creído que vivo en una isla desierta?

Humo de hulla

La tarde invita a versos. Una fría llovizna
va enlodando las calles del mísero arrabal
y un penacho compacto de humo de hulla tizna
las roñosas paredes de nuestro mechinal.

Y el pobre corazón, el pobre viejo y loco
corazón, tan latino, tan enfermo de esplín,
ya de azules hastiado quiso asomarse un poco
a esta gris perspectiva de los cielos de hollín.

Una pereza extrema nos hunde en un extático
enervamiento largo... Pero un punto, enigmático
el dilema de Hamlet parece resurgir.

Más a qué nuevas dudas en torno a su evidencia
La tarde invita a versos... Que una amada indolencia
nos lleve hasta el ensueño remoto del fakir.

ANIBAL DIAZ.

PRIMERAS ROSAS

Por Raimundo Morales de la Torre

Sobre el "Skating" pasaban las patinadoras y había el ruido constante de una ola que arrastra guijarros. Figuras esbeltas y finas imprevista, embriagábanse en el vértigo de la velocidad, zigzagueaban, cambiaban los rumbos en giros caprichosos.

Era una tarde suave y triste, tarde de piedad y de pensamientos que parecía contemplar al mundo con una mirada de misericordia.

Elena estaba sentada en un extremo del salón, la cara vuelta hacia el jardín un pequeño jardín lleno de gracia femenina, de perezoso y risueño encanto, cerró el libro que tenía entre las manos — libro lírico lleno de palabras tristes — y sus ojos distraídos que miraban a lo lejos los rosales en flor, un momento después se convirtieron a lo alto hacia el cielo distante y azul.

Bajo la masa de oro de sus cabellos opulentos, aparecía el rostro de una blancura impecable. Un dolor silencioso había hecho huir de sus mejillas las rosas habituales ilustrándolas con una palidez de mármol antiguo.

—¿En qué pensás, Elena?—dijo Felipe Landerer, aproximándose.

—Miraba las primeras rosas — respondió; — hay en su florecer una belleza fragante e ingénua, asoman entre las hojas verdes su dulce timidez y parece que tienen miedo; miedo del aire que las deshoja, del tiempo que las marchita, del sol que las hace visibles, de la mano inexperta y torpe que quiera arrancarlas.

Conmovedora era la solicitud que aquella mujer tenía para las flores, para las flores hermanas suyas que simbolizaban en esa hora sus propias timideces y sus propios incertidumbres.

Felipe comprendió que no era propicio el ambiente ruidoso de aquel salón para hablar con ella, alma a alma, en palabras íntimas. No eran acordes el silencio melancólico de ese espíritu y el bullicioso reír de tantas mujeres dedicadas a un deporte de moda con alegre locura.

—Vamos a coger flores, Elena, murmuró a su oído, y abandonaron juntos el "skating" entrando en el jardín, lleno de otoño y de flores.

Una vez más, pensaba Felipe Landerer, descenderé a las profundidades de este corazón inquietante que despierta en mí todas las curiosidades, una vez más, pensaba con perversidad sentimental, voy a hacerle sentir el estéril dolor que domina la vida. Al lado de ella caminaba sonriente, saboreando la boluptuosidad suprema y refinada de analizar, de disecar uno a uno, implacablemente todos los sentimientos de aquella niña de veinte años, de aquella pobre alma selecta que entre la vulgaridad de todos se debatía en esfuerzos de inútil liberación.

Un lazo, un fuerte lazo que él juzgaba de curioso interés que era un verdadero lazo de amor, uníalos con extraña fuerza. Más de una vez Felipe interrogó a su conciencia, juzgando excesiva su solicitud constante por la amiga predilecta; sin embargo, no supo encontrar en ella — la idea fija de las pasiones violentas — todo el sedimento de amor que lentamente Elena dejaba en su alma; ni comprendió cómo en silencio ella y sólo ella invadía su ser con la tranquilidad fatal de un destino que debe cumplirse.

El tenía la vanidosa confianza de su talento, la fe segura de su éxito, la manía analítica, el mal de imaginar; faltábale la voluntad que da las direcciones prontas, los gestos desisivos, los caminos claros y rectos, su alma inquieta, ondulante y sinuosa buscaba un apoyo en el vigor de su pensamiento y simentaba sus audacias en la vanidad que cultivaba como una virtud y una fuerza.

Tal vez en el profundo secreto de su alma, donde muy pocas veces descendía o descendía cauteloso de temores, había entrevisto la verdad de este amor que él mismo no se atrevía a confesarse. Por eso marchaba tranquilo hacia el jardín en espera de la espontánea cofidencia saboreando el placer refinado y malsano de sembrar en el corazón franco y bueno que le revelaba sus incertidumbres, la repugnancia de las realidades mediocres, el anhelo de sueños hermosos y difíciles. Poco duró aquella tarde su juego cruel y favorito.

—Elena, — dijo, — cojamos crisantemos y claveles en plena floración, escondamos entre las hojas esta rosa para salvarla de manos impías.

Y mientras él reunía en manojos los claveles para ofrecérselos, ella, piadosa, con la obediencia de quien cumple un propio voto, ocultó entre las hojas la rosa afortunada.

—También el alma tiene su despertar — dijo el amigo; — también el alma tiene sus primeras rosas. ¿Quién arrancó las nuestras, Elena?

—Nadie, — contestaron rápido los labios de la interrogada, y bajo los ojos comprendiendo que no había dicho la verdad.

—Si nadie las ha cogido, ocultémosla todavía, — dijo él, poniendo un tono de súplica en la última palabra.

—Las almas como la vuestra, amiga mía, deben siempre esperar, deben ocultarse dentro de su interioridad, replegarse dentro de sí mismas, no oir nunca la voz del que pasa. El amor debe ser la religión de unos pocos. Amar es poner en la vida muchos sueños, es perfumar...

—Sí, — dijo Elena; — es perfumado todo de mutuas delicadezas, llenar de suavidades las horas amargas, idealizar la realidad para embellecerla, sentirse juntos, cuando quieren y cuando piensan, sentirse a veces dulcemente hermanos.

—Y, Elena, a veces amantes, ardor y fuego. Saber poner en un beso todo un sueño, todo un mundo, todo un cielo, y hacer de ese beso una vida, una vida romántica, a un mismo tiempo triste y dulce, una vida que sea una sola caricia interminable.

Elena escuchaba, los ojos fijos en la visión del aire, en el cual aquellas que decía el amigo parecían reales y tangibles. Un triste gesto de vencimiento le hizo inclinar sobre el hombro la cabeza pensativa, y en su actitud había algo de melancolía resignada, de doliente renunciación.

Felipe sintió en ese gesto toda la tristeza de una debilidad que se rinde ante el destino, y un oscuro presentimiento le torturó como un dolor atroz, agudísimo. Amará a otro, pensó, y sintió un impulso ciego de vengarse de ella, de hacerla daño, como si Elena le hubiese engañado entregando a otro lo que a él sólo pertenecía.

—Todo eso es un sueño, dijo la amiga con voz apagada y lenta, un hermoso sueño misterioso y distante. Hay que resignarse a las verdades que existen.

—¿Y si ese sueño estuviese próximo? — interrumpió Felipe anhelante.

—Tal vez ya sería tarde, — dijo ella, y suspiró.

Se hizo un silencio que él tuvo miedo de turbar con una nueva interrogación, invadido por el horror que profesaba a las certezas. Dejar un sitio a la duda, fué la sola defensa que como un obstáculo puso su pensamiento ante la amenaza de una verdad desgarradora.

La tarde había rodeado el jardín de sombras inciertas que borraban los contornos de los árboles y de las cosas. Felipe, deseando para su interioridad la misma sombra, la misma vaga y confusa visión, emprendió con Elena la vuelta al "skating". Bruscamente dió un adiós a la amiga y se perdió entre el grupo de las patinadoras que, risueñas, comentaban el coloquio del jardín. Y al mirar en la oscuridad de la hora las siluetas de esas mujeres, que eran sombras móviles que ondulando se acercaban, y luego desaparecían, pensó: tal es la imagen de mi vida, una veloz embriaguez de movimiento, de constante mutación, en una hora eterna de luces inciertas.

La apetencia exótica

Kennst du das Land, wo die Citronen blühn,
Im dunkeln Laub die Gold.—Orangen glühn.
Mignon - Goethe.

¡Partir! Acabo de leer el último libro de Roland Dorgelés: *Partir*. Hace mucho tiempo que no leía un libro francés moderno tan interesante.

¡Partir! Hace años que lo deseo. ¿Adónde? No importa, pero partir. A la China, a la India, a América. Y después de la lectura del libro de Dorgelés, la palabra "partir" me obsede, suena continuamente en mis oídos.

Partir, partir... lejos, muy lejos, dejar su vida pasada, sus costumbres, su país. Ver cosas nuevas, países nuevos, vivir de otro modo. Dejar París, su invierno triste, su lluvia, su actividad afiebrada.

"¿Conoces el país donde florecen los naranjos?"

"Dahin! Dahin Mocht ich mit dir, o mein Gehebter, ziehn".

¡Allá, allá, querría ir contigo, mi querida!

¿Dónde está el país en que enrojecen las naranjas en medio del follaje oscuro? ¿Dónde el cielo es siempre azul? ¿Dónde las hojas siempre son verdes? ¿Dónde, dónde?...

Pero sueño: el escritor francés y el poeta alemán me embriagan. Quiero lo imposible, la felicidad perfecta, el amor eterno, vivir en un país que sea el paraíso. Escuchándoles voy a creer que existe realmente un país edénico donde no hay maldad, envidia, guerras, celos, fiebre por ganar dinero, siempre más.

Dorgelés mismo debía casi creerlo, pero no debe creerlo ahora. El médico del buque, el drama a bordo, le han vuelto a la realidad, lo mismo que Port Said y Djibouti. Seguramente Dorgelés es sincero, dice la verdad. Pero, ¿voy a dejar mi sueño por eso, voy a creer que la vida es tan mala y tonta en todas las partes del mundo? No tengo veinte otoños y aunque muy aburrido y disgustado de la vida, hay una llamita de esperanza en mi corazón. Espero que en alguna parte de la tierra encontraré una vida mejor. Sé que es un sueño, que no existe paraíso terrestre, pero quiero creerlo, porque si me convenciera que no existe, no me quedaría más que...

Soñar, es vivir feliz. ¿Podríamos vivir sin el ensueño? Como dicen los creyentes: "Dios en su bondad suprema", nos ha dado el ensueño. Con el ensueño vemos el sol cuando llueve. Somos ricos cuando no tenemos un centavo en el bolsillo. Somos felices cuando nuestro corazón está lleno de penas. Soporto la vida porque sueño mucho. Cuando sueño me creo libre, a pesar de estar preso en mi oficina.

El soñar es necesario al hombre. ¿La prueba? La apetencia tóxica. El empleo de los estupefacientes es un vicio, quizá, pero responde a una necesidad. ¡Pobre humanidad! Se te acusa de tener muchos vicios, pero tus vicios son una consecuencia de tu estado desgraciado.

Somos infelices. Yo, soy muy infeliz en medio de infelices. No necesito narcóticos: sueño sin ellos. Apetezco los países lejanos, exóticos. Mi deseo: partir, partir... y nunca volver. Me he marchado dos veces de mi país. He vuelto más disgustado de mi hogar que antes. La próxima vez: no volveré.

¡Partir, y no volver!

PEDRO SCHWAB.

París, 1926.

¡**Qué de sufrimientos, qué de peligros**, qué de muertes desesperadas y espantosas, ocasionan la búsqueda de las pieles, a las cuales al mujer elegante y moderna ama con pasión tan marcada! Los dos dramas siguientes, llenos de colorido y de dolor, evidencian el realismo de estos trances llamados "dramas de pieles".

El zorro azul de Groenlandia posee un pelaje fino y singularmente suave, siempre más bello que el de cualesquiera de los otros animales polares y congéneres lanosos, de las tierras septentrionales. Lo difícil de su caza, y la indiscutible bondad y belleza de su piel, hacen que ésto sea extremadamente cara.

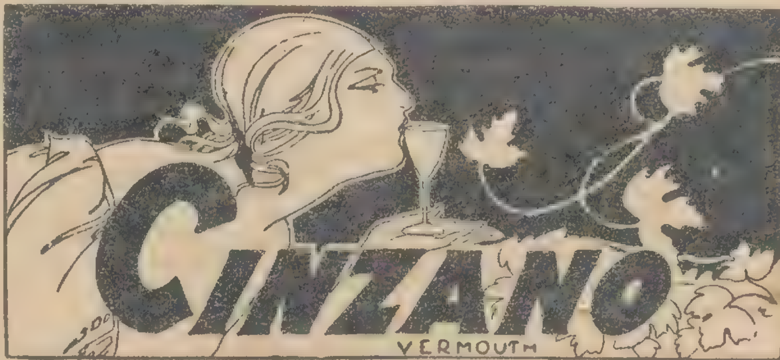
Por otra parte, la costa oriental de la gran isla austral, está llena de bueyes almiscleros que tienen cierta afinidad con los toros y búfalos, pero cuya pelambre además de ser más copiosa, les cubre totalmente el cuerpo. Capturar ejemplares vivientes de este mamífero, tan raro en nuestros días, para venderlo a los jardines zoológicos, constituye un negocio redondo. Ahora bien, desde hace algunos años los dinamarqueses y los noruegos, acostumbran venir a invernar a la costa este de Groenlandia, para entregarse a la caza del zorro azul, del toro almizclado y del oso blanco, también. Nadie ignora que es solamente durante la estación fría que las pieles adquieren todas sus valiosas cualidades de solidez y colorido. A este efecto, en el sector de este litoral, que está cortado por inmensos *fjords*, una compañía de Copenhague ha creado una organización parecida, pero en más pequeña escala, que la que los canadiensese han establecido en el norte de su país. Han sido instalados 11 puestos, ocupados unos por cuatro cazadores, otros por dos solamente, enviándose en cada estío un navío que carga la existencia de pieles adquiridas durante el invierno, al mismo tiemp oque efectúa el relevo de los cazadores y el revituallamiento de las estaciones.

Pero en estos parajes, la navegación es muy difícil y peligrosa, llena de acechanzas terribles e inesperadas. De una punta a la otra, las cercanías de la costa oriental de Groenlancía se encuentra defendida por los más formidables tempanos de hielo ártico. A lo largo de estas tierras puede contemplarse un desfile no interrumpido de gigantes montañas flotantes de nieve, inmensos y puntiagudos campos de hielo, pegados los unos contro los otros, que la corriente marina arrastra lenta pero constantemente hacia el sur. Cuando uno se imagina una lucha, en la que intervienen gigantescas montañas de hielo que no se detienen jamás, y que se reparten sobre la superficie oceánica en una extensión de 2 a 300 kilómetros, y furibundos e incesantes oleajes de un mar plomizo y eternamente enfurecido, no es posible menos que sobrecojerse de espanto y pensar que el hombre es un juguete demasiado pequeño para combatir con fuerzas tan fuera de su radio. Para llegar a las estaciones de caza, y regresar en seguida a Dinamarca, los navíos revitualladores, deben pues, por dos veces, abrirse paso a través de un dique flotante. Ya se comprenden los espantosos riesgos de esta operación.

El *Teddy*, encargado de visitar los puestos daneses, después de haber cumplido su misión, partió por fin el nueve de agosto para la isla Sabina, en la costa oriental de Groenlandia, a fin de atacar los témpanos y hacerse en seguida a la mar para Dinamarca.

El "drama de pieles" de "Teddy"

El *Teddy* era una pequeña goleta de 150 toneladas, con un motor. al mar libre. El 21 de agosto, después de 12 días de esfuerzos, la nave se detuvo definitivamente, precisamente al medio de un terrible témpano, que estaba cercado de enormes campos de hielo; al mismo tiempo, bajo la impulsión de la corriente marina reinante a todo



El navío tenía 21 hombres de tripulación, entre los cuales figuraba el señor Kai Dahl redactor del *Belingstke Tidende* de Copenhague, te de una clásica tragedia polar. historiador viviente de este viaje inolvidable.

Algunas horas después de haber iniciado el avance, la expedición se encontró dentro de un conglomerado de nieves extremadamente compactas. El capitán se esforzó por descubrir un paso, pero todos sus esfuerzos resultaron vanos. No existía un solo canal, por diminuto que fuera que pudiera dar salida lo largo de esta costa, comenzó bien pronto a navegar hacia el sur, con toda la muralla flotante en la cual estaba encerrado. La deriva de un témpano está sometida a golpes terribles, a choques espantosos; su avance se encuentra a cada paso interferido ya sea por los vientos soplantes en sentido inverso a la dirección que sigue, o ya sea por la presencia de islas, bajos fondos u otros témpanos varados. Mientras tanto, los hielos continúan llegando y amontonándose; las colisiones terribles se producen entre estas montañas nevadas y poco después de la catástrofe todo el panorama ha cambiado en sus desplazamientos. En estos choques, en que fragmentos de muchas toneladas de peso vuelan por los aires como plumae, las masas se abren bruscamente para cerrarse en seguida con una violencia terrorífica; prontamente, casi en el acto, todo el campo de nieve se estremece, lo sacude una convulsión terrible y se deshace en pedazos para volverse a refundir en un bloque más grande, pocos momentos después. Fué apenas que los daneses se vieron bloqueados, que este fenómeno se manifestó con una fuerza nada común. Sin cesar, los bloques contínua y brutalmente venían a chocar contra los flancos de su navío; estos golpes de ariete repetidos abrieron al fin vastas vías de agua; entonces, para poder mantener el buque a flote hubo que dedicarse con tenaz constancia a la maniobra de las bombas.

Tres días más tarde ,ocurrió un nuevo ataque: presionado por el témpano, el *Teddy* dió una tal bandada que por poco queda pulverizado. Setiembre transcurrió en contínuas alertas y octubre se anunció muy movido. Al finalizar el mes estalló un huracán espantoso. Con la intensidad de sus ventarrones, una enorme brecha de la quilla, torrentes de agua invadieron las calas. El *Teddy* ya no era sino un fantasma hueco y amenazador, desde el momento en que los hielos comenzaron a separarase. El 8 de octubre su tripulación lo evacuó. He aquí, pues, á los 21 hombres abandonados en la soledad inmensa de un campo de hielo movedizo y flotante, privados de su navío sobre el cual estaba la única esperanza de salvación. En este momento dramático, los daneses conservaron una sangre fría imperturbable, al mismo tiempo que dieron pruebas de la más admirable ingeniosidad. Habiendo logrado salvar provisiones en abundancia, quedaron asegurados contra el hambre; el resto del asunto radicaba en el hospedaje. Resolvieron por consiguiente construir sobre la nieve nuevos hielos presionaron al desgraciado navío, mientras, que por una espasiosa cabina, gracias a los materiales arrancados de su navío destrozado, una verdadera casa o refugio para toda la tripulación, con lámparas de kerosene sacadas del buque náufrago. Terminada la cabina, puede decirse que hasta ofrecía un cierto confort moderno, del que desgraciadamente no gozaron mucho los desdichados marinos. Una noche, un estallido terrible puso de punta los pelos de la tripulación abandonada. Poco después el gran bloque de hielo empezó a tambalearse y a perder su estabilidad, como si comenzara a nanar y a partirse. Por fin, el enorme banco sobre el cual estaba edificado el refugio, se dividió en varios grandes trozos; cerca de él se abrió un abismo donde las olas borboteantes se estrechocaban furiosamente. Y ya en la obscuridad, puesto que las luces se habían apagado, los desdichados náufragos, dominados por el terror más espantoso, sintieron cómo el hielo iba hundiéndose bajo sus pies y la cabina iba siendo *tragada* por los elementos desencadenados. Fué instante de una clásica tragedia podar. En esta angustia transcurrió parte de la noche hasta que la dudosa claridad del nuevo día, alumbró mortecinamente aquel escenario de

Con sangre...

¡Ah, no ante el grito pasional te asombres
por más que inerte a mis anhelos eres:
en tí sumaban todas las mujeres
y vibraban en mí todos los hombres!

Aquel poema visionado y trunco
que fué faro y fulgor en mi camino,
quebró al quebrarse un superior destino
como claudica bajo el viento el junco...

Nadie escuchó el dolor de la derrota
ni un punto se paró la caravana:
en las miserias de la selva humana
un hombre muerto es una rama rota...

Te amaban tal mis ansias pasionales
en la loca efusión de su lirismo,
que espíritu y materia, a un tiempo mismo,
por amarte mejor eran rivales...

Y no sé qué ha faltado a mi ventura
hoy que interrogo a solas la conciencia:
si la ciencia de amar, que es gaya ciencia
o aquella de morir, que es ciencia oscura...

porPues sabes que de pie sobre mis penas,
ya en las angustias donde tiembla el paso,
por disfrazar de aurora aquel ocaso
lo teñí con la sangre de mis venas...

BELISARIO ROLDAN.

agonía. Con la aparición de la tenue luz del día ártico, los infelices sintieron renacer sus esperanzas y se entregaron con la más profunda desesperación a recorrer el témpano en que se hallaban, descubriendo que era un pequeño pedazo de hielo, de unos cuantos cuadras de tamaño, resquebrajado en numerosas partes y listo por consiguiente a partirse en diminutos fragmentos y tragárselos a todos en el instante más inesperado. Con aquella nerviosidad propia de los momentos angustiosos, con la Muerte tan cerca que puede decirse que los rozaba con sus alas, los 21 tripulantes se entregaron a la faena de deshacer su refugio y tratar de transportar sus restos al sitio que parecía más sólido del témpano.

En situación tan llena de peligros se encontraban, cuando un nuevo gran ruído seguido de un choque terrible, los hizo rodar a todos sobre la blanca sábana de nieve, dejándolos totalmente aturdidos. Su campo había chocado con una montaña flotante que acababa de llegar del norte, en su viaje de deriva hacia el sur. Por una milagrosa coincidencia, el choque en lugar de provocar la total fractura de su témpano, había fusionado a todos los trozos resquebrajados, formando con la gran montaña llegada, un bloque único, inmenso, compacto y seguro.

A fin de mes, arrastrados por la corriente, los náufragos llegaron a los parajes llamados de Angmagsalik, donde por casualidad se hallaba prisionero de los hielos, un clan de esquimales, que había venido de la parte horiental de Groenlandia en la estación anterior. Este clan era una fracción de la colonia de 700 indígenas que viven alrededor de un pequeño establecimiento fundado por Dinamarca con el exclusivo fin de prestar auxilio a los puestos daneses y a sus cazadores y náufragos. Después del 21 de Agosto, fecha en la cual el navío escandinavo quedó aprisionado entre los hielos, la tripulación había navegado a la deriva, sobre los témpanos, más de ¡1300. kilómetros! La tierra firme, debido a ésta si puede llamarse afortunada navegación, se encontraban ya bastante cerca; a unos 40 kilómetros cuando más, hacia el Oeste; pero eran 40 kilómetros peligrosísimos por las rompientes de la costa y los témpanos que iban a chocar contra ella. El momento no era para perder el tiempo en pequeños temores, pues había que jugarse el todo por el todo, y aunque los hielos etaban muy agitados y amenazantes, los náufragos y los esquimales iniciaron su viaje de escapada.

Veinte veces los valientes marinos y los sufridos indígenas polares estuvierón a un paso de la porfiadamente los acechaba. Por fin, después de un esfuerzo supremo, tuvieron la satisfacción de llegar a la isla más avanzada de esta porción de la costa groenlandenía constante; seis días en que estos pobres hombres no cesaron de luchar hora a hora y minuto a minuto con la Muerte que tenaz y olas embravecidas. Seis días duró aquella odisea que sin exageración pudo calificarse de una agotragados por los témpanos que se despedazaban a cada rato entre choques, crujidos y embates de las muerte, salvando milagrosamente de ser aplastados por los hielos o sa. ¡Qué alegría la de estos marinos valerosos al pisar tierra firme, después de haber batallado 10 meses y medio, con los hielos traidores, siempre listos a devorarlos y a cerrarse inmediatamente sobre



EL VIGILANTE (con sospecha). — ¿Dónde ha tomado usted esa gallina?

—Vea, agente; se vino hacia mí de un modo, que tuve que matarla en defensa propia.

sus cadáveres, cubriendo con la blancura inmaculada de su albo sudario los restos de luchadores tan osados! Pero los dinamarqueses no habían llegado al fin de sus penas.

Los últimos trozos de la capa de nieve que los separaba del continente, eran despedazados a cada rato por los choques de nuevos bloques que llegaban. Y éstos y los fragmentos de los chocados seguían rapidamente su viaje al sur en medio de un mar horriblemente enfurecido. Era una locura querer ganar el continente en semejantes condiciones. Después de cuatros días el hielo de deriva se había amontonado de tal manera en las costas de la pequeña isla, que ésta estaba convertida en un hueco socavón de hielo que incesantemente crecía en dimensiones. "Se formó una gruta que a nosotros nos pareció nuestra tumba" escribe el periodista y fotógrafo que ha relatado el impresionante viaje.

Y lo más doloroso fué, que al frente se veía a una fuerte partida de esquimales, con sus trineos, que habían sido enviados desde un puesto de socorro para auxiliar a los náufragos. Por fin los indígenas se dieron cuenta de que era imposible humanamente imposible cruzar el estrecho, entre las islas y el continente, por medio de sus odres y trineos y se marcharon en busca de otro medio de auxilio. Un mes más duró aquella nueva y terrible situación, hasta que entre la bruma lejana pudo distinguirse a una pequeña embarcación noruega, que venía hacia el canal mientras que paralela a ella, siguiendo por la costa, venía un gran tren de trineos acompañado de numerosos esquimales y algunos europeos. Los náufragos del *Teddy* hacían señas desesperadas a sus salvadores. La navecilla noruega penetró al canal con sus siete tripulantes; pero ¡oh qué horror! fué tomada por un torbellino de témpanos que giraban furiosamente en un remolino, y después de unos segundos angustiosos, desapareció para siempre bajo los hielos traidores. De un solo golpe, los 7 audaces y heroicos camaradas, fueron sacrificados por las iras de los elementos polares.

Y un mes más todavía tuvieron que esperar aquellos desdichados, en la isla terrible. Casi al fin de la estación, cuando la temperatura había ascendido bastante, el mar se había aquietado y los témpanos eran menos numerosos, fué posible cruzar el canal sobre odres, y una vez en el continente, marchar aceleradamente sobre el desierto, por medio de trineos hasta la estación más cercana, donde fueron recogidos y repatriados por el vapor noruego *"Quest"*.

SENTENCIAS

—Util es la vergüenza que preserva del peligro.

—La miseria del generoso es vergüenza de los hombres de bien.

—Conveniente es ver por la desgracia ajena, lo que se debe evitar.

—Puede impedirse el bien pero no aniquilarlo.

—La vida es corta en sí misma, pero las desgracias la prolongan.

—La casta esposa, al obedecer a su marido, le manda.

—Más pronto llega el peligro cuando se le desprecia.

—La gloria del soberbio se trueca muy pronto en ignominia.

—Las cicatrices de la conciencia son heridas.

—Guárdate de considerar amigo a quien no hayas experimentado.

—La alegría de los malvados pronto se convierte en su pérdida.

—Obliga a irritarse al que amas, si quieres ser amado.

—Obliga rogando al superior que ruega.

—Oye a tu conciencia más que a tu opinión.

—Mejor es triunfar por la razón que por la cólera.

—Muchos encuentran consejo, pero el prudente lo aprovecha.

—El mejor consejero para el hombre es el tiempo.

—El desprecio es más sensible para el sabio que el golpe.

PUBLIO SYRO.






Crónicas de broadcasting

Por Tabanillo

Tema es este de la radiotelofonía, que no se por que causa ha dejado de merecer la atención de los hombres estudiosos, excepción hecha de los técnicos o peritos en la materia, que son los únicos que hasta ahora hacen gala de erudición en asunto tan vasto, puesto que el dominio o monopolio del espacio procura.

Presumo que se debe tal desinterés, al desconocimiento que una gran mayoría tiene respecto de las bondades de este nobilísimo invento cuyo porvenir no se alcanza, como tampoco en el presente se saben justipreciar los servicios que el mismo presta al público.

No he de entrar a hacer un estudio comparativo sobre las distintas broadcastings locales, en lo que a potencia de transmisión se refiere, pero sí procuraré destacar las razones que a mi ver han sustraído al público, de la radiotelegonía, que en principio tan fácilmente se



Señor Horacio Ho[illegible] de la Radio Broadcasting, quien no obstante su juventud, ha logrado poner en evidencia un espíritu de empresa y una clara visión de los destinos de la radiotelefonía, aptitudes éstas, que han sido sus mejores credenciales para conquistarse tan encumbrado cargo.

supo ganar decididos y entusiastas adeptos.

Puede decirse que a ella le ocurrió lo que a ciertas mujeres que no saben administrar sus ternuras. Se prodigó de tal manera, que nuestro público, ya versátil, acabó por hartarse de ella.

Y así, una sabia creación del genio humano, fué humillada al punto de correr idéntica suerte que las 'palabras cruzadas", que en una hora colocaron en los lindes de la vesanía, a doctos caballeros y zafios menestrales a damas de alto coturno y a fregatrices...

En la hora que podría llamarse inicial de nuestras actividades radiotelefónicas, resultó hasta de mal tono no ser radiómano y pasarse las horas con los teléfonos puestos en la penosa búsqueda de una estación propaladora; hoy, descaecido este arte por obra y gracia — mejor desgracia— de los mercaderes, de mal tono es, para cierta gente, centinuar dedicando preferente atención a la rediotelefonía.

La falta de inteligentes auspicios para los bien inspirados que se dedicaron con devota consagración a la radio, dió al traste con las mejores intenciones y terminó desanimando a quienes podrían haber impulsado decididamente la incipiente cultura artística de nuestro pueblo.

Así fué porque, por obra de ese espíritu de imitación de tan rancio abolengo criollo, surgieron los menos capaces, que improvisándose artistas, o arrogándose títulos de capacidad para saber organizar una transmisión radiotelefónica artística, ofrecieron audiciones que acabaron estragando el oído de muchos, cuando no malquistando al oyente culto con la radiotelefonía.

Desde entonces, el arte marchó a la zaga del utilitarismo, y así que la radiotelefonía mezcle hoy, con harta frecuencia, un aviso preconizando tal o cual antisárnico con un trozo escogido de Schumann; un recitado lírico con la reclame de una hostería, con mejor concurrencia que buena cocina...

El público, reniega, y hace bien, está en su derecho aunque de él no ha partido el deseo de fomentar un propósito que persiga ilustrar al pueblo, usando como cátedra, la tribuna rediotelefónica.

El radioescucha ,es exigente, juzga con suma severidad la labor del ejecutante radiotelefónico, cuya situación personal no comprende, puesto que éste, carece de los estímulos de quien se presenta en público, sino directamente a reclamar aplausos, por lo menos a merecerlos. Y más que exigente, el radioescucha es egoísta.

Su egoísmo lo demuestra, restando su palabra de aliento al que la merece, que, al fin... cuesta tan poco ser agradecido!...

¿Y qué menos que agradecimiento puede pedírsele al que con nada contribuye para el mantenimiento de las estaciones radiotelefónicas?

Primando el interés comercial, por sobre todo propósito artístico, es natural que hayan surgido esos consorcios o maridajes formados por el Arte y la Industria, ocurriendo con ellos lo que con ciertos matrimonios desavenidos, por culpa de la mujer.



Señor Eduardo Centanaro, actual Director Artístico de la L. O. T., de cuya consagración a tales funciones, depende en mucho el porvenir de la acreditada Broadcasting.

La Industria del Arte, no ha tardado en suplantar al arte mismo, y así que detrás de cada broadcasting, corrientemente encontraremos un mostrador..., con su correspondiente comerciante.

Y esto sería lo menos malo, siempre que el comerciante fuese un espíritu culto... pero: ¿Y cuándo no sucede así?

El fracaso de la L. O. X. es un ejemplo que confirma mi aserto, a pesar del pomposo título de esa casa de comercio; título que no ha servido más que como añagaza.

Y pasaré a ocuparme detenidamente de cada estación trasmisora.

* * *

Veamos hoy la "Radio Broadcasting', Estación Olivos, cuya característica L. O. T. responde al nombre de aquel sobrino de Abraham, cuya mujer, por quebrantar la prohibición celeste, al abondonar Sodoma, fué convertida en estatua de sal, como castigo.

Qué toma la L. O. T. desposada con el Arte, buena nota de esta condena, y procure siempre superarse para atender las reclamaciones de la opinión pública cuyas sanciones suelen ser inapelables.

Fundada esta Estación Radiotelefónica hace poco más de un año, ha logrado en tan reducido tiempo, colocarse a la vanguardia de las broadcastings suramedicanas, tanto por la excelencia de sus programas, cuanto por la perfección de sus trasmisiones que se reciben en todo el continente, con una regularidad ininterrumpida y nitidez perfecta.

Esto, fué lo que determinó a sus Directores, a solicitar con laudable propósito, la contribución intelectual de todos los diplomáticos americanos acreditados ante nuestro gobierno, en oportunidad del aniversario de la Independencia de sus respectivos países; fecha que se aprovechó en la L. O. T. para ofrecer como acto de adhesión al pueblo hermano, en su gloriosa efemérides una trasmisión especial, lo que viene a sentar un precedente magnífico que mucho ha de tomarse en cuenta en un futuro próximo, cuando la radiotelefonía cumpla un misión de alta diplomacia, con el intercambio permanente del pensamiento, que es la única base de toda sincera cordialidad.

Además, la L. O. T., ha hecho desfilar ante su micrófono a reputados hombres de ciencia, quienes, con la divulgación de consejos científicos, han prestado un estimable servicio al país. En el orden intelectual, se ha hecho cátedra de elocuencia, erudición y acendrado patriotismo.

Así que su obra cultural sea intensa y abarque todo su plan de acción. Se ha interesado a los poderes públicos para que busquen un auxiliar eficiente en la radiotelefonía, y esperan los directores de la L. O. T. poder dentro de breve término dar cima a sus más caras aspiraciones en tal sentido.

La labor artística desarrollada es ponderable, habiendo contribuído en mucho para el prestigio de esta estación aparte de los altos méritos de los ejecutantes, de quienes he de ocuparme detenidamente; su speager, el señor Federico Fauvin, espíritu culto, de gracejo inimitable, clara dicción y un concepto inteligente de la función que desempeña.

SERENIDAD

No vaciles. Espera. Dios es bueno.
Si tu fe no es esclava de la muerte,
ya verás como en lirio se convierte
cada gota que fuera de veneno.

El árbol, en otoño, se deshoja,
y se viste de verde en primavera...
Y el sol, que es el guardián de la Quimera,
del alma quieta el hielo que la moja.

El llanto es menester como la risa.
La flor del existir, también precisa
un poquito de sombra, o que pensar...

Elévate en tu fe, que Dios es bueno.
Si hoy te toca llorar, llora sereno,
¡que el llanto es otra forma de cantar!

ARTURO MARTINI.

Un arma y una flor

Por José Marotta

Enrique Fournier prorrumpió en una risita sarcástica y estridente, que se apagó sin eco en el ambiente del estudio estrecho, abarrotado de muebles, libracos y carpetas, y sus ojos metálicos lanzaron una mirada encendida y hosca. El doctor Albert, de pie delante de él, sostuvo aquella mirada hostil que quería entrar en su alma como un acerado puñal: pero la risa falsa y pérfida le hirió como una injuria, irritó sus nervios y sintió como un latigazo que produjole en todo su ser una impresión de dolor y de mortificación.

El otro, arrellenado en su profunda butaca de cuero oscuro, jugueteando con su larga boquilla de ámbar, sereno en apariencia, dijo:

—Tome asiento, doctor, y conversaremos. Puesto que debemos hacernos confidencias, que sea en el mismo tono de ayer, sin ironías, sin perder nuestra serenidad, sin asperezas de lenguaje...

—Sea como usted quiera. Me ha llamado, yo he venido. Pero usted sabe que tengo el tiempo medido y le agradecería...

—¿Tiene usted prisa? ¿Tiene asuntos urgentes? ¿Algunas consulta? ¿Alguna operación?... Me permite hacerle notar que, hasta ayer, nunca vino usted tan apurado... Al contrario, me parecía que usted venía a mi casa con placer, excluyendo la enfermedad de mi... de la señora. Y se entretenía y conversábamos... No me explico, pues ahora...

Y repitió su risita estridente y sarcástica que tanto irritaba al doctor Albert, que palideció.

Ambos eran completamente diferentes.

Elegante y aristocrático el uno, en su traje de mañana, morocho y vigoroso como un atleta, esbolto, rasurado y perfumado. Era el hombre que pasaba las noches ante una mesa de juego, los días en el volante, en las salas de esgrima, en los salones del club, tipo híbrido de "viveur" y de "sportman" con los sentidos estaragados, pero de fuerte musculatura, escéptico como un viejo don Juan y animoso como un torero madrileño.

El otro, el doctor Albert, era alto y delgado, siempre enfundado en su traje negro, de corte recto y severo: en sus ojos azules y serenos reflejábase toda la historia de su vida, vida de estudio, de sacrificios y de soledad; todo un carácter de hombre y de sabio, pero lleno de bondad y de sencillez: parecía un pastor anglicano por la limpidez hierático de su semblante, por la majestad de su voz, por lo importante de toda su persona, a pesar de que, de vez en cuando, animara su palidez alguna profunda e intensa manifestación de energía y de fuerza.

—Por favor, Fournier: dígame para qué me ha llamado... o permítame que me retire, pues debo entrar en mi clínica temprano, y...

—Seré breve, doctor, no se impaciente. Quiero hacerle unas preguntas... y espero me disculpará. Se trata de usted... quisiera me contestara. ¿Sabe usted lo que es un médico? O, para ser más preciso, ¿lo que debe ser un médico? ¿Quiere decírmelo?

—No le comprendo, Fournier.

—Me explicaré con un cuento. Oiga. Supongamos que yo sea un arruinado, con más vicios que pelos en la cabeza y más deudas que vicios; que tenga un tío millonario, de quien soy heredero, y que ese tío millonario, de quien soy heredero, y que ese tío esté enfermo. ¡Bien! Yo deseo la muerte de ese tío, cuya salud atiende un médico; llama a ese facultativo y le digo...

—Pero, señor, usted...

—¡Ah, usted lo sabe, doctor! ¡El médico no es un hombre, es un sacerdote! La profesión del médico no es tal profesión. ¡La medicina es la ciencia, es una misión, un apostolado! ¡A la cabecera de un enfermo el médico no debe tener personalidad, no debe tener egoísmo, no debe tener afectos ni pasiones, no debe tener sexo! ¡El que tiene entre sus manos la vida de un enfermo está por encima de la ley, por sobre toda conveniencia y toda sospecha! ¿Usted sabe todo eso, doctor?

Por la tercera vez la risita irritante y sarcástica de Enrique Fournier hirió los oídos y excitó los nervios de su interlocutor y sus ojos metálicos lanzaron una mirada encendida y hosca que penetraba como un acerado puñal en su alma.

Pálido y resuelto, el doctor preguntó:

—¿Qué quiere decir, usted, con eso?

Fournier púsose de pie encolerizado y violento y, con cara ceñuda y sombría, silbóle estas palabras:

—Quiere decir que tú eres un cobarde y un vil. Que has abusado de tu misión, de tu apostolado, de tu sacerdocio, para introducirte en mi casa y robarme, el cariño de mi amante, que debía ser para ti algo sagrado, una cosa inasequible, porque ella era la enferma y tú el médico. ¡Eres un vil, porque has abusado de tu misión y de mi confianza! Esto quería decirte y también esto otro...

Y levantó la mano pronta a abofetear al otro, lívido y abatido, el que silabeó:

—Está usted en su casa, señor, y un caballero...

Fournier se contuvo y añadió:

—Entonces enviaré quien se entienda con usted.

* * *

Afuera en la calle ruidosa, a la luz del sol del mediodía que ofendía sus pupilas como un cortina de fuego, el doctor Albert llamó un coche y se hizo conducir a su casa. De pronto, imágenes y pensamientos confusos atropellábanse vertiginosamente en su memoria trastornada. Las injurias recibidas agobiábanle como una pesada losa, sentíase humillado, degradado; sentía en sus sienes un frío círculo que le torturaba y su alma se doblegaba dolorosamente bajo la carga de una gran pena. El sueño de toda su vida se desvanecía; su obra continua, lenta, de todos los días, se desmoronaba a ese golpe fatal del destino que, quién sabe en qué parte recóndita de su ser, estaba forjando en él el protagonista de una tétrica tragedia, el personaje de una página tremenda, señalada por una horrible palabra.

Era verdad: él había amado, amado locamente a aquella mujer de muchas aventuras, tres veces casada, tres veces divorciada y ahora la amante de Fournier Demasiado hermosa, para poder resistir a su fascinación, de masiado amante, para no verse arrastrado en turbión vertiginoso, habíala querido desesperadamente, habíala sacrificado su dignidad, su honra, su porvenir, inmolándose todo sobre el altar rojo que su desenfrenada pasión había erigido a Beatriz. Era verdad: a la cabecera de la enferma no habíase sentado él como médico, sino como un hombre que se hallaba dominado por una llama de amor, su alma infantil, ingenua, encerrada en un círculo de frías fórmulas, había echado alas, habíase levantado hacia alturas desconocidas, hacia infinitos horizontes y él no había sabido dominarse, tentado por el nuevo miraje que entorpecía su voluntad.

Esas tardes apacibles, sobre la terraza florida expuesta a los brazos del golfo opalino, la soledad, el silencio, esa lluvia de hilos de seda en el aire, el aliento marino, sus manos entrelazadas y las miradas suaves de sus bellos ojos, todo habíase conjurado para ese fatal desenlace.

EL CHINGOLO

"El hombre cruge y no llora...
tirita cuando hace frío..."
Refran popular.

Tata Chingolo, un viejo criollo, hidalgo y servicial, era estoico a la manera de los antiguos autóctonos.

El dominar el dolor era para él atributo de varón y así el sonreir ante el sufrimiento y el mostrarse firme y sereno ante el zarpazo del infortunio.

La negra sirvienta de la casa decía de los chingolitos, cuando éstos lloraban:

—Hay que dejarlos lloran ahora que son chicos: con esas lágrimas lloran el dolor de toda su vida, ya que cuando grande no podrán hacerlo...

Era la filosofía de tata Chingolo.

Crecieron los hijos.

Los empezó a probar el dolor.

Venían junto a su padre.

Se quejaban, contaban sus penas, sus tristezas.

Y el viejo Chingolo sentenciaba, austero:

—El hombre cruge y no llora!

Y los chingolitos tenían una opresión de angustia, un nudo en la garganta; sentían el corazón apretado, pero secaban sus lágrimas y ahogaban sus sollozos.

Eran hombres!

Llegó una vez que no pudieron más:

—Tata, sufro.

—Aguante, mi hijo.

—Tiene un fin la humana resistencia...

Entonces tata Chingolo les compró una guitarra y los aconsejó:

—Canten.

Después del día sufrido, canta el chingolo y tú sabes que es su canto bello, espiritual y profundo.

Porque nace del dolor.

MONTIEL BALLESTEROS.

—No me han sanado tus drogas, más sí tu amor: no la ciencia, sí tu deseo. Te quiero.

—Es verdad: yo te amo.

Y su felicidad era bella como los crepúsculos.

¿Y ahora? Todo se ha desmoronado terriblemente. ¿Fournier le enviaría sus padrinos? ¿Haría pública la causa del duelo? No... no lo haría... Era un caballero... Quizá hubiera podido evitarse el escándalo, quizá nadie habría llegado jamás a saber la culpa con que él se había manchado, amando a quien hubiera debido ser para él sagrada y a quien sus deseos nunca hubieran debido rozar... ¡Cuánta pena! ¡Cuánta pena!

* * *

Cuando entró en su despacho, Ana, la sirvienta que después de la muerte de todos los suyos habíase quedado a su lado, le dijo:

—Señor, está esperándole la señora...

En el consultorio ella le aguardaba, curioseando en el gran armario de cristales relucientes, dentro del cual brillaban herramientas de cirugía de formas extrañas y tarros con etiquetas de nombres difíciles.

Sus ojos se cruzaron ,trenzáronse sus manos y ella, percatándose instantáneamente de su angustioso semblante, le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada, no te alarmes sin motivo. ¿Por qué has venido? ¡Sabes cuánto te quiero!

—Vine a buscarte. Ya no podía soportar tu ausencia de tres días. ¿Por qué? Yo te quiero, a ti te debo la vida y para ti quiero vivir... Pero, ¿qué te pasa esta mañana para estar tan triste? ¿Qué tienes Luis? ¡Dímelo, dímelo!

—Escúchame... He de decirte cosas muy graves que conspiran contra nuestro amor, contra nuestra vida. ¡Ah, yo no quisiera decirte nada!...

—Entonces ella adivinando:

—¿El?

El médico inclinó la cabeza, como dominado por un repentino desaliento.

—¿Nos ha descubierto?

—Sí. me llamó y me dijo...

—¿Te ha provocado?

—Sí...

Entonces ella rodeó con la cadena de sus brazos su cuello, lo besó profunda y largamente en los labios, aturdiéndole con su perfume.

—Escucha, amor mío... No importa, no me importa que él sepa... Todo este mal puede convertirse en bien... Yo no lo veré más, no quiero verle más. Desde este momento soy tuya, toda y exclusivamente tuya. Vámonos, lejos, lejos de aquí lejos del pasado, lejos de él. ¿Tú lo ves? Yo soy pura... Mi alma estaba enferma de un gran mal, ahmora estoy curada, y el médico fuiste tú.

Empero, esa palabra hirió su corazón como la punta fría de un puñal y el encanto fué roto y la dulce cadena de sus brazos desatóse.

—¡El médico! Tú lo has dicho: yo era tu médico y no debía, no debía. El me llamó vil, y dijo la verdad, porque cometí un sacrilegio. El me retará a un lance de honor; yo no debo aceptar, pues ha perdido ya mi honra. Y tú...

Ella sin embargo, se obtinaba en no comprender.

—Luis, tú no me amas.

* * *

No le quedaba de ella más que una flor. Tan sólo una flor roja, olvidada sobre la mesa de cristal, una corola roja cual llamarada sobre una mesa blanca y fría. Esa flor olvidada convirtióse en su sueño, el porvenir era una cosa obscura, indicisa; su corazón un músculo herido, despedazado. Todo era frío aterrador, cansancia angustria, torbellino de imágenes obscuras.

—Doctor — venía a decirle un enfermo a su despacho, — el número 30, el enfermo operado de un tumor al vientre, saldrá esta mañana del hospital. Quiere saludarle y agradecerle sus grandes cuidados.

¡Ah, ! ¡No, no! Ser objeto, de agradecimiento, de veneración como a un ser prodigioso superior a los seres humanos, ver tendidas hacia él las manos temblorosas del salvado, ver su cara humilde surcada de lágrimas de agradecimiento, oír las palabras:

"Ha devuelto usted un padre a sus hijos, me ha resucitado, doctor... quiero besar sus manos agradecido..."

¡No, no! Ya no era digno. Sus manos estaban manchadas, su corazón estaba manchado por un crímen que no merecía perdón, que debía ser expiado.

"¡Has abusado de tu misión, de tu apostolado, de tu sacerdocio!..."

Esta, era la verdad. Había traicionado la confianza, profanando el altar sobre cuya ara hubiera debido sacrificar todo..., todo..., su juventud, su amor, su vida... ¡Y todo por un alucinación, por un espejismo!

Y de ese espejismo no quedaba ahora más que una flor, tan sólo la mancha obscura de una hermosa flor roja sobre la fría blancura de la mesa de cristal. ¡La flor roja que ella dejara al separarse de él para siempre!

* * *

Encontró el arma brillante junto a la flor roja, sobre la mesa de frío cristal.

Sus dedos acariciaron por pocos instantes el gélido acero. Una crispación. Una ligera presión al gatillo.

¡Y el drama terminó!

LAS CAMPANAS

(*Especial para FRAY MOCHO*).

¡Campanas, campanas de la Candelaria
y los funerales de Semana Santa!
En las horas tristes y en las horas faustas
mueven su badajo todas las campanas.
la vida y la muerte así entrelazadas.

También en el barrio donde está mi casa
hay una capilla, hay una campana;
también en las noches serenas y claras
oigo su doliente, rústica palabra,
oigo de su bronce la humilde plegaria.

¿Qué oscuro mensaje estremece el alma
de la noche inmóvil, de la noche plácida?
¿Por qué entre las flores, junto a mi ventana,
se refleja siempre una imagen blanca,
como si me viera, como si me hablara?

Siempre me visita *la amada que calla*
en esas liturgias, vertiendo una lágrima;
no sé qué me aflige al verla tan pálida,
al sentirla próxima, próxima a mi cara,
en la mortecina quietud de la estancia.

Las horas que vienen, las horas que pasan,
los blandos tañidos de aquella campana
las van anunciando, como si anunciaran
el derrumbe lento de las esperanzas
que inundan mis ojos, mi frente, mi alma.

¡Campanas, campanas de la Candelaria
y los funerales de Semana Santa!
En las horas tristes y en las horas faustas
mueven su badajo todas las campanas:
la vida y la muerte así entrelazadas.

MOISES M. COHEN.

EL AJENJO

El ajenjo, planta herbácea, se encuentra en estado salvaje, pero se la cultiva también en los jardines. Las flores están dispuestas en espiga; son pequeñas y amarillentas. Los tallos están cubiertos de un vello blanquecino que les da un aspecto gris - ceniciento. Todas las partes de la planta despiden un olor penetrante y poseen un sabor muy amargo. Contiene un aceite esencial, una resina verde y otra muy amarga, la ajenjina. Su jugo es verde y contiene los principios activos, entre los que se cuenta el aceite esencial, Ese jugo, mezclado a otras verbas tales como la menta, el anís, la melaza y agregado al alcohol fuerte, forma el licor de ajenjo. Para el consumo se acostumbra tomarlo diluído en agua. El ajenjo provoca convulsiones, la imbecilidad y la demencia. En Francia, país donde se consume mucho, suministra los dos tercios de la población de las casas de alienados.

Las aventura de Irere, terror de los corazones

Los periódicos de Budapest se ocupan extensamente del caso extraño de una joven húngara, llamada Irene, que ha sido recientemente detenida.

Cuando la prendieron estaba vestida de hombre. La policía averiguó lo que sigue:

Irenes es hospiciana, y hasta los diez y siete años vivió con una familia que la había sacado de un asilo.

Cuando cumplió dicha edad se escapó de la casa donde vivía, se vistió de hombre y entró como aprendiz al servicio de un pintor. Le dijo que era hospiciano, y que se llamaba Eugenio.

Irene era bastante bonita, y vestida de hombre parecía un lindo mancebo.

Comenzó a frecuentar bailes de gente de pueblo, y observó que muchas jóvenes se enamoraban de ella, creyéndola hombre, naturalmente. Este éxito le dió la idea de explotar a las mujeres. Tuvo docenas de novias y a todas ellas les sacó dinero, prometiéndoles casarse; pero cuando le exigían el cumplimiento de su palabra, las abandonaba tranquilamente .

Ultimamente se dedicó a las damas de edad madura; pero una de ellas, a la que había sacado una suma considerable con la promesa de contraer matrimonio, la denunció a los tribunales por estafa, y entonces se ha descubierto todo.

Al publicar los periódicos la noticia de la detención de Irene, se presentaron más de 30 mujeres pidiendo indemnización por daños y perjuicios.

EL TALISMAN

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

En el tren que partió de Retiro con destino al Tigre, se encontraron Horacio y Raquel.

Los dos estaban invitados a la fiesta de Reyes que esa noche ofrecían a sus relaciones los esposos Wilson, en su magnífica residencia veraniega de Punta Chica.

Casi todos los pasajeros del vagón en que ellos se hallaron eran amigos, e iban a la fiesta. ¡Qué alegres estaban! Las mamás habían formado un grupo aparte, dejando a los jóvenes que tuvieran un rato de expansión.

Parecía que todos estaban dispuestos a pasar una noche feliz, entre risas y bullanguería, natural deleite de la gente joven, desbordante de ilusiones.

Sólo Raquel no participaba de aquel regocijo del alma, regocijo que hasta los ancianos buscan en ciertos momentos de su vida, para olvidarse de sus años, y que los jóvenes tan a menudo desprecian, inconscientes porque creen que les falta mucho camino por recorrer, para llegar a viejos.

La joven, sentada en el cómodo asiento, permanecía apartada de aquel grupo retozón, quieta y ensimismada quién sabe en qué pensamientos.

Cuando el asiento a su lado quedó vacío, por haberse levantado de él su compañera a contemplar desde la ventanilla opuesta el río de la Plata, admirando la belleza que las aguas presentaban a su vista, reflejndo la plateada luna, aproximóse Horacio a la joven, y sentándose a su lado preguntóle afectuosamente:

—¿Qué te pasa, Raquel? ¿Por qué estás tan callada?

—¡Oh, nada! Es decir... sí, me sucede algo muy original, que me pone cavilosa, y hasta triste.

—Y es... ¿puede saberse?

—Mira, Horacio, a tí que siempre has asumido para conmigo un aire de protección, te lo diré sin rodeos, pues como nos llevamos tantos años y me tratas de chiquilina, bien puedes darme un consejo cuerdo y sincero.

—¡Raquel, por favor! No me hagas más viejo de lo que soy; sólo nos llevamos doce años.

—¿Y te parece poco? ya tienes treinta. ¡Dichoso de tí que has llegado a esa edad!

—¿Estás apurada por ser anciana? — repuso Horacia en son de burla.

—Anciana, no; pero creo que a tu edad ya estaré casada. ¡Oh, qué lindo será ser señora!

—¿Tienes novio?

—No; tú serías el primero en saberlo si así fuera, y es esto precisamente lo que me preocupa, y en lo que estaba pensando cuando te acercaste a mí. ¿Por qué será que aún no lo tengo? Dime, Horacio: ¿soy tan insignificante?

—¡Pero, criatura! ¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie; sólo lo deduzco porque no han pedido mi mano.

Horacio creyó ver en las palabras de su compañera una coquetería de mujer, y repuso:

—¿No esperas una sorpresa de los Reyes, esta noche?

—¡Dios te oiga! Mira, en esta cajita llevo un par de zapatitos de bebé muy mononos. Todas las chicas llevamos nuestro par. Después de las 24 horas, ellas y yo colocaremos en la balaustrada de la terraza, uno de ellos, quedándonos con el compañero; se apagarán las luces, entonces los mozos tomarán un zapato de los allí colocados y tendrán que formar pareja con la joven que tiene el compañero del que hayan escogido, atendiéndola todo el resto de la noche. ¡Si hoy me aguardara una grata sorpresa y por este medio hallara novio, qué mujer dichosa sería!

—Eres demasiado niña para pensar en novios.

—¡No seas ridículo! De cincuenta chicas que concurrirán a esta fiesta, sólo diecinueve no estamos comprometidas.

Horacio guardó silencio y pensó: ¿No se estará insinuando la chicuela? El hacía tiempo que amaba en silencio a la joven, sin querérselo manifestar, a causa de la distancia de edad, y ahora ella se quejaba porque no tenía novio. ¿Será esto un reproche? — dijo. — ¡Oh, si fuera cierto mi sueño! ¿Qué mejor oportunidad que aquella para declararle su amor? Dirigiéndose nuevamente a Raquel ,díjole:

—Muéstrame esos zapatitos; deseo verlos.

—Míralos,—dijo la joven abriendo la caja y sacando de su interior unos hermosos zapatitos de raso rosa, con un precioso pompón de seda. Está prohibido el mostrarlos, pues así no tiene gracia, y si te hago el gusto es sólo para que no te vayas a chasquear, y sea cosa que los elijas creyendo que su dueña es otra. Son color rosa, celor del amor, según dicen. ¿Será esto verdad? Dime: ¿es todo rosa el amor? ¿No ha palpitado nunca tu corazón por alguna?... ¿Por qué callas?... Bueno, he estado indiscreta, ¿verdad? Perdóname.

¡Qué hermosa está Raquel, pensó Horacio. ¡Ya sabe fingir...! ¡Tiene arte en el disimulo! ¡Ya es toda una mujer.

Llegaron a Punta Chica y descendieron del tren formando una aleca por una rústica escalera de piedra que conducía directamente a la regia mansión de los Wilson, ubicada frente a la estación del ferrocarril.

Después de saludar Horacio a los dueños de casa, retiróse al jardín y sentándose en un banco púsose a meditar.

Parece que me ama, ¿qué más pruebas puedo desear? Ella me ha preferido a otro durante todo el trayecto... ¡Pero qué ciego he estado! Sí, sí ,esto está muy claro. Esta noche me decido y le declaro mi amor. Quiero formar cuanto anmi nidito con este preciosa criatura y hacerla feliz; tengo medios suficientes para ello; pues entonces, ¿a qué esperar más tiempo?

gre caravana que trepó la barran- ¡Benditos sean los santos reyes!

* * *

Unos minutos antes de media noche separáronse las parejas del salón, para poder presenciar el resultado de la elección de los zapatitos.

Las jóvenes, temerosas algunas, valientes otras, aguardan impacientes aquel momento decisivo, del que quizá dependiera, en el futuro, la felicidad, la desilusión, o la tragedia de sus vidas; para ellas esto era un acto solemne.

Al apagarse las luces, los mozos, desde el parque, subieron la escalinata de la terraza, provistos de linternas encendidas y tomaron cada uno una chinelita.

Nadie reía. Aquello era un cuadro imponente, un minuto de zozobra, pues nadie sabía lo que le tocaría en suerte.

A Horacio no le fué difícil hallar el zapatito de su amor, y tomándolo con ternura, lo escondió en el bolsillo de su saco.

Cuando se iluminó la terraza, todas las jóvenes corrieron en busca de su pareja. Raquel fué la única que no pudo dar con su compañero. Horacio, a pocos pasos de ella, la contemplaba, y al encontrarse sus miradas la joven comprendió, por la actitud de su amigo, lo que éste había hecho; entonces fué hacia él y le recriminó su acción.

—Horacio: tú tienes el compañero de mi zapato. ¡Eres un perverso! ¿Por qué has hecho esto conmigo?

—¡Raquel...!

—Sí... ¡malo! me hiciste confesar mi secreto, para burlarte de mí, robándome el talismán que quizá me hubiera traído la dicha; me has cortado mi destino con tu imprudencia; pero dí, ¿cuál fué tu intención al proceder de esta manera? ¡Y yo que te creía mi amigo!

—Y lo soy, Raquel... perdóname; fué un momento de locura que me cuesta caro; creedlo. Toma el zapatito y guárdalo para el año próximo; aún eres joven y puedes esperar, pero yo...

—¿Acaso tengo la culpa de tu celibato?

—Sí... porque me tienes por viejo; guarda este talismán, como tú le llamas, y que seas feliz.

—¡Qué esperanza! Ya no lo quiero; hemos formado la pareja y debemos de cumplir con nuestro destino. Dadme el brazo, vamos al salón.

Estuvieron juntos todo el resto de la noche, pero apenas desplegaron sus labios; era aquella una situación violenta para los dos.

* * *

En el tren de la madrugada de aquel 6 de Enero regresaron a la capital los invitados de los esposos Wilson.

Todos estaban alegres, menos Horacio y Raquel, los que sentados uno al lado del otro, pensaban en su noche de Reyes.

Horacio, con la mano en el bolsillo, acariciaba el zapato símbolo del amor y lamentaba su derrota, mientras Raquel lo miraba disimuladamente con lágrimas en sus ojos esquivando encontrar su mirada.

Fue distraída de su pena por las alegres voces de un grupo de amigas que llegaron junto a ella para felicitarla, diciéndole casi al oído:

—Chica, te envidiamos tu suerte y te felicitamos sinceramente. ¡Qué guardadito tenías el secreto, pero ya lo presumíamos! ¡Han estado espléndidos contigo los Reyes Magos! No puedes pretender nada mejor; te has pescado el mejor candidato de la temporada.

¡Cómo! ¿Luego ellas creían en su posible boda con Horacio? ¡Qué de ideas comenzaron a revolotear en su cabeza desde aquel instante! Ya no pensaba más que en las palabras de sus amigas. ¡Pero qué tonta era! ¿Por qué no podía ser la esposa de Horacio? ¡Ah!, ya comprendo todo; qué cruel he estado con él, ¡pobrecito! Siguió contemplándolo de reojo y lo halló buen mozo, interesante, bueno...

Al llegar a Retiro Horacio se levantó del asiento para despedirse de Raquel. Ella le extendió su diestra y luego, tomándolo tiernamente del brazo, se colgó de él, e introduciéndole en su bolsillo el compañero del zapatito que él ya tenía en su poder, díjole mimosamente:

—Toma, Horacio, y guárdalo junto al tuyo, hasta que nuestros hogares formen también un solo par.

UN PUEBLO

¡Oh, este tedio, entre el tedio del viejuco poblado,
este poblado austero que no tiene emoción,
ni vive una existencia de risa y de pecado
sino una vida extraña, de iglesia y caserón!

Yo, que soñé en un día la gracia indefinida
de un pueblo luminoso, pinos y azul, tremor,
donde el río glosase la canción de la vida
y cantasen las mozas dulces coplas de amor.

Calles amplias, caminos, huertos en flor y rosas
rumor de río entre las horas perezosas,
y canciones y risas en el atardecer...

No este pueblo arbitrario, atormentado y quieto,
que no sabe el encanto de un galante soneto,
ni de un corro de niñas, ni una voz de mujer.

JUAN LACOMBA.

Un poeta olvidado

PEDRO J. NAON

La lírica exquisita y armoniosa de Pedro J. Naón, tuvo su auge hace tres lustros, cuando aún la poética americana — a excepción de Rubén Darío, que ya había entrado con su renovación — proseguía las viejas corrientes impuestas por los primeros apolonidas.

La revolución que produjo en las letras la nueva tendencia del cantor de Nicaragua, abría rumbos despaciosamente. Aquella música excelsa, aquellas sonoridades exóticas que campeaban en sus alejandrinos y que el autor de "Azul" nos enviaba desde Francia en sus volúmenes, toda aquella gama de color dejaba en el mundo intelectual de América, como un aroma sutil de renovación.

Fué en esta época, precisamente, cuando empezó a brillar el númen poético de Pedro J. Naón. Su musa nueva, cálida y sutil, asombraba. Su primer libro "Siemprevivas", no sólo fué objeto de admiración en este país, sino también en España. Era en los días que llenaban las esferas poéticas del Uruguay, Chile y Argentina, los nombres de Ovidio Fernández Ríos, Angel Falco, Emilio Frugone, Armando Donoso, Alberto Ghiraldo y José de Maturana.

La pléyade de ultraístas, modernistas y realistas, no había empezado a luchar aún. Es decir, que la fuente principal que se ofrecía con su maravilla, estaba en la poesía clásica, honda y emotiva que poco a poco ha ido perdiendo sus apóstoles, y ahora las generaciones presentes, conservando aún un reflejo de ella, le han impreso un sello distinto dentro de moldes diferentes.

Naón, en ese entonces, estaba en todo su esplendor intelectual. Su firma se veía en revistas. Su figura se destacaba, gigante, luminosa.

Sin embargo, mucho de lo que contribuyó a ese olvido que lo envuelve, a ese silencio que se ha tejido en torno de su nombre, se debe a su retraimiento. Aristócrata en sus versos, aunque sencillo en su persona, concretábase a su mundo interior. Vivía para su huerto, para sus rosas. Era aplaudido y admirado en los ateneos y cenáculos, pero no trasponía sus versos al público. Si bien es cierto que en ese tiempo un poeta era un ser extraño y las escasas publicaciones que existían eran murallas infranqueables, Naón las había vencido, pero llevando siempre en alto el valor y la sinceridad de su investidura y el penacho de su orgullo.

Nunca dejóse vencer por el medio ambiente y ofrecía sus flores espirituales como esas rosas que brindan su pompón aún dentro la maraña de simbólica enredadera.

Sin detener el vuelo poderoso de sus alas, el poeta cantaba en el silencio. Todo el fuego de su corazón, toda la llama intrínseca que ocultaba en su alma y dejaba traslucir en sus poemas y asomaba en su rostro moreno e iluminaba sus ojos y avivaba la expresión de su sonrisa.

"Siemprevivas" fué su primer tomo de versos, el cual aparecía en 1898 y en 1901 nos dió "Eglantinas". En este ofertorio lírico, el estro del poeta conservaba más intacta que en sus ulteriores la emoción. Su alma tierna, impresionable ante el panteísmo, recobraba mayor empuje; así nos lo demuestra aquella estrofa:

"Recuerdas Púlvia, el esplendor que un día
"ciñó el Estío a tu celeste imagen?
"—La noche se dormía en las alturas
"de un regazo de estrellas rutilantes.
"La luz sobre las frondas
"se encendía en corimbos de cristales;
"Plegaba el aura tenue
"la grácil fimbria de tu irideo traje:
"Cuando al través de las rosadas "lilas
"del cenador del parque,
"ciñó la luna en tu imperial cabeza
"su tersa y blanca floración de encajes,
"y al filtrarse en las hebras de tus rizos
"se esparció en una lluvia de brillantes.

El mar con sus ondas cambiantes, los crepúsculos, los ponientes, la mujer, luz que volcaba para sus ojos la irisdicencia de su gracia, todo eso fué un incentivo para el gran soñador que más de una vez lo vi pasear por los bulevares con la caravana de sus ilusiones y la toga azul de su investidura.

Si con "Eglantinas", su segundo libro, Naón mostró toda su explosión lírica, en sus ulteriores "Trovas breves" y "Vespertinas", señaló todo su panteísmo ardoroso, su objetividad más que emotividad, pero unificada a la inspiración, enlazada a una armonía profunda y dominadora.

Su pasión por la naturaleza lo detenía ante lo bello del paisaje; al mar le hablaba en su idioma celestial, las nubes le traían mensajes de los dioses y en las puestas de sol, decía:

"En la esmeralda de los collados
"cae el flotante rayo de sol
"como un encaje de rosas de oro
"sobre un dormido mar de ilusión".

Las estrofas transcriptas señalan su poderosa imaginación y la aristocracia de su poesía flexible como una cabellera, sonora cual un cristal y suave a veces como un hálito de flor.

Y en "Visiones vespertinas", su obra póstuma, que apareció dos años después de su muerte, Naón reveló toda su suprema idealidad. Este libro lo escribió el poeta en el otoño de su vida, es decir, entre los 42 y 45 años, edad ésta en que creo falleció. La parca lo sorprendió en toda su potencia intelectual, cuando aun el vuelo de su fantasía se internaba más en el horizonte de sus visiones, cuando cantaba impresionado por una belleza de mujer:

"Sobre el mágico huerto de tu boca
"no florece el amor; pero abre el beso
"la púrpura sedienta de sus alas
"como una inquieta vibración de incendio".

Joven, vigoroso, fuerte, estaba el poeta, cuando con su mano fría vino la muerte a golpear sobre su corazón. Aún no había dado toda su riqueza, quien sabe cuántas facetas dormían en su espíritu y cuánto oro había en su corazón. Si esa parca no hubiese sellado para siempre sus labios, su tendencia nueva en la poesía hubiese orientado a muchos jóvenes poetas que andan extraviados por estrechos caminos, cantando rarezas y creando escuelas. Tal vez si se conocieran mucho más las obras de Naón, si su nombre llenara los ateneos, si el olvido que le han arrojado no cubriese su nombre, la fuente mágica de su verbo lírico sería prodigiosa para los que andan a tientas en el sendero tortuoso del arte. Pero nadie le sigue, nadie le interpreta, nadie le aplaude.

Como a muchos de los que han pasado sus mejores días rindiendo culto al dios Apolo, Naón está olvidado. Las nuevas generaciones ni saben que ha existido. Por ley fatal le tocó actuar en una época de decadencia artística en que las revoluciones y mala política agitaban este país. Si le hubiese cabido hacer en Francia, España o Italia, ya tendría su monumento de granito y su nombre flamearía como una gran bandera.

FELIX B. VISILLAC.

PERPLEJIDAD



EL VIGILANTE.—¿Será un borracho o un profesor de "charleston"?

El judío celoso

Simeón, acaudalado mercader de alfombras y sedas siente, allá en el fondo de su corazón, ciertos resquemorcillos de celos contra su esposa, la hermosísima y apetecible Rebeca.

Se fundan los celos en que Simeón tiene con frecuencia que ausentarse a recorrer con sus mercaderías los pueblos del contorno. El cabreado israelita no se despide nunca de Rebeca con esa confianza que un marido debe tener en su compañera... después de haberla encerrado en un baúl, con el armario encima.

Un día, con su sonrisilla envenenada, dice a la mujer:

—Toma, Rebequita, diez pesos. Y ahora, dime: cuando yo estoy ausente, ¿no viene nadie aquí?

—Nadie.

—Entonces, devuélveme los diez pesos.

La gordura, la papada, la grasa, el cuerpo deformado, la pesadilla de la mujer que empieza a madurar, es horrible para la poseedora de tales deformidades y desagradable para el que las comtempla.

Pero en su auxilio ha venido la cirugía moderna. Los antiguos cosméticos no sirven para nada; el cirujano plástico lo arregla todo.

"Míreme — decía una dama a uno de estos embellecedores del cuerpo humano—; soy una cosa horrible: un anacronismo; es necesario: ya me ha arreglado usted la cara, pero necesito que me vuelva nueva, desde el mentón hasta mis pies. Quiero brazos nuevos, y caderas, cuanto pueda ser factible".

Desde entonces peticiones como la anterior se han sucedido sin interrupción.

La primera de estas operaciones, de cambiar por completo un cuerpo feo y antiestético, en un gentil y airoso, se hizo con una actriz norteamericana, a la cual, el empresario del teatro que en Broadwag, iba a poner una obra de gran espécta ulo, dijo a la cómica: Usted es una buena actriz, bonita de cara, pero sus redondeces por delante, de lado y por detrás, son demasiado generosas para que aparezcan en el escenario.

El cirujano se encontró con el problema de convertir el cuerpo de una jamona en la elegante silueta de una muchacha de dieciséis años.

Así lo hizo, y empezó por trazar con un pincelito y pintura de anilina en el cuerpo de la paciente un

La cirugía embelleciendo el cuerpo

diagrama del perfecto cono del busto femenino que había de modelar. Trazó un círculo, base del cono, y midió los centímetros para ver la cantidad de piel y tejido adiposo que había de quitar. Luego otro círculo mucho más grande y unos pequeños cálculos. Durante este período de medida la paciente permanece sentada en una silla de operaciones, sometida a los cálculos exáctos que el cirujano halle en su piel.

El primer paso después de esto es la preparación para la operación quirúrgica, y en seguida el éter.

El doctor corta alrededor de los dos círculos marcados con anilina, quitando un cinturón de dermis y epidermis alrededor del tejido adiposo, que extrae con unas tijeras especiales, y luego une las dos partes libres de piel, sujetándolas con unos ganchitos de plata de su invención y procede a la sutura sin peligro de rasgarla. Al cabo de una semana apenas se nota la cicatriz.

Durante los primeros días de cicatrización la parte del busto operada permanece perfectamente vendada; pero por lo general el paciente puede salir de la clínica a las veinticuatro horas de operado, y a los ocho días puede hacer su vida normal.

En la primera operación, el cirujano plástico, la actriz operada y el público, se convencieron de que un saco de grasa podrá en ocho días ser convertido en una Venus de Milo.

Estos son los principales pasos para hacer que una matrona de cuarenta y cinco años adquiera la elegante silueta que tenía o cree haber tenido a los diez y seis.

El trabajo del cirujano escultor es muy difícil, porque lo que se ha hecho con una persona no puede hacerse con otra, y los cálculos geométricos varían con cada paciente, porque así como no hay dos ojos ni dos orejas, exactamente iguales, tampoco se encuentran dos bustos idénticos. La naturaleza no emplea en su trabajo moldes ni sacabocados, y el cirujano plástico, por consiguiente, tampoco ha de emplearlos.

Varios son ya los operadores que en Nueva York han alcanzado fama con el éxito de sus operaciones, sobre todo en lo que se refiere a reducir caderas y cinturas, lo que se consigue con dos largas incisiones: la una de unos veinticinco centímetros en el frente del torso, y la otra al lado casi bajo el brazo. Por estas incisiones el cirujano extrae la grasa superflua, y va modelando y cosiendo, teniendo cuidado de modelar en cada operación un solo lado, juzgando con ojo artístico la línea de la nueva cintura.

Según los cirujanos, hay que tratar a la paciente como una niña, lo hace con una muñeca de trapo que tiene que rellenar con serrín, teniendo cuidado que todos los lados sean simétricos; pero el cirujano tiene que tener más cuidado, pues la niña puede poner y quitar serrín, y el cirujano sólo puede quitar, y esto ha de hacerlo con exacta precisión.

Lo mismo se hace con los brazos exageradamente gruesos. Todo se reduce a hacer las incisiones en el lugar debido, extraer la cantidad exacta de tejido adiposo, cortar la piel sobrante y coser. Las cicatrices que quedan son apenas perceptibles.

La operación que más ha llamado la atención en los Estados Unidos es la que se ha llevado a cabo con la artística lírica Truly Shattuck, a la que se le extrajeron sesenta y cuatro kilos de grasa, y su enorme cintura de ciento treinta y seis centímetros quedó reducida a ochenta centímetros.

Pero esta señora, con la edad, y a fuerza de obligar a los pies a sostener un gran peso, tenía deformadas las extremidades inferiores. El pie, largo; los salientes y abultados juanetes eran la pesadilla de la actriz. Aquellas "patas" no correspondían a la elegancia y esbeltez adquirida por su cuerpo.

El operador logró dar a la actriz unos piececitos a la altura de su gentil figura, seccionando los huesos del pie.

S. M. Mario I rey de los Sedangs

Marie David de Meyrena, conde de Ray, el hombre de personalidad definida de gran valor, de ilimitada confianza en sí mismo, de vanidad maravillosa, nació varios siglos después de lo que convenía a su temperamento. De haber nacido hace tres o cuatrocientos años, otra hubiera sido la historia de Mario I, rey de los Sedangs.

Le hemos conocido, no en su esplendor, sino en su desgracia, cuando Francia le puso la proa, y más tarde, cuando el pedazo de tierra encantada, llamada Tioman, la isla del mar de la China en la costa de Pahang, ya no era sino una prisión y el pacífico refugio de su espíritu quieto y vagabundo.

Era un atleta de ancho pecho, largas piernas, negro bigote y barba gris. Sus facciones eran enérgicas, bruscamente dibujadas, boca de gesto cruel, ojos negros, cejas espesas y negras, unidas, ancha frente y mirada penetrante, cínica, feroz.

Era de fuerzas hercúleas, gran tirador, de pasiones violentas, indomable carácter, cabecilla de guerrilleros, inquieta y decidido, que supo dejar recuerdo de su nombre en el interior de Annam, cuando sólo los misioneros católicos se atrevían a penetrar en las salvajes regiones de Indochina.

Su valor, su magnético poder personal hizo que los indígenes le admiraran primero, le adoraran luego, le temieran después, y, por último, le hicieron rey de su pueblo.

Los misioneros, al ver a aquellos salvajes sometidos a la voluntad de un blanco, le prestaron su apoyo, y él, en pago, declaró oficial la religión católica en su reino de Sedang; pero era demasiado listo para inmiscuirse en la religión de los mahometanos, a la que pertenecían la mayoría de sus súbditos, para lo cual se declaró verdadero creyente de Allah y de su Profeta.

Como buen francés, apenas calentado su trono eligió insignia para su nuevo reino. La bandera y el escudo nacionales los formaban una estrella blanca con una cruz roja en el centro en campo de azul, o azur, según el término heráldico, e instituyó la orden de Mario I, cuyas insignias hicieron los orfebres de Hongkong, y con las que condecoró a sus sacerdotes y funcionarios.

Magníficamente ataviado, el rey de los Sedangs, sentado en un elefante, adornado con esplendidez oriental, se presentó a sus súbditos que, prosternados, le aclamaron y acataron.

Las autoridades francesas de la costa, entre burlonas y serias, le dejaron hacer.

Mario de Mayrena, conde de Ray y rey de los Sedangs, era ambicioso, y no contento con su pequeño reino quiso uno mayor, igual en rango a los de otros príncipes asiáticos independientes, y establecer una monarquía hereditaria para un heredero que aún no había nacido.

Para ello, en el verano de 1889, Su Majestad Mario I se presentó en Hongkong a visitar a las personalidades y autoridades, a las que envió grandes tarjetones en los que se leía: "S. M. le Roi des Sedangs".

Desde el gobernador hasta el último comerciante un poco significado condecoró con la orden de Mario I, y después de varias pomposas y ridículas ceremonias trató de desarrollar el plan que le asegurase un glorioso futuro.

Pensó hacer un empréstito; pero las autoridades francesas, que le habían dejado en paz, mientras vivía en el interior, fuera de su alcance, al tenerle allí le desterraron de un plumazo.

Entonces Mario I, profeta desconocido en su país, solemne y públicamente respondió a Francia.

La seriedad, la ostentación ridícula de la ceremonia provocó la risa general.

Entonces Su Majestad declaró la guerar a Francia, y envió un teleguerra a Francia, y envió un televicios, al entonces recientemente coronado emperador Guillermo, pero el telegrama no pasó de Saigón; nunca llegó a su destino.

En Saigón la indignación fué grande. ¡Ofrecer un francés sus servicios a una colonia al entonces odiado alemán!

En oficinas, en los cafés, en las casas particulares la excitación de los franceses era enorme: los señores "decorés" hacían latir hasta los rojos caramelos de los Alpes que llevaban en las solapas de sus levitas. Al ver que los franceses le tomaban en serio, Mario I se creyó un verdadero personaje.

Se hizo el mártir perseguido y traicionado, y hablaba de una orden, en la que según un Consejo sumarísimo, se le condenada a muerte, de la que había sacado una copia conseguida con grandes dificultades y desembolsos que decía lacónicamente: "Fusílenle", y exclamaba indignado: ¡Así es como Francia trata a las testas coronadas!"

Sus partidarios echaron un guante para pagarle el pasaje hasta Europa, y Mario I recibió el donativo, no como quien recibe un favor, sino como quien lo otorga. Habló de las mercedes que concedería a los suyos cuando volviese a su reino y embarcó, y se embarcó para Alemania.

Durante meses no se supo más de él hasta que se corrió la noticia de que estaba en la cárcel de Ostende por deudas.

Más tarde se supo que se había presentado en el Parlamento inglés, donde fué muy bien recibido; pero luego se supo que la dama que presentó como su augusta esposa era una damisela de no muy buena reputación, en cierto café cantante de París. Otra vez se hizo el silencio sobre la vida de S. M. Mario I, hasta que un buen día desembarcó en Singapur.

El rey de los Sedangs había formado un sindicato de negociantes belgas para explotar su reino, y había entregado una buena suma de dinero a su soberano.

Mario I había elegido, entre los nuevos colonos, unos cuantos individuos ansiosos de cintajos y títulos como sus consejeros.

Las vecinas autoridades francesas no vieron con buenos ojos la llegada del rey con sus cortesanos belgas; lo tomaron en serio. El telégrafo no cesaba de funcionar enviando a París telegramas alarmantes, y Francia pasó notas a Inglaterra.

El Gobierno británico no tuvo más remedio ante la insistencia del Quai d'Orsay que complacerle, y notificó a Su Majestad que las autoridades inglesas no podían consentirle que hiciese de Singapur ni de ninguna otra colonia británica, base de sus operaciones.

Contestó en una carta que firmaba Mario Rey, que él no deseaba otra cosa, sino ir a su reino, y que prohibía que nadie se mezclase en sus asuntos; a lo que se le replicó que a la menor muestra de hostilidad hacia Francia sería prendido al momento.

Se acordó del famoso "Fusílenle", de la perfidia de Albión; se forjó mil cosas terribles, y sin decir nada a sus súbditos belgas, sino a su presidente del Consejo de Ministro, una noche desapareció de Singapur, para ir a parar a la pequeña isla de Tioman, en el mar de China, que como sólo es protectorado inglés y no colonia británica se consideró inseguro. Allí, falto de recursos y abandonado de todos, murió Mario I, sin que se sepa fijamente cuál fué la causa de su muerte.

Las narices

La nariz puntiaguda es indicio de carácter impetuoso; la grande y apuntada denota perfidia; la gruesa y redondeada, significa gran bravura; la larga y ganchuda, indica el instinto del robo y de la rapiña. Una elevación hacia la mitad de la nariz, es señal de buen criterio y de valor.

Los ingenios tienen nariz larga y con grandes orificios.

La nariz aguileña es generalmente indicadora de un temperamento pasional y autoritario. Ciro, Constantino, Dante, Condé, Luis XIV y Napoleón tenían nariz aguileña.

Quien tiene pelos en la nariz es bueno y sencillo. "Uomo buono, naso peloso", dice un refrán italiano.

El gran pintor Horacio Vernet decía que la nariz es el órgano más importante de la máquina humana. Lo ve todo, lo huele todo, y basta una pequeña toma de rapé para que el sistema nervioso y el muscular se sacudan con el estornudo.

Las mujeres tártaras, que tienen narices bastante respetables, encuentran enjambres de adoradores.

En el Japón se consideran bellas las narices finas y un poco encorvadas; mientras que los chinos gustan de las ñatas y los negros, de las cortas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.º suelto	20 cts.	N.º suelto	25 cts.		
N.º atrasado	40 „	N.º atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

TEATROS

TEMAS DE VERANO

El optimismo de los cómicos

Nunca como en esta estación es más fácil, más claro, más evidente, el optimismo de los comediantes. Gente que vive soñando en el aplauso, "la loca de la casa" los esclaviza durante el período estival. Como la mayoría están desocupados, mejor dicho, descansando, el ocio los conduce a cafés y vestíbulos de teatros en busca de interlocutor. El cómico tiene muy desarrollado el espíritu de asociación. No puede vivir solo. Necesita más que ningún otro profesional del contacto humano y, sobre todo, del contacto de personas de su misma profesión.

En enero se encuentran desparramados por la calle Corrientes, llenando los bars y comercios afines. En torno de las mesas, apurando su copa de cerveza o de café, charlan y charlan exclusivamente de cosas de la farándula. Todas estas conversaciones se encarrilan hacia la temporada que se inaugurará en marzo. Cada uno hace cálculos sobre el éxito de la compañía en que actuará, no habiendo ninguno que dude de ello. Por mal que haya trabajado ese conjunto en la temporada anterior, al cómico no le faltan argumentos para asegurar que, si el año pasado fué mal, ello se debió solamente a tal o cual factor, el cual, desaparecido ya, asegura el éxito de la nueva "season".

Es curioso observar cómo el cómico no cree nunca en el fracaso. Su optimismo "enragé" es dueño y señor de todos sus pensamientos y no deja filtrar en su mente ideas negativas. Temporadas en pleno período comatoso, no son consideradas tales por el cómico, quien siempre espera un repunte que la enderezará definitivamente.

Nadie ignora que en 1926 casi todas las salas dedicadas al teatro nacional sufrieron una merma considerable en las entradas de boletería. Un poco por las obras, otro poco por la deficiente organización de los conjuntos y otro poco por el público, que demuestra estar ya un tanto fatigado del ingenio criollo, el caso es que los negocios teatrales no proporcionaron las pingües ganancias de otros años.

Empresarios, autores, críticos, estudian el fenómeno y buscan la solución. Todos, menos los cómicos que siguen creyendo en que las cosas están arregladas. ¡Bendito optimismo!

MUSICA EN EL AVENIDA

Desalojado el escenario del Avenida por la compañía de zarzuela española que dirigía Manolo Fernández, ha sido fácil cubrir "el hueco".

El maestro Arturo De Angelis, que cuando no tiene una compañía lista para debutar en cualquier escenario, la está gestando, aprovechó la coyuntura para introducir su cuadro en el teatro de la Avenida de Mayo. Dicho y hecho. El martes se produjo la cosa y por cierto que la cosa fué bien, a juzgar por la cantidad de gente que asistió al espectáculo inaugural.

IDEM EN EL SARMIENTO

Ya dijimos en el número anterior que la lírica italiana del Sarmiento desafiaba con éxito el calor y se resistía espartanamente a caer vencida. Hoy debemos agregar que el maestro Capizzano, bajo cuya batuta se canta, se siente más optimista que nunca, ya que ha logrado interesar a bastante público aficionado al "bel canto".

Con efecto, la sala del Sarmiento se ve noche a noche poblada de mucha gente que aplaude las discretas versiones de óperas italianas que se hacen allí y no es aventurado predecir que la temporada se prolongará si nada anormal sucede. Hay que ver que en verano los cómicos se enojan por un quítame allá esas pajas y de buenas a primeras plantan la compañía.

Para mayores datos dirigirse a la Asencio...

DEL REINO REVISTERIL

El Maipo es la única sala que hace revistas en esta dura cuesta de enero y quizás por esto atrae a los últimos admiradores del género bataclánico, que agoniza lentamente, con mansedumbre de atardecer, como diría cualquier poeta que no escribe revistas...

"A divertirse, muchachos" y "Para todos los gustos", llenan su misión de entretener a los que están aburridos del balneario y del rosedal de Palermo. Bien es verdad que algunos van al Maipo para ver lo que se ve en el balneario, pues nadie ignora que en esta estación las chicas visten de riguroso bataclán y no existe mucha diferencia entre las revistas que se representan en los teatros y las que se ofrecen en el escenario municipal de la vía pública...

LA COMPAÑIA DEL NACIONAL

Como anunciamos en ediciones anteriores, la compañía nacional de Pascual Carcavallo suspenderá sus funciones durante el mes de febrero, para reaparecer inaugurando la temporada oficial de 1927, en la primera quincena de marzo.

El elenco, que ha sufrido muy pocas alternativas, ha quedado constituído así:

Actrices: Olinda Bozán, Rosa Arrieta, Rosa Catá, Amelia Sinisterra, Mecha López, Libertad Lamarque, Isabel Figlioli, Esther Cantello, Emilia Pecci, N. Pecci, Carmen Merlo, Luisa Merlo, Olindita Gretualdi.

Actores: Martín Zabalúa, Santiago Arrieta, Gregorio Ciccarelli, Efraín Cantello, Samuel Jiménez, Félix Mutarelli, Francisco Busto, José Otal, Valerio Castellini, José Ceglie, Samuel Viltes, Francisco López, Luis Laino, Angel Boamonde, F. Ochoa, O. Laplacete, José García y N. Guarrochena.

Apuntador, José Martínez; "regisseur", Carlos Salvani; orquesta típica Merico.

La dirección escénica seguirá a cargo del señor Atilio Supparo. La empresa cuenta ya en cartera con obras de Martínez Payva, Yamandú Rodríguez y otros autores que proveen al cartel del Nacional.

FLORIA MARRONE

Esta interesante actriz italiana que actuó últimamente en el Marconi, termina de presentarse con su compañía en el Excelsior, determinando una abundante afluencia de público.

Los dramas y comedias que representa esta actriz, si bien ya conocidos, interesan por la interpretación que les da aquella artista, de buenas aptitudes para cultivar el arte de Talía.

Esperemos, pues, que en el Excelsior tenga más suerte la Marrone y que consiga desarrollar una discreta temporadita, a favor de lo cual coadyuva la inclinación del público de ese barrio, donde el que no es italiano es hijo del "paese del arte".

FUE ARRENDADO EL VICTORIA

Hay teatros a los que persigue una "guigne" feroz. El Victoria, entre ellos. Allí se ha explotado de todo, pero nada perdura. Es un escenario voluble como una tiple de opereta. Nada resiste. Debuta un elenco español de dramas y a poco le reemplaza una lírica italiana o una opereta "internacional".

El Victoria pasa cada rato de mano en mano. Ahora acaba de arrendarlo la empresa del señor E. Guiró, quien se propone enderezarlo definitivamente. Allá veremos lo que resulta. Por lo pronto, se anuncia para el mes de marzo próximo una temporada de comedias y dramas, por una compañía española que encabezará el excelente actor Pedro Codina.

EL CIRCO

De verano, basta ver el precio de las localidades para saber si un espectáculo gusta. Es el mejor termómetro. Los tres pesitos que exigen en el San Martín para penetrar en la sala, demuestran que el circo alemán Holdem "ha pegado". Efectivamente es así. Numerosísimo público acude a los espectáculos diversos y todos atrayentes de ese conjunto y los sábados y domingos se llena por completo el recinto. La gente sale satisfecha de las cosas que allí ve y no faltan los que vuelven a la noche siguiente.

Tenemos circo para rato.

POR EL SMART

El conjunto de José Casamayor, después de conquistar un buen éxito con "El ciruja", se dispone a repasar el repertorio pochadesco que es el que más complace al público porteño en verano. A tal fin, mientras escribimos estas líneas, los programas anuncian las siguientes reposiciones de "¿No tiene nada que declarar?" y "Pases, boletos y abonos", dos producciones muy vistas pero que se pueden seguir viendo tanto en verano como en invierno.

El cuadro reunido por el elegante actor no es cosa extraordinaria, pero las representaciones con correctas y esto es suficiente, ya que este fenómeno es realmente un fenómeno en las temporadas estivales.

BONO

Esta palabra que en italiano significa bueno y en castellano representa un documento de importancia algunas veces, corresponde en el mundo de nuestra farándula a un inteligente actor, quien como informamos ya, ha recluído un conjunto de actores con el que se presentó en el teatro Príncipe con envidiable éxito.

Juan Bono es un muchacho esforzado, bravo para la lucha y estas condiciones permiten hacer pensar que, con un poco de fortuna, llegará a interesar al vecindario de las proximidades del regio teatro. Así sea.

ARELLANO SE DIVISA...

El aplaudido actor Enrique Arellano ha reunido elementos artísticos discretos y hase presentado en el Pueyrredón, de Flores, hace pocas noches. Arellano representa de todo un poco. Su eclecticismo y flexibilidad le permiten saltar de la comedia de salón al sainete y de éste al drama serio y bien hablado. Es así como su cartel es algo así como un muestrario de géneros teatrales. Para pronto, anuncia "La divisa punzó", de Paul Groussac, que él estrenó estando con la Quiroga en la Opera. Se divisa ya la divisa...

CASINO

Continúa siendo la más fuerte atracción del cartel de esta sala el oscuro fakir Blacaman, el hombre que juega con la muerte, según le llaman. Es sin duda interesante lo que hace el nombrado fakir. Lástima que no sientan deseos de imitarlo los Antía, Llacoy y compañía, que no juegan con la muerte propia, pero que se la dan a los demás.

GRAN SPLENDID

Numerosas familias de la mejor sociedad porteña se congregan en esta aristocrática sala, para presenciar los notables espectáculos cinematográficos que en ella se ofrecen.

No obstante ser impropicia la estación para encerrarse en locales cerrados, la permanencia en el Grand Splendid es siempre muy agradable, tanto por el número de ventiladores como por otras disposiciones adoptadas por la empresa para favorecer la entrada del aire.

En esta semana, el cartel brindrá películas de gran atracción, determinando seguramente una buena afluencia de concurrentes.

CAPITOL

Muy pobladas se han visto las funciones efectuadas en estos últimos días en la bella sala de la calle Santa Fe, que de tanto prestigio goza entre las familias calificadas. Anuncia la empresa una serie de cintas admirables para fecha próxima, lo cual reafirmará el interés del público por presenciar las funciones.

CINE PARC

De todo punto agradables resultaron los espectáculos cinematográficos ofrecidos en esta grandiosa sala de Palermo, siempre concurrida por familias distinguidas.

Para la semana en curso, se ha preparado un programa excelente, que hace descontar el éxito de las funciones. El administrador de la sala, don Ramón J. Lecuona, ha reafirmado entre los habitués su prestigio de persona culta y fina, de maneras muy amables, que le hacen simpático a todos.

RADIOTELEFONIA

LOS USOS DE LAS COMUNICACIONES POR RADIO

El común de las gentes tiene una idea bastante errónea del uso que tienen las ondas de radio, desde el punto de vista comercial y de los aficionados. Esta división no es perfectamente visible, pues hay muchas ondas en las cuales las compañías comerciales han instalado sus transmisiones, haciendo caso omiso de las protestas más o menos bien fundadas de los aficionados que se veían así perturbados, por las transmisiones comerciales. Sin embargo esto bien visto no tiene razón de ser, por cuanto los mismos aficionados han dicho que tiene su radio, no sólo desde el punto de vista del espacimiento que ello les produce, sino por ideales más altos como son el progreso de la ciencia, a la cual han prestado servicio innegable por medio de sus experiencias, las cuales si bien no han sido llevadas como las que luego han iniciado las grandes compañías, han permitido vislumbrar las posibilidades de orientar los ensayos en tal o cual sentido, descartando de antemano muchas experiencias, que sólo hubieran tenido como resultado la pérdida de tiempo y dinero en grandes cantidades.

Por ello los gobiernos en los últimos tiempos, procediendo con un criterio enteramente acertado, han dejado a los aficionados en las últimas bandas de ondas adonde fueron relegados, a pesar que éstas resultaron con la práctica las más eficientes de todas; pero vamos a comenzar la descripción de las distintas bandas de ondas que existen y los usos a que están destinadas, para luego volver a este asunto de las ondas de los aficionados y las compañías comerciales y gobiernos.

Hemos dicho en otras ocasiones, que las comunicaciones de radio se pueden hacer en ondas que varían, desde 5 metros hasta 25.000 metros; veamos en la forma que las comunicaciones de radio ocupan estas ondas.

Desde los 25.000 metros hasta los 5000, las ondas estan enteramente ocupadas por las comunicaciones de las grandes compañías que se dedican al tráfico internacional y algunas estaciones de los distintos gobiernos, pero puede asegurarse que estos entran en número muy mínimo, pero como estas ondas, por razones técnicas son muy abiertas es decir que producen una interferencia enorme, solo caben en los 20000 metros nada más que algunas estaciones, que tal vez no pasen de 200, las cuales cabrían con una facilidad en la banda de la onda corta entre los 25 y 28 metros más o menos.

Debajo de los 5000 metros hasta los 1000, los gobiernos por medio de sus estaciones costeras más poderosas ocupan la totalidad de la banda, estas estaciones casi generalmente estan dedicadas al tráfico de comunicaciones navales y costeras.



Entre los 1000 metros y 600, las ondas estan ocupadas por las comunicaciones del ejército y especialmente por las estaciones costeras, las cuales usan casi generalmente alrededor de 800 metros. Una cosa que generalmente ignora la mayoría de las personas, es que todos los barcos generalmente del mundo sin excepción, deben transmitir sus llamadas en 600 metros de onda, con lo cual como es natural en esa banda se producen las mayores interferencias, las cuales felizmente como en los barcos las estaciones no son muy potentes se ven disminuidas por las distancias a que estos se encuentran generalmente.

El reino soberano de los broadcasting empieza en los 600 metros para terminar en los 150 más o menos, aún cuando esto empieza ahora a variar, pues en Europa es fácil ver Broadcasting que funcionan en los 1000 metros más o menos, aun cuando el resultado es bastante malo con respecto al alcance, además en los últimos tiempos y al notar las ventajas de la onda corta numerosos broadcastings, especialmente los Americanos se dedicaron a hacer experiencias en esta clase de ondas y KDKA un broadcasting americano de Pitsburg, fué el primero que en la onda de 100 metros comenzó sus audiciones regulares en combinación con el programa de la estación grande en 350 metros, actualmente son varias las estaciones de propalación que emiten en estas ondas.

Los aficionados y gobiernos han acaparado para sí la banda de onda comprendida debajo de los 150 metros y los resultados han resultado tan asombrosos que puede decirse sin temor que el auge y progreso de la radio se debe sin duda al "descubrimiento" de la onda corta.

Este episodio del "descubrimiento" de la onda corta, merece contarse por lo interesante de el, cuando Marconi comenzó sus primeras experencias las hizo empleando longitudes de onda, que variaban alrededor de los 50 metros, pero las dificultades de sintonización y el desconocimiento de la manera de comportarse estas ondas en el espacio y en los conductores eléctricos, hizo, que tanto Marconi como los otros experimentadores que en ese entonces se dedicaban al estudio de la radio, que las ondas de este tipo no servía para nada, con lo cual las investigaciones se iniciaron en las ondas largas al punto que se creyó fundadamente que mientras mayor era la longitud de la onda, mejores serían los resultados. Así se fué en la escala ascendiendo hasta que la estación de Sainte Assise, llegó al máximo posible con sus 25000 metros de onda y el límite menor los alcanzaron los barcos con 600, esto siguió así durante mucho tiempo, tanto más que numerosos hombres de ciencia con un incompleto conocimiento del asunto, aseguraron por medio de fórmulas matemáticas que el alcance de una estación, estaba en relación con el largo de la onda tal fué por ejemplo, la fórmula de Austin, que descartaba en absoluto las ondas menores de un cierto número de metros, para las comunicacionse regulares.

Naturalmente, que en vista de esto se descartó completamente del uso comercial, las ondas que se consideraron cortas, es decir debajo de los 200 metros, y con tal motivo cuando los aficionados aparecieron en el espacio, especialmente en Norte América, no se encontró nada mejor que darle para su uso las ondas que se consideraban inútiles para la comunicación, ya que se consideraba que los aficionados sólo perderían el tiempo con la radio.

Estos al principio se quedaron en tales ondas, pero cuando se aumentó su número y en otros países aparecieron tales aficionados, las ondas de 150 a 200 resultaron poco y resolvieron ir bajando cada vez más, hasta que en pruebas hechas entre aficionados europeos y norte americanos se consiguió la comunicación entre ellos, con ondas de 100 el mundo radio se dió cuenta que estas ondas no solo no eran inserbles, sino que podían servir para las comunicaciones internacionales y desde entonces la onda corta pese a las fórmulas que parecían relegarlas al olvido más absoluto, hasta el punto que hoy puede decirse que son la base de todas las comunicaciones de radio y probablemente en el futuro solo se conoceran clase de ondas en las futuras comunicaciones de radio.



La alarmante apariencia de la familia Antenita...



...se explica satisfactoriamente.

PAPEL Y TINTA

"Plenitud", por Amado Nervo Editorial Tor, Buenos Aires, 1927

Siempre será bienvenida toda oportunidad de recordar aunque sólo sea en las cuatro líneas de la referencia ocasional y periodística, al maestro mejicano cuya dilecta memoria cuenta en todo el continente con celosos guardadores.

Las reediciones póstumas de sus mejores obras, alguna exhumación afortunada, y hasta la publicación de sus más olvidadas páginas periodísticas, contribuyen a renovar el rumor, todavía vasto y vivo, que suscitara su presencia entre nosotros.

"Plenitud" que lleva el lema: "Esta es mi riqueza; toda para tí" era el preferido del gran poeta y quizás también del público, como lo demuestran todas las ediciones agotadas hasta ahora de tan hermoso volumen.

Todas las posibilidades, los amores y dolores de este mundo se encuentran reunidos en este diremos breviario de fe y de esperanza, consuelo y enseñanza de cuantas almas titubean aún sin encontrar e. verdadero camino que les conduzca a la felicidad.

«Patria», por Ricardo Cliaminaud.

La patria para este joven y ya prestigioso autor no la constituyen los temas manidos y ya sin expresión a fuerza de haber sido usados y abusados por buenos y malos escritores; la patria de este poeta constitúyela el rincón solariego y campesino en el que ha nacido y del que no se aparta en ningún instante su imaginación.

Para Chaminaud la patria es el tajamar y el ombú bajo cuyo tronco crióse fuerte y templó su corazón. El canto de la calandria resuena en sus oídos con extrañas y conmovedoras vibraciones. Y, el agua cristalina y fresca recogida de cualquier arroyuelo tiene para él un sabor que no iguala el del más preciado de los licores.

Poeta sencillo, más que para el público parece que cantara para sí; que tanta es la ternura y emoción con que entona sus composiciones concebidas y trazadas con mano que domina la técnica en todos sus más difíciles recursos. El que ha escrito "Coronilla" y "La piedra del águila" es un estilista y un poeta de verdad; ahora que, como lo apuntamos, es un poeta sincero y puro, que canta como debieran hacerlo todos los poetas: para sí.

Este volumen de poesías, delicadas y expresivas, ha sido editado por la Editorial Tor y constituye un verdadero presente para los lectores que ya conocen cuando puédese esperar de un escritor como Chaminaud.

«La muerte de los trovadores», por Carlos M. Principalle. Edición «La Facultad». Montevideo 1927

De esta interesante obra, uno de cuyos ejemplares acabamos de recibir, se ha ocupado la crítica en términos elogiosos en general. Corroborando lo dicho, transcribimos a continuación los juicios emitidos por el diario "El Imparcial", prestigioso órgano madrileño, quien a propóstito del libro que nos ocupa dice lo siguiente:

"Por sus páginas, llenas de extraño vigor, desfilan personajes de carne y hueso; en sus corazones late la pasión, y todos ellos están animados de virtudes y vicios como tales seres vivos. Más aún: aunque son hombres y mujeres del siglo XIII no llegan a nosotros como momias, sino como hombres de hoy, gentes del día, que viven los conflictos de aquella época histórica. Este es uno de los más sólidos méritos del libro. Pero Carlos M. Principalle, notable escritor americano, no es sólo un narrador culto y ameno, sino un sesudo filósofo. Pinta la Francia del siglo XIII, deduciendo de aquel ambiente anárquico consecuencias y corolarios que sirven a modo de trama novelesca".

«Crítica positiva», por Salomón Wapnir. Editorial Tor. Buenos Aires 1927

Contados son los críticos que en estos tiempos desenfadados realizan una crítica seria, documentada y constructiva. Entre esos críticos figura Salomón Wapnir, escritor estudioso y metódico, quien desde hace tiempo viene siguiendo, día a día, la escasa aunque complicada producción nacional.

"Crítica Positiva" se titula el volumen en que Wapnir ha recopilado — muy corregidos y aumentados — algunos de sus más interesantes y discutidos estudios críticos positivos sobre autores y libros del país. El solo hecho de anunciarse como positivas otorgará a estos trabajos público interés, ya que, con bromas e imitaciones desdichadas de un estilo personalísimo, nuestros aristarcos comenzaban a despretigiar el género y hasta dar razón a los que irreverentemente mofábanse y hasta negaban la existencia a la crítica.

Hemos recibido:

"Cincuenta años de América. — Notas autobiográficas", por Rafael Calzada. Edición Jesús Menéndez. Buenos Aires, 1926.

"El mariscal Francisco Solano López". — Publicación de la Junta Patriótica Paraguaya. — 1926.

"Idilios y Sonetos", por F. Pérez de Vega. — Edición Spanish American Printing Co., New York, 1927.

"Flores de primavera", poesías por Emilia Ester Zamora. — Buenos Aires, 1926.

"La laguna de Puan. — Caracteres y propiedades de sus aguas", por el doctor Carlos A. Grau. — La Plata, 1926.

"Un gorrión borracho", por Esteban F. Garzón. — Edición "El Ateneo". — Buenos Aires, 1926.

"El Agregao", versos gauchescos por Guillermo Cuadri (Santos Garrido). — Minas (Uruguay), 1926.

"Siete meses por Europa. — Cartas a mi hermana", por Adrián Patroni. — Edición L. J. Rosso. — Buenos Aires.

Almanaque del Ministerio de Agricultura de la Nación. — Año 1927.

Arboles históricos

El algarrobo del general Paz

En Anizacate, provincia de Córdoba, se conserva un añoso algarrobo a cuya sombra descansó el ilustre general D. José María Paz, en vísperas de librar la batalla de Oncativo, contra las montoneras del famoso caudillo D. Juan Facundo Quiroga, el 25 de febrero de 1830.

"Nuestro ejército, dice el reputado táctico, en el parte de la batalla, se había reunido en Anizacate, y procedió sin demora, a organizar sus divisiones..."

El general acampó y plantó su tienda de campaña bajo un enorme algarrobo, que hoy se encuentra dentro de la estancia "San Juan de Anizacate", pedanía de Alta Gracia, en el departamento de Santa María, propiedad del doctor Juan F. Cafferata y allí recibió a la comisión mediadora enviada por el gobierno de Buenos Aires, para que cesaran las hostilidades. Era compuesta por don Pedro Feliciano de Cavia y el doctor Juan José Cernadas, quienes celebraron varias conferencias antes de pasar al campo enemigo.

El árbol histórico, que se calcula tiene alrededor de dos siglos, extiende sus ramas en un gran radio y está sostenido por un grueso tronco. Su nombre científico es "prosopis nigra", y es sabido que su madera era generalmente usada en tiempos de la colonia en la construcción de puertas y ventanas y actualmente en los pavimentos de las calles.

La Sociedad Forestal Argentina le ha hecho colocar una placa con esta leyenda: "Algarrobo histórico a cuya sombra descansó el ilustre general don José María Paz en vísperas de la batalla de Oncativo, el año 1830".

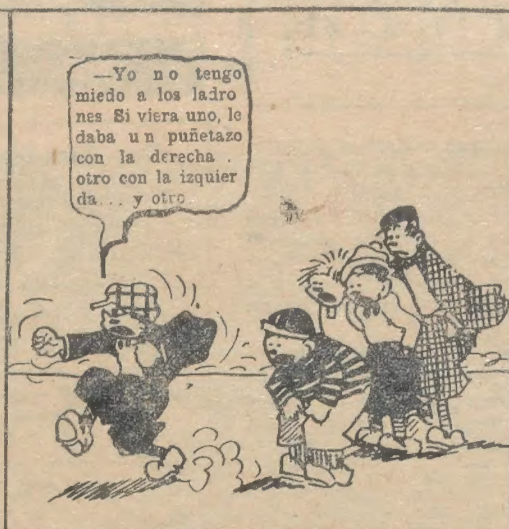
Como homenaje a la memoria de un gran patriota, cultor de la agricultura y ministro del general Paz, es justo recordar al doctor Juan Antonio Sarachaga, universitario distinguido y mártir de la tiranía, quien en pleno año veinte, hacía moción en la legislatura cordobesa en el sentido de suprimir impuestos a los que cultivaran el tabaco, el algodón, las viñas y el ají, y ayudarlos para el fomento de tan interesantes industrias.

Enrique UDAONDO.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI











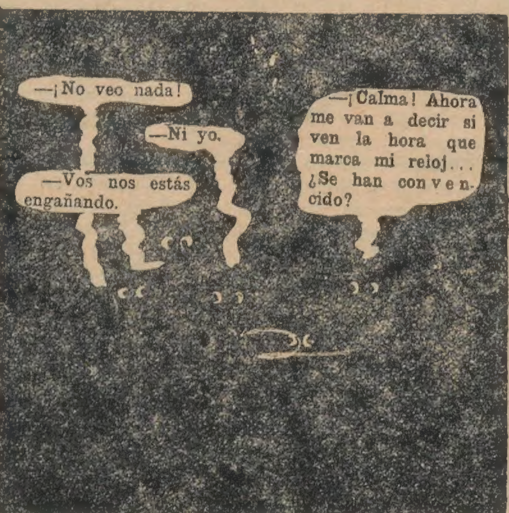
















Ultimas creaciones de la moda femenina

1. MODELO JULIETTE COURTESIEN.—Traje para la noche, confeccionado en crespón Georgette rosa bordado y perlado en blanco y oro; adornos de colamones de tono rosa más sostenido. — El conjunto con este traje lo completa una capa de terciopelo rosa vivo guarnecida con armiño y forrada de tela rosa igual a la del traje. — 2. MODELO AGNES.—Traje para la noche, de terciopelo flexible, tono verde esmeralda, adornado con estrass y perlas verdes. Le acompaña un abrigo-capa de seda verde lameada, plata y ladrillo. Cuello de vison. — 3. Traje para la noche, de terciopelo color frambuesa y terciopelo negro bordado con estrass.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746
INDUSTRIA ARGENTINA